AGUA DE MIL COLORES

(cuentos a mamá)

ENA RIUTORT CADOT

Prólogo

Este es un libro piadoso. La autora ha explicado que muchos de los trabajos que lo conforman fueron saliendo de su pluma en las noches del otoño de 1996. Ena escribía animada por su madre enferma que mañana tras mañana pedía la lectura de un nuevo escrito. Esta atmósfera que rodea a sus cuentos, esa lucha por prolongar la vida me llevó a asociar, por esos misterios de las ideas enlazadas en intrincados laberintos, con los cuentos de Scheherezada. Pero, ¿en qué se podía asemejar la situación de ambas mujeres? Los cuentos de *Las Mil y Una Noches* parecen haber sido entregados, uno tras otro, para salvar la vida de una prisionera... Scheherezada no podía dejar pasar una noche sin hacer un nuevo relato a su captor bajo pena de perder la vida. Ena, a su vez, escribía para que su madre mantuviera el interés por la vida al despuntar el amanecer. En ambos casos hay un clamor de trasfondo que alimenta a la prolongación de la existencia. Se trata de urgencias personales en dos contextos culturales y en dos épocas totalmente diferentes. La angustia por aplacar las iras del destino hermana a estas mujeres, al tiempo que las separa la adaptación de sus fantasías a un sultán y a una anciana a punto de morir. Creo que para la comprensión del texto que nos ocupa, el tema de la adaptación a las exigencias del destinatario es esencial.

Por otra parte, no se escapa la relación entre los escritos de Ena y los trabajos de otras dos creadoras singulares. En el extremo norte de Latinoamérica, Laura Esquivel (1950) y en el extremo sur Isabel Allende (1942), marcan con Ena (193?), esa coetaneidad que se refleja en el tratamiento de temas que, además, están tejidos con el hilo mágico de esta cultura. Y, si de influencias se trata, la particularidad Mapuche de Temuco tiene su homenaje en estos cuentos que comentamos sin entrar en su análisis de forma y contenido.

Latinoamérica ha producido incontables fenómenos literarios. Esto no es algo nuevo. Tampoco lo es la tradición de las mujeres escritoras. Pero ahora una nueva generación, con sensibilidad y conciencia de pertenencia a un mismo ambiente cultural, con recursos expresivos propios y ya no dependientes de otras regiones va configurando nuevos perfiles en poesía, cuento, novela y ensayo. No estamos hablando del “boom” de la narrativa latinoamericana como nos lo presentaran, en la década del ‘70, críticos y comentaristas al estilo de Emir Rodríguez Monegal, sino de un fenómeno nuevo en el que numerosas ataduras anteriores han quedado disueltas. Al decir esto último, menciono la orfandad que padecen hoy los intelectuales latinoamericanos luego de producirse el colapso de las viejas interpretaciones del mundo, de un modo de ver las cosas con ojos ajenos. Porque hasta hace poco tiempo se pensaba que al describir situaciones y usar el lenguaje y el argot nacional y regional, se cumplía la condición de exponer una visión propia y original. Cualquiera entiende que escribir al “estilo” latinoamericano adhiriendo a la fe cristiana, psicoanalítica, marxista, o liberal, de todas formas es escribir en clave interpretativa y de sensibilidad cristiana, marxista, psicoanalítica o liberal. Aun el folklore, que nos parecía lo más enraizado y auténtico, estaba tocado por una óptica foránea a este ambiente. He aquí la originalidad de la situación y he aquí la soledad en que se encuentran los nuevos escritores de Latinoamérica al haber tomado conciencia de estos hechos.

Algún día llegará a nuestras manos el mensaje de nuevas escritoras que nos hablen de leyendas y nos hagan relatos de este continente inmenso y múltiple, que nos transmitan los rasgos prominentes del mito de Latinoamérica que silenciosamente se está estructurando; entonces tendremos un cuadro más completo de la creatividad literaria de la mujer de esta región del mundo que ya ha dado sobrados ejemplos en casi todos los países de la zona. Entre tanto, el lector corriente, el estudioso, el escritor y el poeta, no deberían dejar pasar la oportunidad de experimentar cómo se va formando el alma de esta extensa y joven nación latinoamericana a través de sus originales expresiones, de las que este libro es un caso altamente significativo.

Silo.
Mendoza, Argentina, 17/01/1997.

EXPLICACIÓN

Muchos de estos cuentos fueron escritos durante las noches de abril, mayo**,** junio y julio de 1996.

Mi madre estaba muy enferma, pero a pesar de que su cuerpo ya no le respondía, su mente estaba totalmente lúcida.

Curiosamente, sumida ya en su lecho de muerte, ella empezó a pedirme que siguiera escribiendo y que terminara algunos relatos, empezados y olvidados durante años.

Yo me extrañé bastante porque, en general, sentía que ella valoraba muy poco mis acciones y mis escritos. De todas maneras esa noche retomé el cuento LA PRIMERA BÚSQUEDA, empezado hacía bastante tiempo, y lo terminé (si es que uno alguna vez termina un cuento).

A la mañana siguiente, Luisa, una joven que vive con nosotros hace años, le leyó el cuento a mamá.

Yo permanecí al lado de la enferma, con su mano diminuta entre mis manos, mientras mi amiga leía en voz alta. Ella lee muy bien y al escucharla, el relato me pareció mejor de lo que yo creía.

Mamá apenas podía hablar, pero con gestos y murmullos expresó su aprobación y pidió que se lo leyeran una y otra vez.

Al día siguiente, apenas llegué a su dormitorio me pidió que le leyera un segundo cuento**.**

Hacía mucho tiempo que mi madre ya no demostraba interés por nada y esto de los cuentos le había devuelto su antigua forma de ser: abierta al mundo y preocupada de las cosas literarias, de las demás personas y de las flores.

Fue así como noche a noche fui escribiendo parte de los relatos que se incluyen en este modesto volumen.

Cada mañana le llevaba algo nuevo, a veces sin terminar y sin corregir, pero ella lo escuchaba con fervor, casi como si fuera una plegaria**.**

Y en realidad algo de plegaria tienen, pues, en las largas noches, mientras escribía los relatos**,** yo estaba implorando que ella no sufriera tantos dolores y que lo que estaba escribiendo le proporcionara un poco de alegría.

Creo que algo logré. Ella hizo comprar una carpeta para archivar mis escritos e hizo que cada día los guardaran como un tesoro.

Ya a mediados de Julio estaba demasiado mal y me resultó difícil seguir escribiendo. Entonces ella pedía que le volvieran a leer los ya leídos.

Mamá partió el 17 de julio, al mediodía. Ese día yo había terminado LOS REFUGIADOS ECONÓMICOS y no lo alcanzó a escuchar aquí.

Yo, al continuar escribiendo y al dedicarle este librito, siento que me he reconciliado y tengo la esperanza de que ella, en ese lugar de luz donde debe estar, lea sin prisa todos los que no alcanzó a escuchar aquí y los encuentre también muy buenos.

Temuco. Invierno, Primavera y Verano de 1996

PRIMERA PARTE. LOS COMIENZOS. ROSADO Y VERDE.

LA PRIMERA BÚSQUEDA

Mi primer recuerdo es más bien una sensación de que existía una realidad distinta de la que estaba percibiendo desde mi cuna y de que había caído en una trampa y de nuevo me encontraba viviendo en la Tierra.

Esa otra realidad era la verdadera, y sentí que era absolutamente necesario para mí descubrirla.

Al comienzo fue un sentimiento vago, como una nota inconclusa o como que algo estaba a punto de suceder.

Yo había nacido en el campo, cerca de la cordillera, donde el cielo era maravillosamente estrellado y el aire totalmente transparente.

Ya más grandecita me gustaba tenderme en el césped del jardín, en las calurosas noches de verano y mirar las estrellas titilando, brillantes, misteriosas en su continuo cambio de colores, del violeta al azul, y luego al carmesí y al verde. A veces una línea luminosa cruzaba el cielo negro y entonces mi hermano me decía que formulara un deseo.

Yo, entonces, pedía que el cielo me enviara una respuesta, sin siquiera tener claro cuál era mi pregunta, porque más bien era una impaciente angustia por ir a otro lugar y sentir que no podía permanecer en paz en parte alguna.

Una de esas noches maravillosas empecé a pensar que debía tener la Luna**.**

De alguna manera me asaltó la certeza de que esa esfera blanca y suave contenía la clave de mi dolorosa inquietud.

Tenía más o menos cuatro años de edad, era muy regalona de mi padre y vivía muy sola.

Jugaba con los duendes de las violetas, con los cachorros de la Diana, mi perra dorada, con el hielo de los charcos, en las mañanas invernales, con el hada azul, con Bernabé que era un ente mudo que siempre me acompañaba, con los terneritos y los conejos.

Por cierto, yo creía absolutamente que mi padre era omnipotente y que él podía hacer cualquier cosa. Fue por eso que sin titubear le pedí que me trajera la Luna.

Eso lo podría hacer en su próximo viaje a Chillán, por ser el pueblo más cercano a nuestra hacienda.

La Luna, esa noche, estaba inmensa y brillante.

Él me dijo que iría en unos días más y me la traería. Esta respuesta motivó unos largos regaños de la mamá quien siempre increpaba al papá por mimarme demasiado y hacer que yo fuera “una chiquilla de moledera”, es decir, insoportable.

En aquellas épocas la psicología aún no había hecho sus grandes descubrimientos, tales como "nunca mientas a una bebita", "dale explicaciones claras" y otros, que en nada han contribuido a superar el sufrimiento del ser humano, pero que han dado trabajo a una caterva de pomposos psicólogos, quienes con un airecillo doctoral pontifican sobre las razones conductuales de las personas.

Fue así que cuando la luna desapareció del límpido cielo, papá fue al pueblo y de regreso me entregó la Luna en una gran caja de cartón.

Descubrí esa tarde que la Luna se podía comer.

La Luna tenía gusto a queque con manjar.

La Luna se iba haciendo cada vez más pequeña a medida que mi hermano la devoraba y yo la masticaba despacito, reverencialmente, sintiendo que cada miguita era un pedazo de posible descubrimiento.

Durante unos días anduve contenta pues pensé que el efecto de haberse comido la Luna podría ser retardado.

Además, mi ego se sentía satisfecho, pues comer Luna es un acto infrecuente que me otorgó prestigio entre los hijos de los trabajadores del campo. Y bien se sabe que tener prestigio es un remedio que cura, por un tiempo, toda necesidad de buscar sentidos más permanentes y profundos a la existencia.

Sin embargo, transcurridos varios días, al mirar el cielo nocturno toda mi autocomplacencia se derrumbó pues la Luna estaba de nuevo allí con un dejo de burla.

Mi padre me aseguró que esa era otra Luna, pues según dijo, "el cielo es como las lagartijas, si tú le sacas sus lunas le vuelven a crecer, sí, como cola de lagartija".

Desde ese día sentí que mi padre era solo medio omnipotente, pues la cosa no me resultó muy verosímil.

Pero, también descubrí que provisoriamente mejor le creía y que esta Luna inmensa y brillante, era una segunda o quizá tercera Luna.

LA ESCRITORA QUE QUERÍA SER

Después de varios años de inactividad y desgano, yo, Lidia, había retomado mis antiguos afanes literarios, los que había abandonado sin saber mucho por qué.

Quizá por olvido, quizá por falta de entusiasmo o, tal vez, porque quería ser una escritora realmente buena y eso no me parecía posible en medio de tanto excelente escritor contemporáneo.

Con la complacencia de Bernabé, mi espíritu tutelar, que era mudo y me acompañaba desde niña, empecé a acariciar las teclas del PC que recién me había regalado mi madre, la que por primera vez en la vida expresó, en su lecho de moribunda, su deseo de conocer mis creaciones literarias, pues según dijo en un ronco murmullo: “desde chica has escrito bien y para eso te regalé la computadora”.

Sin embargo, no me decidía a empezar a escribir. Además, tampoco se me ocurría sobre qué hacerlo, ni qué género literario utilizar.

En fin, pasaban los días y yo necesitando un impulso inicial para romper la inercia**.**

Finalmente ese empujoncito que precisaba vino cuando Mario, quien era un gran escritor y amigo, en el cual confiaba plenamente, y al que amaba más que a nadie en el mundo, pues lo sentía un sabio, semejante a dios, a mi padre, a mi hermano y a Rubén, me animó a retomar este antiguo ensueño de ser escritora, diciéndome: “¿y por qué no escribes?, a lo mejor puedes escribir más y mejor de lo que tú misma crees”.

El Rubén, un amigo de juventud, que estaba viviendo en España, cuando le mandé el mail semanal y le conté lo de mis incipientes escritos, se interesó también. Entonces, empecé a enviarle por correo electrónico cada relato, a medida que iban saliendo.

Rubén me respondió un día lamentándose de que no hubiera empezado a escribir antes, pues, según él decía, yo escribía parecido a la Isabel Allende, o bien, a Gabriel García Márquez**.**

Para mí era bien difícil escapar a la influencia de esos escritores a los cuales había leído mucho y a los cuales admiraba sobremanera.

Por otra parte, había lo que se suele llamar semejanzas generacionales, pues yo tenía el mismo paisaje de formación, o muy parecido, al de todos esos escritores contemporáneos y era casi imposible que me sustrajera con originalidad al estilo, a la actitud y a la visión del mundo que compartía con todos ellos. Me salía parecido sin quererlo.

El tema era que ojalá me saliera mejor, pues la sombra de estos gigantes artistas, con su densidad y su fuerza, era difícil que permitiera ver a escritores de segunda categoría y poco originales como yo, y yo quería ser una escritora de primera.

En este punto de mis cavilaciones empezaba a buscar fuerzas para no mandar mis escritos a la punta del cerro.

Entonces encontraba apoyo en la aprobación de Mario, al cual enviaba mis relatos en cuanto los terminaba, con tanta ansiedad, que ni los corregía.

La opinión de ese amigo era la que realmente valoraba y él, con su infinita paciencia me respondía diciéndome que mi estilo le gustaba, que lo que escribía le parecía interesante y que se notaba más soltura y mejor calidad a medida que iba escribiendo.

Además, me ofreció dos cosas que para mí significaron mucho: ayudarme a publicar mis relatos y hacerles un prólogo. Esto escapaba a todo cuanto pude soñar.

El problema que me seguía dando vueltas era la originalidad y el lograr diferenciarme de los grandes escritores americanos. Sólo más tarde y mirando los ojos mansos de mi espíritu tutelar, comprendí que en realidad eso no era lo medular, sino más bien, la honestidad y la ingenuidad que aún conservaba en algún rincón de mi mundo interno.

Una noche de lluvia suave, sola con Bernabé mientras me tomaba un café mirando la hipnótica pantalla de la computadora donde una cuerda sin fin cambiaba de forma y de color incesantemente, recordé que en el tiempo del auge del cine, la literatura narrativa había incorporado recursos cinematográficos para obtener formas novedosas.

Fue así como el "close-up", o acercamiento de la lente, por ejemplo, o zoom, había servido a muchos escritores para dar una sensación de enlentecimiento, al describir minuciosamente cada detalle del espacio o ambiente del relato, o de la fisonomía de los personajes, o de cualquier otro componente del mundo ficticio.

Este mismo recurso servía para dar más brillo e intensidad a las imágenes, llegando a denotar, incluso, una elevación del nivel de conciencia del narrador.

Otra técnica cinematográfica usada por escritores contemporáneos era el "flash-back", o racconto, como decían los italianos, altamente influidos por Fellini.

En esto de los raccontos -me dije**-** hay que tener mesura y cuidado porque muchas veces, el lector se aburre de tantos cambios temporales y finalmente se pierde y no puede ubicar si está en el principio, en el desarrollo o en el desenlace de la narración. Y suele suceder que al autor también se le confunden los tiempos y resulta una cosa muy complicada.

Estaba en estas consideraciones, cuando tuve que interrumpir como siempre mi apreciada soledad para ir a calentar la cena, pues mi marido estaba muy lejos de celebrar estos afanes literarios.

Él no permitiría -como tan amablemente decía- que las leseras que escribía me sustrajeran de mis deberes femeninos, como servirle la comida todas las noches. Y agregaba: "como tiene que ser la conducta de una esposa laboriosa".

"He vivido tolerando -decía mi marido- muchísimas tonteras y chifladuras y ya no seguiré aguantando más".

Y continuaba con una serie de lamentaciones: "a esta mujer no le basta con gastar plata como loca, con no ganar un peso, con llenar todos los días la casa de gente extraña de un club absurdo, con andar con un ente tutelar que sólo ella conoce y que la sigue como perro guardián junto con la Diana (se refería a mi perra pastor alemán), la cual parece ser muy amiga del invisible, sino que además ahora se lo pasa hueviando con su computadora y tiene la casa toda descuidada, las luces todas prendidas, etc., etc."

Esto se repetía todas las noches y yo le encontraba razón.

Una vez que finalicé mis actividades femeniles, y siempre acompañada por la Diana y Bernabé, volví a mi habitación perfumada por el aire nocturno y a mis meditaciones y divagaciones.

Es claro que para tales laberintos temporales, es decir, los raccontos y la redistribución de la secuencia, sirve el uso de distintos tipos de letras, o las comillas, o los cambios de persona, etc. Pero también es cierto que a muchos escritores les ha pasado que al final, su obra es tan alambicada y con tanto recurso de forma, que resulta un poco vacía.

Tal fue el caso de los dadaistas, quienes, sumergidos en el sin sentido mismo y fervientes creyentes de la nada, escribieron sus obras preocupados de que las líneas y palabras formaran dibujos, cuadrados, espirales, etc., sin ningún contenido.

Su correlato pictórico fue Picasso en una de sus etapas, el cual creó obras cubistas incomprensibles, con formas dispersas: narices por aquí, labios por allá, una oreja loca, girando en un rincón del cuadro.

Pareciera que fue la época en la que comenzó la negación de la creación y el orden. Por lo demás, se venía saliendo de una guerra espantosa y asquerosa, como lo es toda guerra, y eso explicaba, en parte, tal "desestructuración", la que ha venido en aumento desde entonces.

Otro caso de predominio absoluto de la forma sobre el fondo fueron las llamadas jitanjáforas, una especie de trabalenguas del cual ni Neruda escapó, con su poema a la mariposa que "revolotea, que volotea, que tea, tea".

Por lo menos estas jitanjáforas tienen la gracia de ser, generalmente, alegres, musicales y rítmicas, como esa del poeta cubano Nicolás Guillén que dice: "sensemayá, la culebra, sensemayá". O: "la ceiba, ceiba, con su penacho, la jijotea en su carapacho, el padre, padre con su muchacho, atiendan..."

Y como me fascinaba el baile**,** llegué a la conclusión de que ésta era una técnica rescatable y que me gustaría mucho poder usarla bien.

Como también, pensé, la técnica del uso del retornello, que es una palabra o frase que se repite y que marca un ritmo muy fuerte, a veces muy alegre, como en otra poesía de Guillén: "el son entero, el son del querer maduro, mi son entero, el del pie por sobre el muro, mi son entero, el abierto futuro, mi son entero", y a veces muy triste, como el sonido del bordón de la guitarra mora, que es como suena ese "a las cinco de la tarde", en la Muerte de Ignacio Sánchez Mejía, el torero, de García Lorca: "Eran las cinco de la tarde, cuando la muerte puso huevos en la herida, a las cinco de la tarde, eran las cinco en punto de la tarde, eran las cinco en todos los relojes, eran las cinco en sombra de la tarde".

Con la proliferación del uso de computadoras, de correos electrónicos y de muchos otros avances tecnológicos, se está abriendo paso una nueva forma, un nuevo espacio comunicacional en el cual va cambiando velozmente el lenguaje, tanto oral como escrito.

De lo poco que había aprendido del uso de mi computadora ya había empezado a sentir que escribir un cuento era hacer un clic en una ventana interior, como en un icono del Windows, para abrir un espacio nuevo, y además, con tiempo, pues no era una foto inmóvil, sino un relato donde irían pasando cosas. Al mismo tiempo, me di cuenta de que quien no tuviera un computadora con un programa llamado Windows no iba a entender nada de mis cavilaciones computacionales.

Esto de hacer clic (palabra onomatopéyica, pues imita el sonido del mouse, o laucha o ratón), podría quizás trasvasijarse a la obra literaria abriendo, por ejemplo, varias ventanas al mismo tiempo, en cada una de las cuales se desarrollaran diferentes aspectos de un suceso: lo que el personaje piensa (stream of conciousness), lo que dice, lo que hace, lo que hace otro personaje en ese momento, etc.

Así se estaría creando un mundo ficticio no lineal, sino en coordinación o yuxtaposición témporo-espacial.

Esto me resultaba muy atractivo pues podría meter en una ventana permanente la caterva de entes invisibles, fantasmas, aparecidos, extraterrestres, etc., que siempre deambulaban por mi vida y por mis relatos.

La verdad era que yo no sabía si estas ideas eran muy novedosas, ni tampoco si ya estaban siendo utilizadas por otros escritores.

Después de todo, a lo mejor, tampoco sería una gran novedad pedir elementos prestados a la informática, pero ya eso empezaba a importarme cada vez menos.

Por el momento estaba empezando el día y decidí preparar el desayuno y abrir la ventana de lo cotidiano. Es cierto que este clic me sonó un poco duro, pero mientras le untaba el pan con miel a mi nieto, sentí que estaba en un profundo acuerdo conmigo misma, mientras Bernabé bostezó, sentado en la mesita de la cocina, y la Diana movía enérgicamente su esponjosa cola.

ENTONCES NO HABÍA NI CIELO, NI ESTRELLAS, NI TIERRA.

Cuando estudiaba en la Universidad de Concepción, mis padres me enviaron a una pensión que pertenecía a la señora María de Guevara. Era esta una pensión acomodada y bastante cara, donde habíamos tres pensionistas, más las tres hijas de la dueña de casa. Yo compartía mi habitación con una amiga de la infancia, Liliana, que también estudiaba en la universidad.

Formábamos con Liliana y dos muchachas más un grupito bastante compinche. Por las mañanas solíamos recorrer las farmacias de la ciudad comprando un vasito de licor de Launeau, que servía para curar el dolor de estómago.

El tal licor tenía un agradable gusto**,** entre agridulce y amargo y costaba menos que una cerveza. Era el aperitivo matutino; y ya al medio día estabamos bastante mareadas y risueñas habiendo bebido varios vasos del remedio.

Esto terminó cuando en las farmacias se dieron cuenta de que ninguna de nosotras tenía dolor de estómago, o bien, porque a los farmacéuticos les pareció sospechoso que nos doliera todas las mañanas y a todas al mismo tiempo. Sea por lo que fuere, no nos vendieron más.

La casa de doña María estaba al pie del cerro Caracol. Profusamente adornada con diversos reptiles embalsamados, botellas con fetos en alcohol y muchos elementos que habían sido de su difunto esposo, quien fuera un sabio Premio Nobel en algún tema de biología.

Parece que entonces aún no se pensionaba a los nobeles, porque la única herencia que recibió la señora fue ese conjunto fantasmal y algo vomitivo de especies en conserva y la casa.

Por las noches, cuando bajaba a buscar café solía darme miedo la boa que subía del primero al segundo piso enrollada cerquita del pasamano de la escalera.

Una noche en la que estaba estudiando, empecé a sentir que la boa se movía, desperté a Liliana y le dije que escuchara, y con espanto comprobé que ella también percibía el deslizarse de algo. Era un ruidito “shshshshshshshhshshshshshsh” a intervalos regulares.

Fuimos a la escalera, pero no muy cerca, y divisamos en la penumbra la boa que, con sus brillantes ojos, nos miraba amenazante (¡las cosas que puede armar la conciencia emocionada!).

Nos dieron las siete de la mañana, aterradas y sin dormir, hasta que finalmente descubrimos que el termo con agua caliente que dejábamos para tomar café, no había sido bien tapado y permitía escapar un chorrito de vapor que emitía ese sonido.

Años más tarde recordando esto, comprendí cómo uno construye realidades que están solo en la imaginación y que uno arma su vida en base a inventos.

La comida en la pensión no era muy buena y a veces padecíamos de hambre. El plato fuerte era pescado o huevos de pescado.

Un día, doña María nos anunció que habría una fiesta por tratarse de su cumpleaños y nos pidió a Liliana y a mí, que tocáramos la guitarra.

Bajamos al salón cuando ya habían llegado los invitados y Gerardo, el novio de una de las hijas, que era colombiano y muy amable con nosotras, nos propuso bailar cumbia a la colombiana.

Tal cumbia requería ser bailada en la oscuridad, ya que la mujer lleva una vela encendida en la mano, mientras el hombre gira armoniosamente a su alrededor. La verdad es que no vimos la cumbia porque en la oscuridad, con mucha hambre, nos lanzamos sobre los diversos bocadillos que estaban en el bufete. Posterior a esa celebración, siempre que había algo para celebrar ofrecíamos nuestros servicios de cantoras y guitarristas y, por supuesto, pedíamos que se bailara nuevamente una cumbia.

La Raquel era una muchacha tan hermosa que semejaba una aparición. Un año fue elegida para representar a la virgen María en una procesión que organizaba la iglesia católica y cuando la vimos en el carro alegórico casi parecía irradiar luz propia. Además, se tomó bien en serio el rol porque tenía una cara como del otro mundo, con ese dejo sufriente que muestran las vírgenes y con los ojos vueltos hacia arriba que mucho se acerca a los ojos de la mujer que esta a punto de tener un orgasmo.

La Raquel pertenecía a una asociación católica llamada Las Hijas de María y quizás por eso era muy moralista y nos amonestaba en las fiestas y ocurrencias, diciéndonos que no hiciéramos esto o aquello porque era pecado y ofensa a Dios.

A mí, el solo hecho de que dijera eso, me daba más energía pues encontraba que los pecados eran más emocionantes. Yo había estado doce años en colegio de monjas y precisamente por eso detestaba las actitudes pacatas y culposas. Bien se aplicaba aquí el principio moral que dice que cuando se fuerza un fin se logra lo contrario.

La Raquel tenía especial predilección por predicarme a mí, sobre todo cuando me juntaba con el Rubén, un chico que se autodescribía como iconoclasta, existencialista, ateo y socrático.

Yo me fascinaba por el Rubén, pues era un gran amigo, muy inteligente, creativo e impredecible, es decir, muy entretenido.

El Rubén sostenía, en nombre de Sócrates, que era lícito robarse el conocimiento cuando no se estaba aprovechando, y por ende, robar libros cuando uno no podía comprarlos era un acto moral.

A mí me convenció plenamente y fuimos varias veces a la librería Universitaria los dos y mientras el desplegaba todos sus encantos masculinos para distraer a la señora que vendía, yo me iba metiendo al bolso algunos libros, especialmente los Breviarios del Fondo de Cultura, los cuales, según Rubén, eran los más adecuados tanto por su contenido como por su tamaño.

Y cuando estaba el vendedor, invertíamos las funciones y yo le conversaba al Juaco, que se ponía turnio cuando me miraba, mientras Rubén elegía los temas de los libros “que estaba rescatando de la ignorancia”, como él decía.

Saliendo de la librería, a veces, nos encontraba la Raquel, que nos hacía ver nuestro pecado.

Con Rubén solíamos ir en su moto a estudiar al lado de un lago cercano. En la carretera me dejaba manejar, lo que a mí me hacía sentir dueña del mundo y dueña de esas mañanas luminosas, con el viento oloroso a tierra húmeda golpeándome la cara, con esas nubes tan azules corriendo veloces a mi encuentro sobre mi cabeza, con esas verdes praderas que flanqueaban la carretera que corría veloz en sentido inverso.

Entonces me ponía a cantar a plena voz “un castillito de arena”, “Silverio Pérez” o cualquier ranchera como el “Gorrioncillo Pecho Amarillo”.

A Rubén le daban mucha risa mis gustos musicales. A él le gustaba Mozart, algo de Beethoven, El Carmina Burana, el Cascanueces y otros. La verdad es que a mí también me gustaban, pues en música yo he ido incorporando cada vez más variedad de adhesiones y muy pocos rechazos. Wagner, entre ellos, me produce invariablemente dolor de estómago.

Años más tarde Rubén me cantaría una serenata, claudicando a sus principios, con su hermosa y profunda voz: "no pudo ser por esas cosas tan absurdas de la vida, no pudo ser, yo que te quise tanto, en vez de despedirte con reproches y con llantos, quiero que seas feliz, feliz, feliz". Fue la noche antes de irme a Santiago para casarme.

La Raquel salió elegida reina del carnaval, del mejor carnaval que hubo y habrá en Concepción. Si como virgen fue bella, como reina era un ser increíble, llameante, una mujer perfecta, entre candorosa y sensual.

Derrochaba garbo y realeza sentada en el trono dorado, entre flores, luces y plumas con que le adornamos el carro alegórico. Yo iba de dama de honor con la Liliana y como siete u ocho más. Dijeron que me veía lindísima. Lo que yo sentía era que estaba viviendo algo muy cómico y también un poco irreal.

Después vino la fiesta donde nos enamoramos todas. Las celebraciones y bailes duraron tres días durante los cuales no dormí casi nada. Hasta doña María salió a la calle y bailó un poco del bayón penquista, una pieza musical que compusieron específicamente para esa ocasión.

Por supuesto que Gerardo armó con sus compañeros un carro colombiano con cumbias, con velas y todo eso. Hubo como cuarenta carros alegóricos y el de los colombianos salió con el primer premio.

La Liliana vivía obsesionada con el sexo y era una gran proselitista de las relaciones sexuales (con lo cual vivían chocando con la Raquel), y sobre todo, trataba de convencer rapidito a las vírgenes que iba encontrando, de perder tal condición lo más pronto posible.

Parecía que ella disfrutaba tanto como la protagonista, sus orgasmos.

Después de que alguna convencida pasaba la barrera de la virginidad, la Liliana la interrogaba sobre los detalles de la relación y reprobaba o aprobaba, como si ella fuera una experta. A mí, que la conocía de chica, me producía molestia su actitud, pues ella y casi todas nosotras, imbuidas de los valores de entonces, guardábamos celosamente nuestra virginidad para brindarla, como trofeo, al hombre que alguna vez nos desposaría.

Años más tarde la encontré casada y envejecida, pero conservando su afición a interrogarle a una las cosas que hacía en la cama para lograr más placer y contando ella toda clase de intimidades.

Francamente me aburrió su conversación por ser monotemática y comprobé, una vez más, que grandes amigas de juventud se habían quedado iguales, repitiéndose a sí mismas y que ya no tenía nada que hablar con ellas.

Eran como cuerpos vacíos y al mismo tiempo también sentí que ellas querían retrotraerme a la que fui. Querían fijarme en otro tiempo, clavarme en un insectario y les molestaba que yo tuviera nuevos intereses, nuevas opiniones. Lo sentían como una actitud ofensiva de mi parte. Me pasó muchas veces y al final terminé por alejarme, pues ni siquiera me escuchaban.

Después del carnaval penquista (se le llama penquista a lo de Concepción, pues antes allí hubo una ciudad llamada Penco) vino un período de mucho estudio ya que se aproximaban los exámenes.

Yo había quedado media ennoviada con Felipe, un joven actor con el cual empecé una relación amorosa cuando andaba de dama de honor, en el carnaval. El vivía en Santiago y venía de vez en cuando a verme.

Era muy lindo, alto, rubio, con movimientos elegantes, un poco felinos y a veces yo sentía que él me miraba como un ejemplar de cacería que exhibía entre sus amistades. Me trataba con mucha delicadeza, pero le importaba un comino mis intereses. Yo era su muñequita.

El Rubén seguía emparejado con la Rocío, su bailarina, la que también vivía en Santiago, lo que resultaba muy cómodo para una época de exámenes en la que ambos queríamos dedicación completa y desproporcionada al estudio; la verdad que yo más que él, pero yo lo impulsaba a más concentración y menos divagata cuando estudiábamos.

Como hacía calor nos íbamos a leer los temas al lago y nos quedábamos hasta que no había más luz porque en Concepción no faltaban los distractores que nos impedían estudiar. Dormíamos muy poco, pues en la noche cada uno tenía que hacer resúmenes para estudiarlos en conjunto.

Ese día volvíamos ya de noche. Estaba empezando a hacer frío y cuando nos dirigíamos hacia la moto, una hermosa lechuza blanca desde un oscuro y frondoso abedul, nos miró inquisitiva, ladeando su cabeza redonda, como si nos preguntara algo.

Rubén comentó con burla que menos mal que la lechuza no había dicho nada, pues según la creencia popular, si hubiera gritado, habría sido señal de peligro inminente.

Partimos de regreso y yo sentía cada vez más frío lo que me hacía agazaparme en la espalda de Rubén abrazándolo muy fuerte y no mirar la carretera.

De pronto, escuché a mi amigo decir una maldición y después sentí que una ola inmensa, o una roca gigante, con un estruendo planetario, nos caía encima.

Estaba todo oscuro, era una oscuridad cuadrada, dura, era un silencio eterno o era sólo un segundo, no estaba inconsciente, pero no sentía el cuerpo o, más bien, estaba sobre eso que era mi cuerpo, había como un llamado desde arriba o desde lejos y también había un miedo en alguna parte, un miedo desconocido como venido desde el fondo más profundo. El tiempo desapareció.

Primero sentí algo pegajoso y tibio que se deslizaba por mi espalda, después escuché una voz que era la mía, pidiendo auxilio, después vi alguna claridad hacia el cielo, incluso percibí nítida una estrella.

Un hombre estaba asomado al barranco y gritaba preguntando: “¡¿Quién está allí?!”

Esa pregunta golpeó dentro de mí, resonó en cavernas como laberintos. ¿QUIÉN ERA YO?, no lo sabía. ¿Qué podía responderle?. “Soy una mujer”. Pero esa respuesta no expresaba la calidad de cómo sentía yo mi ser.

Claro, era mujer, pero ese atributo no era lo que hacía que yo fuera yo.

Han transcurrido años desde entonces y a veces he sentido que YO es un ser inmenso y eterno, que siempre está allí y que observa los ires y venires de esta mujer.

Me sacaron en una camilla del barranco y ya en el hospital pregunté por Rubén. Me dijeron que sólo tenía algunas fracturas y pudo levantarse primero .

Me vino a ver con unas flores y una sonrisa pálida para decirme que “casi nos sacamos la cresta, amiga querida”. “La culpa la tuvo el huevón que nos chocó”.

Volví a la pensión y todavía tenía tiempo suficiente para estudiar y dar bien los exámenes. No pude estudiar con Rubén porque doña María no permitía jóvenes en los dormitorios aunque una estuviera hecha casi pebre.

Por esos días la Raquel andaba pálida y callada, hasta que nos dijo a la Liliana y a mí que estaba embarazada y que no podía tener el hijo porque no era de su novio y la verdad que no sabía quién era el padre porque se había relacionado con dos muchachos en días muy seguidos. Se quería suicidar, se sentía una basura, su orgullo estaba herido, etc.

Después no nos habló más del tema. Al cabo de tres meses se casó de blanco con toda su hermosura a cuestas y con el novio oficial. Años más tarde supe que nunca podría tener hijos producto del raspaje y al verla me pareció que su carita de antes estaba sobrepuesta y que debajo había una cara dura y sufriente.

Yo terminé mi carrera con excelentes notas. Gané una Cátedra en la Universidad de Chile, en Santiago. No me casé con Felipe.

A veces hay una pregunta que golpea fuerte mi interior: “¿quién soy yo?”. Es más que una pregunta, es un estado interno, un registro de asombro.

Y ese estado interno comenzó a vivir en mí el día del accidente cuando comprendí, de una manera un tanto confusa, allá en el fondo del barranco, que los versos que me recitaba Rubén a menudo, esos versos del Popol Vuh, “entonces no había lo existente ni lo no existente, entonces no había ni cielo, ni tierra...”, me los estaba diciendo a mí para que cayera en cuenta, entonces, de que yo no existía.

TRANSFORMISMOS

Al escribir relatos sucede que hay situaciones, personajes y lugares que se van imponiendo al narrador.

Los escritos van sufriendo una especie de transformismo, por lo menos los míos, pues, parto con la intención de escribir sobre un tema y me va saliendo otro. Igual sucede con la vida misma, sólo que no nos damos cuenta.

Recuerdo que el novelista don Miguel de Unamuno, en su novela Niebla, tiene un personaje, Abel Sánchez, que no quiere morir, pese a que la legalidad interna de la novela exige su muerte. Abel le pide al narrador que no lo mate.

Es como si los personajes cobraran vida propia y quisieran escapar a los designios de su creador.

Al escribir estos relatos, se me han ido apareciendo algunos lugares o espacios que tienen más brillo y más fuerza evocativa que otros y que exigen más presencia dentro de la obra.

Entre ellos, han adquirido un primer lugar un patio trasero donde hay una gran higuera, un columpio, un gallinero chico, con dos gallinas de color ladrillo, muy gordas y un hermoso gallo blanco, que se mueve nervioso y con gallardía.

En ese patio también hay cardenales o geranios de todos colores, aunque predominan los rosados y un perrito blanco con manchas negras, que parece una vaca en miniatura y se llama Toy.

El perro toma el lugar central de mis divagaciones y entonces, surgen escenas relacionadas con él. Asociaciones, cadenas asociativas, donde el Toy es el hilo conductor.

Me lo regalaron cuando yo estudiaba en la universidad del sur.

Yo viajaba los fines de semana a la casa de mis padres, quienes vivían en San Benito, un pueblo que distaba dos horas de viaje en tren de la ciudad universitaria.

Ese recorrido era muy simpático pues viajábamos varios compañeros de estudio y, pese a que nuestros padres nos daban dinero para viajar en primera clase, nos íbamos en tercera y nos guardábamos la diferencia para comprar cigarrillos.

Además, en tercera clase viajaba gente del campo que era mucho más acogedora y cariñosa que los engolados pasajeros de primera.

Esa gente convidaba pan amasado, huevos duros y mate y cantaba con nosotros canciones de viaje, como una que dice: “al sol lo llaman, Lore, Lorenzo y a la luna, luna, Catalina Lina, cuando se acuesta Lorenzo, se levanta vanta Catalina, lina”, mientras, siguiendo el compás del tren, se iba pasando el mate o cualquier comestible al que estaba al lado y cada uno sacaba un trozo o bebía un sorbo.

En esos carros viajaban también gitanos pobres, recitadores populares, vendedores, suerteros y conjuntos musicales con guitarras y tambores.

Casi al llegar a mi pueblo, me cambiaba de vagón, pues mi padre me estaba esperando y así me veía bajar del coche elegante.

Llegué a mi casa y ahí me tenían al cachorrito Toy. Al verlo me vino un llanto incontenible e inexplicable. Yo no recuerdo por qué lloraba pero creo que era porque el perrito representaba para mí toda una época vivida en el campo, que yo añoraba y que todavía añoro, pues fue un tiempo mágico.

Era la época en la que el hada azul arreglaba los problemas con su varita de virtud, las praderas verdes se prolongaban interminables frente a mis ojos, los objetos eran siempre brillantes y todos estábamos vivos y felices.

Cuando mis padres y yo nos fuimos a vivir a la capital, llevamos al Toy, el que pasó a ser un perro citadino de interior, que dormía en el living y que me acompañaba a estudiar por las noches.

Su compañía era poco reconfortante, porque yo lo dejaba para no tener miedo y resultaba al revés porque el perrito de pronto paraba las orejas y se ponía a mirar fijamente el lugar más oscuro, ése donde podía haber quién sabe que espanto. Luego se tapaba la nariz con las patas y gemía.

Mi madre solía poner en boca del Toycito todo lo que ella le quería decir a mi padre, por lo que el perro alcanzó autoridad dentro de la familia ya que era el vocero de los pensamientos maternos.

Una vez el Toy cayó enfermo grave y fue desahuciado por el veterinario. Mi mamá lloraba y le hablaba al Toy diciéndole palabras dulces: “no te mueras, mi bebé” y cosas por el estilo y lo tenía instalado en el mejor sillón de la casa.

En esos días, mi hermano trajo de visita a sus hijos para que la mamá los conociera y mi madre, o sea, la abuela, ni los saludó preocupada sólo de mimar al animalito. Los niños estaban bastante desorientados pues no la conocían e ignoraban las rarezas de la señora. Mi hermano, aunque la conocía, se enojó igual y no volvió por muchos años.

Así es que yo lo iba a visitar a él y a su familia, lo que para mí era muy entretenido.

Me llevaba bien con la Rosita, su esposa, y quería mucho a sus hijos, principalmente a la mayor. Allí nos poníamos a tomar mate y a conversar y por las noches, nos quedábamos estudiando los dos con mi hermano (quien aún no lograba terminar su carrera de abogacía pues se había casado muy joven antes de recibirse y había tenido que suspender sus estudios por un tiempo, para ganarse la vida), y entre estudio y estudio, arreglábamos el mundo con el futuro triunfo del socialismo.

A veces, nos íbamos a escondidas de la Rosita a un café en el centro de Santiago, que se llamaba El Negro Bueno, o a otro, El Santos, donde se juntaba un grupo de estudiantes de izquierda amigos de mi hermano: escritores, periodistas y un montón de gente medio loca que conversaban cosas bien interesantes y todos querían solucionar los problemas de la humanidad a su manera.

Se producían discusiones muy acaloradas en las cuales nadie escuchaba a nadie y como yo me quedaba callada, al final, terminaban hablándome a mí y convenciéndome cada cual de sus ideales.

A muchos de ellos los vi años más tarde, en los tiempos de la dictadura. Venían escondidos a pedirme alguna ayuda, pues eran perseguidos por el régimen imperante. Daba pena conversar con ellos. Se veían debilitados tanto corporal como psicológicamente y ya no tenían fuerzas para moverse por sus causas e ideales.

Finalmente, mi hermano se recibió de abogado. Le costó mucho y su examen final fue para mí un sufrimiento, pues fue público, por lo cual, asistí.

Los profesores eran unos tipos de mierda y trataban mal al examinado, haciendo lo posible por ponerlo nervioso y por hacer que reprobara. Todo para lucir sus conocimientos doctorales y pomposos, mostrando una ignorancia total en pedagogía, ya que un buen profesor es el que hace que el alumno aprenda y no el que se luce dando charlas grandilocuentes mientras que los estudiantes no entienden nada.

Mi hermano llevaba muchos años de atraso y necesitaba salir bien si quería conservar su trabajo y también la confianza en sí mismo. Él se puso muy nervioso pero contestó bien y lo aprobaron.

Toda la familia se juntó para celebrar y hasta el Toy movió la cola en señal de alegría, con lo cual mi hermano se reconcilió con el perrito.

Cuando me casé, mi madre consideró que el Toy debía irse a vivir conmigo y nos dijo, a mi esposo y a mí, que ella nos pagaría una pensión por el perro, pero que lo tuviéramos bien alimentado y lo hiciéramos dormir dentro de la casa en un cojín especial que ella nos dio.

De la vida con el Toy estando yo recién casada, o mejor dicho, de mi vida en la provincia durante los primeros años de matrimonio, es posible que me salga otro relato, por ahora he llegado hasta aquí transformando la historia de un patio donde había un perrito que parecía vaca en muchas historias más.

LA PROVINCIA

Cuando contraje matrimonio fue necesario irnos a vivir a un pueblo cordillerano, donde encontramos trabajo mi esposo y yo, como profesores del Liceo.

Yo tenía la imagen de que se trataba de un caserío en medio de la nieve, en los faldeos cordilleranos, con casitas de techo en forma de A, muy altos en el centro y puntiagudos, algo así como una tarjeta postal de Los Alpes.

Resultó ser una pequeña ciudad típicamente española, con casas de adobe y de techo plano, calles ordenadas simétricamente alrededor de la plaza central, o plaza de Armas, nombre agresivo que se conserva desde el tiempo de la Colonia en todos los pueblos de mi país.

Tampoco había nieve y jamás nevó durante los años que allí estuvimos.

Al poco tiempo de vivir con Alberto me di cuenta de que yo no servía para casada, o, por lo menos, para lo que él esperaba de una esposa.

Llegamos a un hotel residencial donde nos daban desayuno, almuerzo y cena. Yo estaba feliz de no tener que preocuparme de las comidas y todo lo que una casa necesita: “se terminó el gas, hay que pagar la luz, hay que pagar el agua, hay que comprar arroz, azúcar, etc., detergente, lavar la ropa, cuidar el jardín, encerar, la llave gotea, se quemó la ampolleta y se terminó el aceite”, y miles de problemitas interminables, que luego, cuando se tiene hijos, se multiplican.

Pero Alberto estaba empecinado en arrendar pronto una casa y al cabo de tres meses, llegó muy feliz porque había encontrado la casa perfecta para irnos a vivir como Dios manda y como debe vivir todo matrimonio normal.

El problema era que yo no era normal, según él, y no lo he sido nunca. Y desde aquellos primeros días de convivencia, arrastro esa sensación de sentirme culpable por estar haciendo esto y no aquello, pues pocas veces estoy dedicada a lo que debería estar, según Alberto.

En esta noche tormentosa, en la cual el fuerte viento no permite dormir, pienso que han sido demasiados los malos entendidos, muy amargos los reproches y muchas las frustraciones causadas por no haber clarificado al comienzo del matrimonio, o mejor aún, antes de casarnos, que era lo que cada uno esperaba del otro.

Nos fuimos a vivir a nuestra primera casa. Era una casa larga, con una habitación tras otra, como un tren, y había que salir a un corredor abierto al patio, para pasar de una pieza a otra. Todo el patio estaba embaldosado con colores rojos y amarillos. Sobre ese patio había un gran parrón que producía una uva exquisita.

Allí mis padres nos trajeron al Toy de pensionista. (El Toy, como contamos en otro cuento, era un perrito regalón de mi madre, chico, gordo y manchado blanco con negro, como una vaca).

A Alfredo no le hizo ninguna gracia y le pareció de lo más desatinado eso de que la mamá quisiera pagar pensión por el Toy, y cuando la mamá empezó a darnos recomendaciones de cómo debíamos cuidar al perro, manifestó abiertamente su molestia diciendo que él no estaba para cuidar animales. Entonces se pusieron a discutir bastante agriamente y ese día se inició un resentimiento mutuo que duró muchos años.

Ese mismo lunes Alfredo empezó el entrenamiento del Toy para que fuera un verdadero perro. Lo hizo dormir en la última pieza, la de más al fondo y lo llevó a subir

un cerro de oración que tenía como doscientos metros de altura y cuya subida era muy escarpada y pedregosa.

Como el perro era guatón y patas cortas a cada rato se caía y rodaba como una pelota, cerro abajo. Pero también era empeñoso, y volvía a subir jadeando, con toda su lengua colgante, hasta que lograba llegar a la cima.

Este rasgo del Toy conquistó a mi marido, quien admira por sobre todo, el esfuerzo y el sacrificio.

“El sacrificio acompañado de productividad es un acto de laboriosidad”, suele decir Alfredo, y “una mujer laboriosa es un premio para cualquier hombre”.

Una de las murallas de la pieza del Toy colindaba con el altar de un templo de evangélicos pentecostales, los cuales oraban a gritos y se daban de cabezazos, precisamente en ese muro, lanzando unos quejidos espeluznantes.

Eso motivaba que el perro también se pusiera a aullar a todo pulmón y no nos dejaba dormir, así es que finalmente terminó durmiendo en el sillón de siempre, que había llegado a nuestra casa junto con él, como parte de mi dote matrimonial y que habíamos puesto en la habitación contigua a nuestro dormitorio, la que armamos como living.

Cuando había viento fuerte que venía de la cordillera nuestro patio amanecía cubierto de paltas o aguacates, muy sabrosos, y también de nueces. Yo las recogía temprano, antes de irme al liceo a hacer mis clases y las guardaba para los fines de semana, pues siempre venían visitas de la capital y así les preparaba algo elegante.

Me desagradaba en extremo que las visitas pensaran que como profesora casada yo era harto más pobre que de soltera, aunque, como era cierto, costaba disimularlo.

En verano ese pueblo era muy caluroso, por lo cual uno no se podía dormir temprano. Con Alberto nos íbamos a pasear a la plaza sombreada de tilos, en cuyo centro había una pileta que tenía cuatro ángeles que lanzaban chorros de agua por unas trompetas que estaban levantadas hacia el cielo.

Como el agua era lanzada con fuerza, salpicaba a quienes nos poníamos cerca y nos proporcionaba un refrescante momento angelical.

Dicen que esas estatuas en realidad no representaban ángeles sino las cuatro estaciones del año, pero que un cura las había angelizado para santificar la pileta y les había añadido las trompetas porque el pueblo estaba muy alejado de la iglesia y los instrumentos simbolizaban el llamado de dios.

Después llegó un alcalde muy inspirado, quien tuvo la idea de que por las trompetas inútiles, por mudas, saliera el agradable rumor del agua, cuyo sonido refrescaba las tardes del pueblito.

También acostumbrábamos ir a la única fuente de soda del pueblo, con otro profesor del liceo, que se llamaba Alex y que era profesor de filosofía.

Tanto a Alex como a mí, nos gustaba escuchar canciones mexicanas, particularmente rancheras, gusto que denotaba mi origen campesino, como tantos otras costumbres y creencias mías que chocaban a Alfredo, quien se había criado en un pueblo del sur y era hijo de un dueño de almacén.

En esa fuente de soda había una rocola, o máquina para tocar discos, y en ella una gran cantidad de rancheras que escuchábamos y cantábamos a voz no muy baja, mientras nos bebíamos unas cervezas.

Esta distracción no duró mucho, pues el rector del liceo nos dijo que los profesores eran personas respetables y eran autoridades del pueblo y, por lo tanto, no podían

exponerse en público bebiendo y cantando. A Alfredo esto le pareció muy correcto y demostró un alivio, pues parece que él sentía que mi afición al canto mexicano no era propia de una buena esposa.

Al poco tiempo, empecé con los mareos y náuseas del embarazo y paralelamente me vino un terror absurdo a los temblores, pero yo tenía la certeza de que se avecindaba un gran terremoto.

La gente del lugar se reía de mi temor, pues, según decían, ahí nunca temblaba aunque empezaron a haber temblores muy seguido. Yo me lo pasaba arrancando y a medida que avanzaba mi embarazo, estas carreras se pusieron peligrosas, hasta que una vez me caí.

Fue eso lo que convenció a Alfredo de que nos fuéramos a vivir a una casa asísmica y no de adobes como la casa larga.

Nació mi bebé. Era una niña con una piel de porcelana, blanquísima y casi transparente. Sus labios eran tan rojos que una vez me preguntaron unos gringos si en Chile se acostumbraba a pintar los labios de las criaturas recién nacidas.

Cuando la llevé a casa yo pensé que el Toy se podía poner celoso y hacerle algún daño a mi bebita, pero cuando la puse en la cuna y la saqué al jardín con mucha precaución, el perro se puso contento y le movió la cola como nunca lo había hecho con nadie, y acto seguido, se echó junto a la cuna y desde ese momento se transformó en el guardián de la pequeña.

Un domingo, a las once de la mañana, empezó el terremoto que yo estaba presintiendo desde hacía tiempo. Fue un gran terremoto, se cayeron las casas de adobe, se abrió la tierra y se tragó personas, animales y casas.

Nosotros nos salvamos porque vivíamos en una casa asísmica. Si no nos hubiéramos cambiado habríamos muerto los cuatro, es decir, la bebé, Alfredo, el Toy y yo, pues la vivienda larga quedó totalmente en el suelo.

Alguna gente de pueblo dijo que yo les había traído el terremoto de tanto anunciarlo y otros, por el contrario, dijeron que yo era adivina y que le había salvado la vida a muchos que habían arrancado a tiempo basándose en mi premonición, pues sin ella, se habrían quedado en casas que se derrumbaron.

EN EL ANTEJARDÍN

A mi nieto Marito.

Vivía cerca de mi casa una mujer muy chismosa, la Raquel, que siempre estaba preocupada de lo que hacían los vecinos y a menudo importunaba yendo a las viviendas de los vecinos para decir lo que se debía o no se debía hacer, o bien, para contar alguna situación, de esas que nadie quiere que se divulguen.

Con gran deleite, relataba que el señor que vivía en la esquina, andaba cojo pues se había caído una noche mientras se pasaba en pijama y por el tejado, a la casa de una vecina muy buenamoza que estaba sola, dado que su esposo era taxista y trabajaba en horario nocturno, o que el señor del frente, el fabricante de calcetines, cuando llegaba borracho le pegaba a su mujer y luego la obligaba a hacer desnudos antes de acostarse con ella, o que el hijo del caballero que criaba canarios finos, cuando necesitaba dinero, soltaba todos los canarios y luego salía corriendo a buscarlos por los patios del vecindario y así, siempre perdía uno o dos de los más cantores, los que después vendía a buen precio, o que fulanito era aficionado a lo ajeno y fulanita no barría el patio de atrás.

Las historias probablemente eran ciertas, por lo menos la de los canarios, pues, cada cierto tiempo, el Jaime, el joven hijo del dueño de las avecitas, pasaba saltando cercos interiores persiguiendo unas bandadas de canarios. Éstos eran mansos y no volaban mucho, por lo cual era fácil cazarlos.

Los canarios eran feos y medio pelados, y cada uno daba una nota diferente, por lo cual el muchacho solía andar desesperado buscando el do, o el re, lo que resultaba muy cómico para quien no fuera conocedor del tema, pues se podía entender que se trataba de una fuga y búsqueda de notas musicales.

Esta mujer vino un día muy indignada a decirme que cuando yo estaba en mi trabajo, en mi hogar sucedía la inmoralidad de que mis hijos se tiraban agua con la manguera, desnudos en el antejardín y que además el Antonio se ponía a hacer pipí parado sobre el cerco, vuelto para la calle y que el muy sinvergüenza hacía dibujitos con la orina en la vereda, mientras la Mónica con sus amiguitas ejecutaban danzas pascuenses, muy obscenas, según la señora, con tanto movimiento de caderas.

Yo no podía creer que esta mujer dijera tales cosas, pues los niños tenían dos años uno y tres años el otro. En todo caso, les dije a los chicos que mejor se pusieran traje de baño y no supe cómo explicarles que la vecina se escandalizaba por sus cuerpos desnudos.

Corría el mes de Noviembre, los calores en Santiago eran sofocantes. En esa época uno añora más que nunca los verdores del sur, las nubes, los aromos, cubiertos de pequeños soles amarillos y perfumados, la brisa refrescante de los atardeceres, los ríos mansos, los campos verdes, y sobre todo añora una época en la cual no había tantas responsabilidades.

Iba yo caminando por la calle ardiente, cemento gris, humo de buses, ruido de motores, cuando divisé, moviéndose lentamente, un montículo parecido al pavimento, el cual se aprontaba a atravesar la autopista.

Corrí hacía él movida por la curiosidad, y mi sorpresa fue grande, pues se trataba de una gran tortuga, como del tamaño de una pelota de fútbol, pero no tan redonda.

No podía llevarla conmigo, pues en el trabajo no me iban a permitir entrar con ella y, por otro lado, quería llevársela a los niños quienes estarían felices de tener una mascota que yo, con mi sueldo de profesora, no podría comprarles de ninguna manera.

Por lo tanto volví a casa sabiendo que llegaría tarde a trabajar.

Mis hijos se pusieron tan felices que sentí que todo estaba bien y que valía la pena el mal rato que después pasaría por llegar atrasada a hacer mis clases.

Ese verano encontré caminando por la calle cuatro tortugas más, así que tuvimos en total cinco, de las cuales, cuatro resultaron hembras y una sola macho.

Algo extraño les pasó a las tortugas ese año, que les dio por fugarse de sus hogares y salir a caminar por las calles. Esto, unido a que todas las mañanas dos zorzales golpeaban la ventana hasta hacer sangrar su pecho dejando los vidrios manchados de sangre, y a que la perra de al lado, una pastor alemán muy brava, andaba como maullando, en lugar de ladrar, motivaron que la Teresa, mi nana, anduviera santiguándose y haciendo plegarias en mapudungun (idioma que habla el pueblo mapuche), porque según ella eran señales de fin de mundo.

Yo recordé que mi abuela Herminia, quien también sabía esas mismas plegarias, me había dicho que los animales se ponían raros para los fines de mundo o bien, cuando el demonio andaba cerca.

“Tere -le dije- más bien yo creo que es el demonio”. Yo estaba pensando que la vieja chismosa, la tal Raquel, debía ser muy parecida a Satanás por sus pensamientos impuros. Además pensé que la Tere se tranquilizaría, pero resultó para peor, pues mi nana le tenía más miedo al demonio que al fin del mundo y no se quería quedar sola para poder ir yo a mi trabajo. Entonces, le recordé que Satanás no se acerca a los niños ni a las higueras por ser árbol bendito y eso la calmó.

Esto de las higueras para mí resultó cierto, pues ese gran árbol que había en el patio posterior, años más tarde, me salvó la vida.

Pocos meses antes del golpe militar decidí pedir permiso sin sueldo en el liceo donde trabajaba. Esto, porque era intolerable el ambiente de agresividad que uno tenía que enfrentar a diario con los alumnos, los cuales atacaban a los profesores hasta con pistola si no eran de esta o aquella postura política y como mi liceo estaba en un barrio de ricos, a mí, por ser de izquierda, casi me dispararon, y una vez me golpearon entre tres alumnos de ultraderecha, por ser “upelienta”, es decir, socialista.

Como en mi hogar mi sueldo era necesario, decidí dedicarme a suertera, lo que resultó muchísimo más rentable que ser profesora e incluso, diseñé un naipe especial para ver la suerte.

Estaba yo sola una mañana cuando llegó un tipo muy raro a que le tirara las cartas. Con mucho temor me puse a leerle las predicciones y en ellas vi que ese hombre me venía a asaltar y probablemente a matarme.

Yo tenía mi habitación de adivina, con decorados y todo, en la parte posterior de la casa, justo con una ventana por la cual se veía la higuera. Yo seguía hablándole no sé qué cosas a mi peligroso cliente, tratando de pensar cómo me salvaría de ésta, cuando, con un alivio inmenso, veo que mi hermano, quien trabajaba cerca, había venido a comer higos, su fruta predilecta.

El hombre, al ver a mi hermano, se puso de pie y me dijo que se iba pero que volvería otra mañana, cuando no hubiera nadie.

Así fue como me salvó la higuera, con lo cual corroboré su calidad de árbol santo. La higuera y mi querido hermano con su gusto por los higos y por la fruta que aún está en el árbol.

Hubo que hacer el bautizo de las tortugas para el cual los niños convidaron varios amigos y familiares. Además, hicimos helados, galletas y limonada. Como hacía calor armamos la mesa de ping-pong debajo de la higuera, cuya sombra es siempre muy fresca y cuya fama de protectora ya se había difundido, aun antes del episodio del cliente asaltante.

El bautizante era el Polo, un sobrino que venía a instalarse en mi casa cada vez que podía y al cual los niños adoraban.

El bautizo resultó un éxito y todos nos entretuvimos bastante. Hubo baile y juegos como ese del corre el anillo, y el de un, dos, tres, momia es.

La tortuga macho se llamó Pancho y todas las hembras Catalina**s**. Catalina primera, segunda, etc., siguiendo el orden en que las encontré.

Las catalinas eran mucho más grandes que el Pancho, casi el doble, y caminaban bien lento. El Pancho, en cambio, corría, cosa rara, pues era creencia que toda tortuga camina lento. Se alimentaban de lechuga, pasto y les encantaba la fruta, en especial los higos que encontraban bajo la higuera, por lo cual casi siempre andaba cerca de ese árbol, lo que tranquilizó a la Tere, pues dijo que los animales malos no resistían la sombra de la higuera. Al parecer, al comienzo, la nana les había tenido miedo a las tortugas.

Un día, al volver del trabajo me estaba esperando la tal Raquel con cara de gran inquisidora. “Ud. sobrepasó todos los límites de la decencia”, me dijo. Yo había llenado mi casa de animales obscenos que se ponían a hacer “eso” en el antejardín y con gran escándalo.

Fui a buscar a la Tere y fui con ella al antejardín, pues yo le tenía un poco de miedo a la Raquel, y allí estaba el Pancho sobre la Catalina segunda, asegurando la continuidad de la especie. Como el macho era más pequeño le costaba bastante mantener el equilibrio y se empujaba con sus patitas traseras. La Cata, por su parte, lanzaba de vez en cuando unos chillidos agudos.

La Raquel trató como pudo de separarlos, les tiró agua con la manguera, los empujó con el pie, les gritó, pero cuando quiso pegarles más fuerte con una pala, yo no se lo permití, es más, me vino toda una ira acumulada con esa mujer y le dije que se fuera, que no viniera nunca más, que para qué miraba tanto mi jardín si era tan indecente, etc., etc.

Las tortugas demoran más o menos dos días en aparearse y como el Pancho decidió hacerlo con las cuatro y en el mismo lugar, el acto duró como ocho días.

Yo aproveché para esclarecer todas las dudas sexuales de mis hijos y mis amigas trajeron los suyos con el mismo objetivo.

VOLVER A EMPEZAR

Volvía cansada a mi casa después de mi jornada laboral.

Trabajaba ya hacía cinco años en el liceo Lastarria haciendo clases de historia en enseñanza media.

En la puerta de mi casa me esperaban los hijos, ansiosos, pues siempre les traía alguna golosina.

¡Mis hijos!, verlos bien me producía una gran calidez en el corazón, pero también angustia. Tenía un temor constante a que les ocurriera alguna desgracia. Sentía que era demasiada responsabilidad cuidar esos pequeños, tan frágiles, tan indefensos en un mundo cada vez más incierto y más violento.

Después de besarlos y conversar con ellos y sobre todo, escuchar cuánto ambos tenían que decirme, me iba a la cocina, donde la Teresa, la nana, invariablemente mantenía un tremendo desorden y muchos problemas. Me sentaba a planificar con ella todo lo del día siguiente mientras me tomaba un cafecito.

Miraba sin ver el paso de las estaciones en los árboles del patio trasero: *verano, higos negros y provocativos cubren el árbol de hojas verdes muy oscuras; invierno, higuera sin hojas; agosto y la higuera llena de gatos, persistentes amantes de mi gata, la Chiclosa, primavera y el cerezo cubierto de flores*, *eso es, flores que me gustan muchísimo, arreglaré los dos floreros y después veré una película en la T.V. y le pondremos arroz a la cazuela y no fideos, y la hija necesita zapatos, el niño está resfriado, miedo, ¿le daré un dominal o llamaré al doctor?, veremos si tiene fiebre, le ayudaré a la Moni con su tarea.*

Tocan el timbre. Abro. Es mi amiga Inés que viene de visita. *No sé si tengo ganas de conversar con ella, pero igual conversamos. Me siento sonámbula y me siento culpable de estar haciendo esto y no esto otro.*

(Mientras estoy escribiendo, después de varios años, me doy cuenta de que hay muchas cosas en mí que siguen iguales y que yo creía superadas).

Sigo no sabiendo priorizar, no teniendo la certeza de qué es mejor, ¿estar en el PC escribiendo o conversar con mi nieto, quien tiene diez años y vive conmigo desde que murió su mamá, la Mónica, sin saber tampoco si mañana será mejor ponerle arroz o fideos a la cazuela?, además siento que me viene el temor de que a los tres hijos que me quedan les suceda algún accidente, ignoro si debo escribir sobre el golpe militar o sobre cómo llegué a esta ciudad, me pregunto si mañana es mi deber ir primero a estar con mi madre, a quien ahora tengo a mi lado, o mejor primero escribo y después voy a preocuparme de ella y también estoy dudando si esto que escribo será lo que Mario espera que escriba o si estaré diciendo puras huevadas, y reconozco lo importante que es para mí el reconocimiento de otros, en especial de Mario, y caigo en cuenta de mi dependencia nuevamente. Siento que debo volver a empezar).

Conversamos con la Inés sobre muchas tonteras, el tema más recurrente por ese entonces eran los maridos y los rumores políticos en los cuales mi amiga era una experta.

“Dicen que Allende no dura ni dos años más, dicen que en el norte hay miles de tanques rusos ocultos en el desierto y que los momios (o sea, la derecha), están acaparando toda la producción alimenticia para obligar a Allende a renunciar, y dicen que la CIA y que la ITT... dicen, dicen”.

Tanto rumor me aburría y terminaba pensando en cualquier cosa, en lugar de prestarle atención a mi amiga.

Todos los decires que Inés me llevaba, con su afán de comunicar las primicias, empalidecieron el día en que derrocaron al presidente.

Nunca nadie imaginó que la Moneda, la casa de los presidentes, iba a ser bombardeada por aire con aviones de guerra, ni que los militares se iban a adueñar del poder por tanto tiempo, ni menos, que se iba a matar tanta gente en forma tan estúpida y tan cruel.

Era imposible pensar en lo que sucedió en los días posteriores al golpe. Durante esos días quedamos encerrados, sin poder ni asomar la nariz a la calle, escuchando una sola radio, la de la dictadura, y también la constante balacera y los aviones *hawker hunter* haciendo sus vuelos rasantes, con estruendo ensordecedor.

Sin embargo mi padre, desde el más allá, en marzo de ese año, nos anunció todo. Pero nosotros no le creímos, a pesar de que lo repitió muchas veces y a pesar de que había noches en las que no me dejaba dormir para prevenirme y para informarme de lo que ocurriría.

Era una mañana primaveral. Ese día nos correspondía por la tarjeta de racionamiento ir al supermercado y obtener algo de lo que era imposible encontrar: leche en polvo (*recordé que los chicos más pobres rayaban la cancha con leche en polvo, leche gratuita que les daban en las escuelas y que mis hijos traían con mucho cuidado a casa*), azúcar, arroz, un pollo, jabón, detergente, papel higiénico y si uno estaba de suerte, cigarrillos y café.

Yo partí tempranito rumbo al supermercado con el carro de las compras.

Recuerdo nítidamente y con mucho brillo, que iba vestida con blue jean y polera blanca.

El aire estaba cristalino y perfumado a rosas y jazmines. En ese tiempo no había smog en Santiago. Me sentía feliz, llena de vitalidad, iba pensando en ir a la peluquería, cuando un señor salió corriendo de su casa diciendo que habían derrocado al gobierno y que me volviera a mi casa, pues era un peligro andar en la calle.

Dudé un instante, pero no le creí o quizás no quise creerle y le dije que seguramente era otra lesera de los milicos, los cuales hacía poco habían paseado dos o tres tanques y como no les pudieron echar bencina porque nadie les quiso vender, se habían tenido que volver al regimiento, y aunque el buen señor trató de disuadirme yo seguí camino al mercado, porque la leche, sobre todo la leche, yo no la perdía por ningún motivo.

Para llegar al supermercado tenía que cruzar una avenida muy amplia y al llegar a la esquina empecé a escuchar las primeras ráfagas de metralla, pero distantes.

En la fila para alimentos ya habría como diez personas. Bueno, esperaré un poco, pensé.

Estábamos al lado de la cancha de fútbol y a un costado de una pared. De improviso, un helicóptero bajó a gran velocidad y nos empezaron a disparar desde él.

Las balas rebotan en la tierra de la cancha, vienen más helicópteros. Es un sueño maligno. Tú empiezas a darte cuenta de que te van a matar, lo ves todo como desde afuera, pero sigues en la fila que ahora avanza con rapidez. Finalmente, te entregan lo que fuiste a buscar, los alimentos de tus hijos, los oídos te zumban, y te vuelves, como puedes, mientras las balas rebotan y silban por todos lados y ves como algunas

personas caen heridas y otras gritan y lloran, pero tú lo miras y no crees que esté sucediendo.

Llegué a casa con todos los alimentos. Entré corriendo y grité a la nana: "¡La radio, prende la radio!". Había una sola radio que tocaba música inconsistente. Eran las diez de la mañana.

Llega René, mi marido, y trae dos botellas de pisco y dos kilos de carne.

La Mónica juega en su pieza con sus muñecas, está totalmente asustada, pero no lo expresa, yo lo noto por sus manitas temblorosas y le digo que no tenga temor que no va a pasar nada y la convido a hacer pan.

Se nos pierde el hijo, está con los vecinos encaramado en el cerco mirando unos aviones muy rápidos que giran sobre la capital, una bala le pasa rozando la oreja, no sé cómo lo echo al suelo y lo meto a la cocina.

Mi madre está con nosotros y escucha la radio. Su presencia de algún manera, nos da algo de tranquilidad.

Me pongo a hacer pan, se sienten los tanques que hacen temblar el suelo y ya la metralla es permanente.

Por la radio empiezan a decirle al presidente que se rinda porque van a bombardear la Moneda.

Suena el teléfono.

Fue la única llamada que recibimos, después se cortó el teléfono por cuatro o cinco días.

Era mi hermano quien llamaba para decirme que fuera a acompañarlo a la Moneda a defender al compañero presidente. Mi hermano, que ya no le quedaba ni un mes de vida, por un cáncer galopante, se había vestido y se dirigía a combatir por sus ideales, sin dudarlo ni un momento.

Yo, que lo había seguido en tantas y tantas ocasiones, ese día no pude seguirlo, "*lo siento hermanito, aquí ya no se puede salir*". Él me respondió con firmeza: "*compañera, usted debe cumplir con su gobierno, salga como pueda y nos vemos en el centro".*

Dentro mío alguien pensó que debía ir con él, mi corazón quería ir, pero los niños se aferraron a mí cuando vieron que pretendía hacerlo y mi esposo me dijo que él había permitido ya demasiadas locuras que yo hacía con mi hermano y que ahora por la fuerza, si era necesario, no me dejaría ir a la calle.

Seguí haciendo pan mientras mi madre con René conversaban en el comedor escuchando los comunicados oficiales que transmitía la radio y se bebían las botellas de pisco.

Esa mañana mi difunto padre anduvo recorriendo nuestra casa, dándome muchas recomendaciones, diciéndome que apenas bombardearan la Moneda pusiera bandera en la ventana, además que juntáramos agua en lo que pudiéramos, que esa noche pusiéramos colchones en las ventanas porque solo esa noche iban a morir como ocho mil inocentes.

Los escritos donde mi padre desde el más allá describe el día del golpe militar datan de marzo del año 1973 y todavía se conservan. En ellos hay una descripción exacta de todo lo que sucedió en Chile desde que cayó el gobierno de Allende hasta que Pinochet seudo-abandonó el poder.

A las 11,10 cayó la primera bomba en el palacio de gobierno, yo sólo sentía la suavidad de la harina en mis manos y las manos de mis hijos abrazados a mi cintura.

Seguía el bombardeo y el terror, los helicópteros hacían temblar la casa, las sirenas de todo tipo ululaban sin cesar, mientras el pan salía de mis manos, suave y redondo, muchísimo pan.

Yo no podía llorar para no asustar más a los niños, pero me escuché decir: “milicos de mierda, milicos de su madre, milicos hijos de puta”. A las 12,30 ya habían matado a Salvador Allende.

Con su muerte se morían miles de ensueños, se cambiaban miles de sentidos de vida y se cometía un acto que aún duele por su violencia.

Entonces sentí que todo terminaba, que todo se derrumbaba.

A mi memoria llegaron unos versos de Neruda: ”todo te lo tragaste, como la lejanía, como el mar, como el tiempo, todo en ti fue naufragio”.

Todo en mí fue naufragio. Yo era la que estaba naufragando y caí en cuenta de que debería volver a empezar muy pronto para no ahogarme en el sin sentido.

CONTACTOS Y ALGUNOS SIGNOS DE INCOHERENCIAS

Las mañanas eran difíciles para Sonia porque se levantaba muy cansada, habiendo logrado dormir muy poco.

Por la noche se escuchaban disparos intermitentes, sonidos de sirenas, estallidos de bombas y a veces, lamentos y cadenas fantasmales rodando por los tejados.

Todo este barullo casi infernal había comenzado después que la dictadura militar se instaurara en el poder.

Además, Sonia tenía los mellizos de apenas ocho meses, que lloraban asustados de tanto bullicio nocturno, lo que tampoco le permitía conciliar el sueño.

Ella debía levantarse muy temprano para ir al Instituto que quedaba a 15 Km. de su casa, donde era la directora de la Revista de Capacitación Laboral, y antes, dejar a los mellizos, Francisco y Marcelo en la sala cuna del mismo Instituto.

Sonia estaba preocupada porque veía venir un especie de locura colectiva que ya estaba afectando a las primeras personas y ella sentía que si no se mantenía en alerta, podría caer también, en el desquiciamiento y la locura.

Su hijita Isabel, quien era muy parecida a su madre, le ayudaba con los bebés en las mañanas, pero igual le costaba salir a tiempo y no le gustaba que la pequeña, quien también iba al colegio temprano, tuviera que hacer cosas excesivas para su edad.

Después de grandes esfuerzos lograban partir a tiempo a sus respectivas labores.

Había que andar con las ventanas del auto abiertas, para detenerse en caso de que algún militar les dijera alto.

Vivían ya el quinto año de dictadura y el acoso y la represión inhumana no disminuían.

Fue una de esas mañanas cuando iban al Instituto, que divisaron sobre la cordillera azul oscura, muy luminoso, un objeto que tenía la típica forma de platillo volador, cambiando de luces anaranjadas a rojo intenso y después a violeta. En este color parecía zumbar con un sonido muy agudo, que producía algo en los dientes, en especial en las tapaduras con amalgama.

Sonia desde muy pequeña tenía la costumbre de contar historias que para ella eran como cuentos, pero que después sucedían. Isabel parecía haber heredado esa condición, pues había estado dibujando en sus hermosos cuadros de paisajes, pequeños platillos volando sobre el horizonte.

Fue la Juana, la cocinera, quien por primera vez hizo notar a sus padres el carácter premonitorio de sus relatos, porque dijo una vez que ella, cuando quería saber algo de sus cosas, le preguntaba a la señorita Sonia y ella le contaba textual lo que iba a suceder.

La primera vez que Sonia sintió que predecir el futuro era un castigo, fue cuando al ver a su hermana supo que ella se iba morir en un accidente automovilístico.

La hermana de Sonia vivía en United States y cuando venía a verlos les traía a todos regalos que producían asombro. En ese tiempo, los adelantos tecnológicos demoraban bastante en llegar a este país situado en el fin del mundo.

Todavía no se vivía la mundialización, ni se había alcanzado la categoría de país estrella que hoy sitúa a los chilenos como insaciables consumidores de productos importados.

Ese año, el año en que Santiago había empezado a mostrar los primeros signos extraños, la hermana llegó con unos walkie-talkie de regalo para Ignacio y para Ricardo, sus dos hijos, de catorce y quince años, respectivamente.

El Ignacio, a quien le decían cariñosamente Cuchito, pasaba largas temporadas en la casa de Sonia. Era un muchacho muy tímido y bondadoso.

Su principal afición eran las historietas, en particular las de ciencia ficción, tema al cual Sonia era también muy aficionada.

Al ver los intercomunicadores Sonia con su espíritu infantil y juguetón, se entusiasmó pensando en que utilidad podrían darle.

Primero fue el juego de salir a la calle con Ignacio, cada uno con un aparatito e ir diciendo donde se estaba y: "¡¡cambio, ¿me copia?, cambio!!", etc.

Pero no había mucho más que decir. Además a ella le daba un poco de vergüenza, así es que llevaba a sus niños haciendo como que ellos eran los de los walkie-talkie.

Lo mismo hacía para ir a jugar flipper. Los roles son muy limitantes, si se los cree.

Después, Sonia pensó, con un desconocimiento absoluto de los alcances reales de los walkies, que podrían servir para obtener alguna comunicación con naves espaciales.

Santiago estaba invadido de platillos voladores y también de difuntos que se andaban apareciendo por diversas partes. Toda la gente salía en las noches a los patios a mirar el cielo, porque nadie quería perderse los llamados avistamientos.

Por las emisoras locales habían varios espacios destinados al tema de los ovnis y en general, todo el mundo esperaba alguna respuesta que proviniera de otros mundos.

Con Cuchito salió Sonia esa noche al patio. Hacía mucho calor y las estrellas brillaban como nunca. Llevaron los walkies y los pusieron ambos abiertos para trasmitir al mismo tiempo. Además, conectaron las antenas de los walkies a los alambres que cruzaban el patio trasero y que servían para colgar la ropa mojada, porque les pareció que aumentaría el alcance comunicacional, al hacer los alambres como prolongaciones de las antenas.

Tipo doce de la noche empezaron a decir, a voz en cuello: "¡Aló, aló!, aquí los terrícolas llamando, ¡por favor si algún marciano nos escucha que responda!". Este llamado lo repetían insistentemente.

Llevaban más de una hora haciendo llamados cada cinco minutos, cuando de improviso escucharon una voz extraña muy poderosa que les decía: "aló, aló, aquí los marcianos contestando, ¡cuando van a dejarnos dormir los huevones!".

Ahí terminó el experimento.

Vivían un clima de cosas extraordinarias.

En el Instituto donde la Sonia trabajaba ya habían hecho fama de que ella era vaticinadora.

Cual más, cual menos, necesitaba algo mágico para no morirse de aburrimiento o de tristeza o de miedo.

Un día, Javier Flores, un señor muy pomposo y elegante, quien era el gerente de personal, vino a la oficina de Sonia a pedirle una entrevista. Ella pensó que se trataría de algún artículo que él desearía publicar en la revista, lo que era bastante apetecido porque confería fama a nivel latinoamericano y abría puertas para diversos organismos internacionales, como la FAO, la OIT y otros.

Pero el problema de don Javier era otro.

Cerró la puerta después de entrar a la oficina y apenas se sentó frente a Sonia, se puso a llorar y le dijo que necesitaba que ella le dijera si era verdad que en tres días más sería el fin del mundo. Le dijo, además, que en el sur había nacido un pollo con dos cabezas, que se habían muerto dos Papas católicos muy seguido, que en Chillán había aparecido una imagen santa en la carne de vacuno, para ser más exacto en el lomo liso se dibujaba la cara de la virgen María, y los evangélicos estaban en todas partes predicando sobre el fin del mundo.

Ella no lograba entender mucho, pero lo que le quedó claro fue que don Javier tenía un miedo peligroso y que necesitaba urgente creer en algo. Por eso, le juró por lo más sagrado que el mundo no se acababa, sino que les quedaban muchísimos años más.

El se relajó un poco y luego le preguntó que cuánto le debía por la consulta.

Después la Sonia supo que un auxiliar muy bromista, quien era evangélico y que le tenía un poco de “bronca” al señor Flores (porque no le había querido subir el sueldo, que en realidad era muy bajo), le iba a meter miedo diciéndole que venía el fin del mundo y recitándole párrafos bíblicos alusivos a estos tiempos finales.

Este auxiliar predicaba bien y en la gerencia de personal donde servía cafecitos, tenía a varios asustados. Se llamaba Eugenio Aris.

La Sonia, no se sabe mucho por qué, le había caído en gracia y la había tomado bajo su protección.

En los Institutos, vale más, a veces, ser amiga del auxiliar que del gerente, pues se saben todos los trucos y mecanismos para obtener algunos privilegios.

Cuando la Sonia ganó el concurso para dirigir la revista y fue por primera vez a trabajar, le dieron un escritorio todo destartalado, en un pasillo de la biblioteca.

Allí estaba ella sumida en la frustración, cuando la encontró Eugenio y le trajo un cafecito.

Después, el buen hombre la interrogó, con aire de conocedor sobre lo que ella era, lo que haría, cómo era su contrato y al final del interrogatorio le dijo que una directora de revista necesitaba una buena oficina.

A la hora de la colación apareció Aris, con dos auxiliares más y la llevaron a una oficina preciosa, ubicada en el primer piso, junto a la del Rector, la cual, según Aris, nadie sabía que estaba desocupada.

Después le trajeron un escritorio gerencial, dos sillones y, en sucesivos días, la fueron alhajando tanto, que un día en que el Rector del Instituto por casualidad entró, le dijo que quién era ella para tener tan buena oficina.

Cuando ella, un poco asustada, le contestó que era directora de la revista, el rector dijo que "¡cómo era posible que aún no le pusieran teléfono y secretaria!".

Aris le comentó a Sonia después, que si el rector la hubiera visto donde estaba antes no la hubiera tomado en cuenta, porque "estos viejos se impresionan por los lujos", dijo, y partió a traerle un alfombra muy linda que todavía le faltaba.

Fue así como la revista alcanzó pronto gran importancia, pues los funcionarios pensaban que una unidad tan lujosa y bien ubicada, debía tener nivel gerencial.

Sonia nunca supo cómo los auxiliares le consiguieron los muebles ni la oficina, pues al correr el tiempo, se dio cuenta de que en el Instituto era algo muy difícil de obtener, a menos que uno fuera gerente.

Aris descubrió pronto que la Sonia leía el futuro y fue él el que se lo contó a otros, para que ella se ganara unos pesitos extra, pues el puesto de directora era “pura pinta” y el sueldo era de nivel uno, el más bajo dentro de la escala profesional.

Pasaban días y días y disminuyeron un poco los avistamientos.

La hermana de Sonia se volvió a U.S.A., y Sonia al despedirse la besó más que nunca pues sabía que no la volvería a ver.

Una mañana, Alberto González, el publicista que trabajaba también en la revista, llegó contando que había sido perseguido varias cuadras por una luz intensa que provenía de un ovni. Estaba casi en estado de shock y hubo que llevarlo a la posta donde le pusieron sedantes. Él no quiso volver a su casa, porque vivía solo, así es que lo llevaron de vuelta a la oficina de la Sonia.

La Sonia ese día dijo lo que hacía tiempo tenía ganas de decir, y era que todos esos avistamientos y todos esos difuntos ambulantes eran producto del estado de miedo que se vivía a causa de la dictadura.

Dijo que ella no sabía si estaban adentro o afuera de la cabeza de las gentes, y que, por último, eso no era lo más importante, pero que el día que cayera la dictadura la gente iba a dejar de ver cosas raras y que entonces se iba a poder dormir en paz.

Los que estaban allí presentes sintieron miedo de que el inspector de seguridad se enterara de lo que la Sonia había dicho, pero se dieron cuenta de que ellos también pensaban lo mismo.

El inspector de seguridad se enteró de todas maneras, porque había micrófonos en todas las oficinas, pero no tomó ningún medida represiva en contra de la Sonia, porque le creyó absolutamente, ya que ella le había predicho que su mujer lo engañaría con un amigo de su hijo; y efectivamente, la descubrió en pleno acto con el Rigo, un compañero de su muchacho.

Eso sí, al otro día le dijo a la Sonia que tuviera cuidado con lo que decía porque todo se sabía, y la Sonia le contestó que ya era tiempo de empezar a decir porque si no iban a terminar todos locos.

EL TIEMPO DEL SILENCIO

Durante los años de la dictadura militar vivíamos sometidos a las múltiples vejaciones y restricciones que toda dictadura implica.

Para mí era aun más degradatorio que fueran militares quienes tomaran decisiones, pues, desde muy niña los consideraba tontos e ignorantes. Recordaba que en mi familia decían que el que no servía para los estudios superiores se metía a milico.

Ahora, al verlos de rectores universitarios, de ministros de educación, o en otros cargos siendo tan ignorantes, me producía la sensación de estar viviendo un gran circo, donde todo parecía un montaje y nada se podía tomar en serio.

Tampoco me podía tomar en serio yo misma. Me sentía estúpida y me preguntaba como burlándome de mí, cómo había sido tan ilusa al creer en que se llegaría a un mundo libre, justo y solidario cuando triunfara el socialismo.

Mi vida se tornó desencantada y llena de temores y fugas.

Las fugas eran, por lo general, grandes borracheras en reuniones en las casas de un grupo de amigos y en la mía. Se las llamaba fiestas de toque a toque, pues nadie se podía ir durante el toque de queda.

En una de esas fiestecitas del sin sentido, la Carmen, la escritora, apareció con un amigo al cual presentó con mucho respeto diciendo que era un sabio pero que había olvidado su nombre.

La Carmen era bastante loca como para olvidar el nombre de sus propios hijos así es que él no pareció molestarse sino, por el contrario, semisonriendo y habiéndose sentado cómodamente en un gran sofá, contó que, efectivamente, estaba dedicado a ciertos estudios de un saber milenario y que esperaba, con esos estudios, llegar a una comprensión total del universo, lo que le permitiría alcanzar la vida eterna y todo el poder que el ser humano real podía manejar, pues en el estado ficticio y dormido en que estábamos todos nosotros, no podíamos hacer nada.

Esto lo dijo en voz muy baja y pareciendo no tener ningún interés en que alguien lo escuchara.

Yo estaba bastante borracha, pero a pesar de mi lamentable estado, algo de lo que el amigo dijo resonó amplificado en mi interior: “el ser humano real”.

Deduje de sus palabras que no era solamente yo la que tenía esa desagradable percepción de estar viviendo con seres ficticios, en un mundo dormido, en el cual yo también era un invento, una máscara, apenas un murmullo, la sombra de una sombra de algo muy distante.

Fue por esto que le dije que volviera. Se llamaba Gérico.

Él me contestó que no sabía si valdría la pena volver. Lo hizo de una manera muy descortés, pero por primera vez después de muchísimo tiempo, sentí que ese hombre tenía algo consistente, que no estaba vacío, como todos nosotros.

El toque de queda terminaba a las seis de la mañana. Gérico se dirigió a la puerta. Fui detrás de él y le supliqué que me permitiera saber más de sus estudios. Luego lo seguí en la calle hasta el paradero de buses.

Yo iba descalza, casi corriendo al lado de él y se me había ido toda la borrachera. Gérico no me miraba y apenas me habló en todo el trayecto, pero finalmente me dijo que fuera a hablar con él dentro de cinco días al museo de Historia Natural donde trabajaba.

Agregó que debía ser puntual, a las cinco de la tarde, pues si llegaba un minuto tarde, no lo encontraría.

Este hombre me resultaba desagradable, era feo, desaseado y muy poco acogedor. Sin embargo, mi antiguo ente tutelar se había aparecido para decirme que lo siguiera hasta el fin del mundo, si fuere necesario.

Al volver a la casa me encontré a todos durmiendo y me sentí llena de energía y con ganas de cantar.

A la Carmen la conocí en el diario, pues las dos escribíamos en la página literaria. En un comienzo ella me rechazaba con gestos despectivos pues creía que yo la podría desplazar como escritora, pero al cabo de un tiempo se dio cuenta que éramos complementarias y que nuestros escritos apuntaban a temas y formas muy diferentes.

Yo debía, por lo general, hacer la crítica a libros latosos cuyos autores eran amigos del jefe, el que con su sonrisa almibarada bajo su bigotito negro y algo grasoso me sugería que no fuera a encontrar mala la obra. Así, casi nunca yo podía hacer un trabajo pulcro que realmente orientara a los lectores, por miedo a perder mi trabajo.

La Carmen tenía libertad para escribir lo que quisiera, no era crítica sino ensayista. Ella tenía ventajas importantes, pues escribía muy bien, con una gran captación del detalle, y hacía descripciones proustianas de momentos cotidianos, muy envolventes y muy femeninas, que lograban crear pequeños cuadros de una realidad visceral bastante novedosa. Por otra parte mantenía una relación amorosa y clandestina con el director del diario, lo que le daba seguridad laboral e inestabilidad existencial, pues el tipo era casado y ella añoraba casarse nuevamente.

La Carmen era muy simpática y al cabo de un tiempo nos hicimos amigas. Fue una amistad un poco superficial, pues no era ella para ser profunda en ningún aspecto, pero dentro del clima de sospecha y desencanto en que yo vivía, ir a su casa me resultaba como una ráfaga de aire contaminado y novedoso.

Solíamos ir a visitarla con Carmen Inés. Llevábamos una o dos botellas de vino tinto y nos poníamos a conversar hasta que se terminaba el trago. En ese punto, la Carmen, a la que como ella misma decía, se le “calentaba el hocico”, o sea, quería seguir tomando, empezaba a trajinar en las partes más raras, en los zapatos, en un hoyo del colchón, en un hueco en la pared, detrás de un espejo, etc., hasta que encontraba su plata y nos decía: “huevonas, hay que ir a comprar más vino”.

Ya se había acortado el toque de queda, así es que había tiempo hasta la una y media. Según la hora íbamos con ella, si era temprano, la seguíamos, pues la Carmen ya no iba a parar hasta quedar en estado de casi muerta. Si era tarde, tratábamos de acostarla, pero nunca lo logramos, y se iba sola a un bar de homosexuales donde la conocían y tenía buenos amigos.

Yo también me hice bien amiga del Albert, un homosexual que era peluquero fino y maquillador.

Albert era muy celoso de su pareja, el Patito, y me contaba sus penas de amor diciéndome que el Pato era coqueto con todos y eso lo hacía sufrir. Me pedía que yo sacara a bailar a su amor para así estar tranquilo.

En realidad lo que pasaba era que el Patito era mucho más joven que el Albert y si bien lo quería mucho y se preocupaba de cuidarlo, por otro lado le gustaba bailar acrobáticamente y coquetear con otros chicos.

Los vi años más tarde en el parque, el Albert estaba flaquísimo en silla de ruedas y el Pato le arropaba solícito las piernas con un chal azul con cuadros verdes y blancos. Era conmovedor el cariño que demostraba por su pareja. Le fue fiel hasta su muerte.

Algunas veces metíamos a la Carmen en un taxi y la llevábamos a mi casa, lo que no era nada fácil porque la amiga se ponía porfiada y muchas veces se iba con el taxista cantando "el taconazo", o las canciones de Favio, que estaban de moda y por lo viscerales a ella le gustaban mucho, sobre todo esa de "la búsqueda de un hijo en las entrañas de una mujer".

La Carmen había nacido en el norte, se había casado con un hombre estupendo y "brutal", como ella decía, y había tenido dos hijos vivos y uno muerto.

Esto nunca lo explicó muy bien, pero el resultado fue que se puso alcohólica y hacían unos cinco años que el marido le quitó los hijos, le compró un pequeño departamento en pleno centro la capital y la mandó a vivir sola, con una renta mensual suficiente para sus gastos.

En una oportunidad en que estaba más ida que de costumbre, contó algo de un aborto que tuvo que hacerse porque estaba embarazada de unos negros peruanos, los que, como ella decía, "eran fantásticos en la cama". "El problema -masculló la Carmen- es que son todos iguales", y se quedó dormida.

Ese viernes fui al museo a la cita con Gérico. Me acompañaron la Carmen y la Carmen Inés.

Ésta había sido compañera mía de universidad y militante fanática, igual que yo, de la extrema izquierda. Ambas buscábamos un sentido a nuestras vidas y ambas creímos que ese hombre, el Gérico , nos podría ayudar.

La Carmen fue más bien por curiosidad y porque ella lo conocía de antes, nunca supe dónde.

Llegamos antes de la cinco al lugar establecido.

En ese lugar polvoriento, lleno de telas de araña, huesos de indígenas petrificados, algunos especímenes embalsamados y otros como tripas con ojos, en frascos de alcohol y formalina, me empecé a arrepentir de haber venido.

Estábamos en el sótano del museo, donde se guarda lo desechable y lo restaurable. También lo no clasificable, cosas vivas, raras, que alguien había llevado para que algún científico las investigara, pero que terminaban sumergidas en un frasco de alcohol y olvidadas por completo.

El extraño olor a muerte detenida, la penumbra y el silencio plagado de leves crujires, me produjeron tal rechazo que ya me estaba yendo cuando Gérico salió de alguna parte.

Su aspecto me resultó aún mas desagradable que cuando lo conocí en mi casa, se veía más sucio y más tosco. Tampoco mostró ninguna amabilidad, nos saludó levemente, sin sonreír y nos dijo que estábamos esperando a tres personas más.

El tiempo se hacía eterno en ese lugar. Gérico raspaba al parecer un gran hueso, en silencio y con gran minuciosidad.

El aire enrarecido, los olores, los extraños animalejos, todo eso me estaba mareando y haciéndome ver alucinaciones, pues una gran tarántula negra bajaba por la pared y un búho embalsamado levantó un vuelo silencioso.

Miles de recuerdos vívidos se aglomeraban en mi cabeza: *la casa de Concepción llena de serpientes donde viví un tiempo una época degradante, el bosque de pinos del*

campo, cuando me perseguía alguien. Podía oler los pinos y podía llorar por ese amor perdido por ignorancia y por estupidez. La araña se detuvo frente a mí, moviendo y levantando unas enormes patas negras y peludas y vi la imagen de quien había destruido mi primer bebé, vi a quien me había herido tan profundamente.

Las lágrimas corrían en torrentes por mi cara y las dos cármenes me miraban con gran extrañeza.

Entonces Gérico dijo que ese ambiente era propicio para recordar lo que debía ser recordado y que nadie podía escapar tarde o temprano al despliegue de su memoria. Dijo, además, que eso por lo cual yo lloraba era el motivo de muchas conductas tontas y de muchos temores.

La Carmen preguntó por qué ellas no habían visto nada ni recordado nada y él les contestó que sí, que lo habían visto, pero no se habían dado cuenta y habían perdido una gran oportunidad.

Llegaron las tres personas que esperábamos, un dentista, su esposa y un tipo que trabajaba en la bodega.

Gérico dijo que iríamos a conocer a unos monjes en los faldeos cordilleranos.

Yo me sentía rara, muy liviana, como si me hubiera quitado un peso enorme, veía la luz de cada objeto y tenía la sensación de estar a punto de descubrir algo muy importante.

Salimos a la calle y nos dirigimos hacia el Este, hacia la cordillera blanca e imponente.

SEGUNDA PARTE. DE LA MISMA SANGRE. ROJO.

LA SEÑORA MARCELITA

La Marcelita era la hija menor de tres hermanas. De familia noble, se había educado en los mejores colegios capitalinos. Su abuelo había traído la primera litografía a Chile, por lo cual la niña creció entre los olores fuertes y mareadores de los líquidos que se utilizaban para imprimir y se habituó a conocer los primeros grabados, las primeras estampillas y los primeros billetes. También, conservó una afición casi enfermiza a olores como bencina, parafina, agua ras, trementina y otros.

La Marcelita era una niña genio a la que, de haber nacido hoy día, se le habría llamado superdotada. Ya a los cuatro años la enviaron al mejor colegio alemán donde en menos de tres meses hablaba bastante bien el nuevo idioma.

Era particularmente aventajada en las asignaturas llamadas humanísticas. Fue así como aprender a leer y escribir en castellano, fue cosa de días y memorizar poesías e incluso novelas completas, le resultaba sumamente fácil.

Era muy delgada, bajita, de pelo y ojos oscuros. Tal contextura física le produjo un complejo que nunca superó, pues sus dos hermanas eran altas, rubias y de ojos azules y en esta cultura neonazi, ser de pelo claro es signo de prestigio.

A los nueve años recitaba de memoria el Don Juan Tenorio de Zorrilla, toda la obra de Espronceda, Gustavo Adolfo Becquer, Amado Nervo y Rubén Darío, además se había leído en alemán el Fausto de Goethe y obras como el Bagavadgita y devoraba toda la literatura espiritista que su padre tenía en preciosos volúmenes de cuero con cantos dorados a fuego.

Quizás por ser diferente a sus hermanas y por sentirse en desventaja física, desarrolló una gracia verbal increíble y una agudeza de ingenio que la acompañó toda su vida.

Su padre, un francés muy buen mozo, alto, rubio y de ojos azules, de hermosa y bien cuidada barba, tenía un afán insaciable de belleza y dedicaba su tiempo a la pintura y a la comunicación con los espíritus. Era discípulo de madame Blavatski y seguía sus enseñanzas.

Así mismo, sostenía que era descendiente de un cátaro que había muerto quemado y cantando en Mont Blanc, al sur de Francia, cuando por allá por el siglo XIII fue incendiada la Abadía que estaba en la cumbre de ese cerro por los puritanos católicos que decían que los cátaros tenían estrechas relaciones con el demonio mismo.

Agregaba don Eduardo que de su descendencia nacería un Cadot, que se reconciliaría con los asesinos lavando así el resentimiento genético que existía en esa familia en contra de la santa iglesia católica.

La Marcelita era su hija predilecta y en los meses que permanecía en casa le dedicaba todas sus atenciones y sus mimos, gozando con las gracias de la pequeña, llevándola a pasear a los mejores lugares capitalinos, a tomar los helados más finos y comprándole invariablemente miles de globos multicolores.

Otra de las aficiones de don Eduardo eran los perros. Alimentaba junto con un joven negro, que era una especie de escudero y al cual había traído de las Islas Canarias, a todo perro callejero que pasara por frente de su mansión, haciendo que el muchacho sacara a la calle unos grandes cazos repletos de exquisita comida, cosa que motivaba la indignación de su esposa, doña Ana, que consideraba que tanta delicadeza para

alimentar perros era un desperdicio y que bien se les podría haber dado alimentos menos exquisitos.

A Eduardo no le producía mayor problema el gasto pues estaba acostumbrado a derrochar el dinero paterno a manos llenas.

Pronto su esposa doña Ana comprendió que Eduardo, siendo un hombre encantador y del cual estaba perdidamente enamorada, en lo que a tema de dinero se refería, era un irresponsable total.

También, con mucha tristeza comprobó que su marido tenía muy poco en común con ella, mujer fina y práctica, con mucho sentido de la responsabilidad.

Ella había sido educada por monjas en Francia, donde la llevó su padre, don Eusebio Lillo, quien había querido darle la mejor educación de esa época y con el cual cortó relaciones por casarse con Eduardo.

Resignada a enfrentar la vida cotidiana sola, aprendió de su suegro, don Pedro Cadot**,** todo el manejo de la litografía, mientras Eduardo vestido con túnicas negras y adornadas con signos cabalísticos, se encerraba días enteros en la biblioteca a efectuar ritos extraños.

Una tarde infernal, resonaron tres disparos en la gran mansión. Primero un estremecimiento recorrió patios y galerías, después varios difuntos escondidos en los saloncitos, empezaron a moverse hacia la fuente de los disparos.

La Marcelita, de respuesta muy veloz, fue la primera que abrió la puerta de la biblioteca y vio a su padre tendido en un charco de sangre, conservando en la mano la pistola con la cual se había suicidado.

Después y durante muchos días, solo se escucharon lamentos y plegarias en esa casa.

La madre, es decir, Ana, mujer extraordinaria, se sobrepuso como pudo a la tragedia y se las arregló para seguir educando a sus hijas y para mantener el nivel aristocrático que habían llevado siempre.

Marcelita egresó del colegio con las mejores calificaciones de todo el país y recibió un premio presidencial y una beca para continuar estudios universitarios. Pero la muchacha, quien tenía solo catorce años de edad, lo que más ansiaba era una bicicleta.

Su madre se la regaló.

Ese verano, encaramada en el tejado de la leñera, empezó a tener sus primeros coloquios amorosos con un vecino y pronto Ana notó el carácter fogoso, heredado de su padre, de la chica.

"*No deberé descuidarla un minuto si no quiero tener que casarla a la fuerza; esta petite es muy apasionada".*

Al año siguiente la Marcela fue a la universidad a estudiar pedagogía en francés, en castellano y en filosofía.

Ella siempre recordaba de esos tiempos que fue compañera de curso de Pablo Neruda, entonces Neftali Reyes, un joven alto, moreno, muy callado, de ojos sombríos y vestimenta pobre, quien ganó un concurso poético con motivo de las fiestas primaverales y que un día la había llamado a ella diciéndole: "niñita, ven que te quiero leer algo que he escrito", y le leyó unos versos que decían: "emerge tu recuerdo de la noche en que estoy, el río anuda al mar su lamento obstinado, abandonado como los muelles en el alba es la hora de partir ¡oh! abandonado".

Era *La Canción Desesperada* de los *Veinte Poemas de Amor*, y se la leyó completa, mientras ella con mucho interés lo escuchaba y al final, la Marcelita le dijo que iba a ser el mejor poeta español siempre que se muriera Romeo Murga. Y Neftali le preguntó si Romeo se moriría y ella le dijo que sí.

La Marcelita alcanzó tercer año de las tres carreras con notas excepcionales, pero Ana, aburrida de tanto sobresalto, determinó que se casara con don Abelardo, un tío joven, primo de Ana.

Éste estaba muy enamorado de la pericota, como llamaba cariñosamente a la Marcela, y a pesar de que ésta, que era muy franca, le dijo que no lo amaba y que ella estaba más para juegos y contactos con los difuntos que para casada, él mantuvo su propuesta matrimonial, la cual formalizó con doña Ana, como se acostumbraba en aquellos tiempos.

Así, Marcela se encontró esposada sin amor a los diecisiete años y a los dieciocho madre y a los diecinueve nuevamente madre y a los veinte cayó presa de una profunda melancolía, que hoy se llamaría depresión, y empezó a vivir dos vidas simultáneas. Una en las noches, mientras dormía, llegaba siempre a la misma casa y al mismo marido, y otra en el día, con don Abelardo y sus dos hijos.

Y empezó a sucederle que ya no sabía cual era la vida despierta y se dedicó a demostrar a su madre y a sus hermanas que ellas eran del sueño y para probarlo, se dedicó a hacer toda clase de locurillas, como pellizcar transeúntes por las calles, tirar el bigote de señores respetables y quitarle los sombreros a las damas encopetadas.

La Anita supuso que era necesario consultar un médico y llevó a su hija donde el famoso doctor Petite, quien aplicaba la hipnosis en sus tratamientos y diagnósticos y quien era amigo de la familia y padrino de la Marcela.

El doctor la hipnotizó y la hizo caer de espaldas sin tocarla, sólo con hacer detrás de ella unos pases especiales.

Después diagnosticó mucho contacto con espíritus y mucha responsabilidad. Debería tomar valeriana y tener una separación temporal del esposo, sin la cual no habría cura posible.

La madre se llevó a su hija de vuelta a casa con dos nietos y ella asumió los cuidados de los chiquitos para que la Marcela recuperara su salud.

Pero la chica no era para mucha convalecencia y sintiéndose libre de los deberes matrimoniales y del aburrimiento que había tenido durante sus tiempos de casada, se empezó a escapar a escondidas por las noches, con su amiga Rebeca, a jugar póker primero y a vivir las noches bohemias del Santiago de 1940.

Fue durante esas correrías que conoció a un agricultor de origen español, con el cual al poco tiempo se fugó a Argentina, y del cual quedó embarazada, por lo que se fue a vivir con él a su fundo del sur.

Éste era Don Juan, mi padre, quien había hecho honor a su nombre de Tenorio, hasta que mi llegada al mundo le hizo sentar cabeza.

La Marcelita, mi madre, se encontraba nuevamente enfrentando una maternidad no querida. Ella idolatraba a mi padre y hubiera querido que nada ni nadie le quitara el tiempo maravilloso que pasaba junto a él.

Ella era una mujer cuya femineidad y encanto, cuya gracia e inteligencia cautivaban. Sabía exactamente cómo halagar al papá, cómo agradarlo, como embellecerle el mundo.

También tenía un halo misterioso, enigmático y algo mágico.

Probablemente entre sus invisibles, debía haber una geisha y una bailarina hindú, lo que unido a sus gotas de sangre cátara que proviene del sufismo también oriental, le confirieron esa apariencia hechicera y esa capacidad para saber todo lo que ocurría en la familia y casi todo lo que iba a ocurrir.

Yo nunca he podido comprender cómo, teniendo un cuerpo tan menudito, ha sido capaz de enfrentar tanta tragedia y tantas pérdidas; era como un gigante por dentro.

La única vez que la vi casi por zozobrar fue cuando mi padre se nos fue para el otro mundo. Por esos días casi volvió al sonambulismo y a las vidas paralelas.

Yo estaba trabajando en otra ciudad y viajaba a verla los fines de semana con mis hijos. Iba temerosa de encontrarla sonámbula. Pero no fue así.

En una de mis visitas la vi totalmente recuperada, recitando sus versos como siempre, arreglando sus floreros y sus mil figuras de porcelana, jade, mármol, marfil y cristal, leyendo la última novela de Cortázar, de José Miguel Varas y del escritor de turno.

Entonces me di cuenta de que mi padre había vuelto a cuidar su estabilidad psicológica y vivía con ella. No la pudo dejar sola, pues ella no sabía vivir sin él**,** y pidió permiso para venir a esperarla hasta su ultimo día.

Ha pasado tanto tiempo que ambos han ido llenando los muros de su dormitorio con las fotos de todos los difuntos, de los hijos, de los hermanos, de los nietos, como si estuvieran preparando el decorado que los espera cuando ambos se vayan al más allá.

NOTA AMPLIATORIA:
Reproduzco este poema como un homenaje a Marcelita, quien siempre lo recitaba (y muy bien), seguramente sintiéndose identificada con esa “lejana” a la cual está destinada la poesía y recordando a su amigo, Romeo, el que, según ella decía, “de no haber muerto, habría sido más famoso que Neruda”.

DE “EL CANTO EN LA SOMBRA”, de ROMEO MURGA
LA LEJANA. (Obra póstuma)

Como el sendero blanco
donde vuela mi verso,
eres tú toda llena de las cosas lejanas.
Llevas algo de extraño, de sutil y disperso
como el polvo que dejan atrás las caravanas.
Amas la lejanía y eres la lejanía.
No has soñado jamás con la paz de los lares.
Tienes el gesto claro y la blanca osadía
de las velas que parten hacia todos los mares.
Todo camino sabe de tus huellas.
Los montes y el viento te desean.
Tú sin saber acaso reclinas tu cabeza sobre los horizontes
como sobre un regazo.
Y otra vez el camino al viaje comenzado
a las cosas lejanas del dolor y la muerte.
Si alguna vez mujer pasaras por mi lado
yo no podría detenerte.
Me quedaría inmóvil, no me querría asir
a la pálida hueste de ensueños y azahares
solo por la tristeza de mirarte partir

como una vela blanca hacia todos los mares...

EL POLITO

El Polito era hijo de mi hermana y mi primer sobrino. Cuando lo fui a conocer quedé totalmente prendada de ese bebé moreno y llorón. Tenía las mejillas rojas, como manzanas, y por eso el primer sobrenombre que tuvo fue el de poloraito, es decir coloradito. Después pasó a Polito, y de grande, Polo. Pocos sabían que se llamaba Hipólito Antonio, por haber nacido el 13 de junio, día del santo Antonio, del cual la tía Abelina era muy devota.

El día que nació el niño en la casa del fundo se levantaron todas las flores marchitas de los floreros y lanzaron sus perfumes, como si estuvieran recién cortadas. Estuvieron sin marchitarse hasta el verano. Cuando mi hermana volvió al campo, encontró todos los floreros como recién adornados y se emocionó mucho pensando que había sido por orden de su marido.

También desde que Polo nació, los animales en el campo parieron siempre mellizos y los huevos del gallinero todos tenían dos yemas.

Doña Rosa, mujer del mayodormo, machi aventajada (machi es la curandera mapuche), dijo que el niño no tendría vida muy larga, por eso los animales se apuraban en entregarle rápido sus frutos y también la tierra, pues las cosechas empezaron a ser abundantísimas.

Esta abundancia duraría mientras en la casa grande anduvieran las cosas como dios manda y la patrona fuera la que dirigiera las cosas de las casas y el patrón, las del campo, dijo doña Rosa, y que el patrón dejara de lado su pacto con el diablo, el que desde que el niño nació, había ido dejando tranquilos a los pianos, que eran cuatro, y que tocaban todas las noches.

Al Polito lo asesinaron hace cinco días, le metieron todas las balas de una automática. Tenía cuarenta y siete años y estaba solo en la avenida de castaños, cuando vino la Cecilia, su primera esposa, y lo mató.

Las flores se secaron en toda la hacienda y las vacas, yeguas y ovejas abortaron, todo al mismo tiempo. Doña Rosa, que ya estaba muy viejita, medio ciega y sorda, supo igual que el patroncito había muerto.

Yo estaba esperando al Polo a tomar once. Había hablado por fono con él en la mañana.

A mi me avisó la mujer que ahora vivía con él, una muy joven y muy aficionada a robarse todo lo de la hacienda.

Me dijo sin preámbulos que el Polo no podría venir porque estaba muerto. “Polo murió, así no más”, lo mató la Cecilia.

Yo me aficioné mucho a la criatura y apenas podía me iba al fundo a estar con el niño y a ayudar a mi hermana que ya estaba esperando su segundo hijo, al cual quedó esperando dos meses después de nacer el Polito.

El padre, un tipo muy buen mozo y muy perro, trataba muy mal a mi hermana y a mí me intentó violar varias veces, a pesar de que yo solo tenía nueve años. Era un degenerado sexual, pero para los demás se conducía como normal.

Yo no le tenía miedo porque era cobarde y la segunda vez que anduvo con sus toqueteos y palabritas dulces, le di una patada en las bolas que quedó mudo y chupando aire, y apenas pudo hablar para decirme “mocosa de porquería”.

Yo dormía en la misma pieza con mi hermana, y el Polito apenas pudo gatear se pasaba para mi cama y se acurrucaba a mí diciendo que estaba “abrigadito, Tinita”, como me llamaba.

Después, cuando yo tuve que volver a la ciudad, a estudiar en el colegio, el Polito agarró una llantina que no se detuvo hasta que mi hermana tuvo que llevarlo y dejarlo conmigo, por supuesto que a cargo de la mamá.

Y así fue que el niño creció conmigo y me seguía como mi sombra.

Ya le llegó la edad de ir al colegio, así que con mayor razón debía quedarse en mi casa en la ciudad para empezar sus primeros estudios en kinder. Yo me entretenía enseñándole cosas difíciles porque el chico se las aprendía todas.

Todavía escucho en el corazón su vocecita repitiendo que “la epopeya era la poesía épica por “encelencia”, cosa que ni él ni yo entendíamos, pero que nos causaba risa.

Y al final del día el Polo y yo leíamos la pequeña Lulú, y las historias de “la claque, claque, la bruja Agata” y escuchábamos en la radio, novelas de terror y después nos dormíamos muy asustados.

“Pero ya duerme sin fin, ya los musgos y la hierba abren con dedos seguros la flor de su calavera”.[1]

Polito se parecía a Cantinflas, y se fue pareciendo en todas las edades del gran cómico, por eso aspiraba a conocerlo.

Fue así como le escribió a Mario Moreno y le mandó varias fotos suyas. Y éste muy amable, le contestó diciéndole que cuando fuera más adulto lo visitara en México y que entonces verían si Polito podría hacer de doble o hacer una película de la vida del actor.

Este fue uno de los grandes ensueños de mi sobrino que motivó, entre otras cosas, que yo tuviera que llevarlo a ver todas las películas del gran cómico, lo que a veces era peligroso pues las exhibían en cines de barrios de mala muerte, pero nunca nos pasó nada.

Cuando Polo cumplió veinte años y cursaba tercer año de ciencias políticas en la universidad, decidió ir a U.S.A., pero lo más importante era llegar a México y conocer a Cantinflas.

Como no le dieron ni permiso ni dinero, se fue a dedo y recorrió así Perú, Ecuador, Colombia y México, donde estuvo pasando diversas peripecias para poder conocer al gran actor. Incluso como no tenía donde alojar se iba a dormir a las iglesias y tomaba mucha agua bendita y comulgaba en todas las misas de la mañana siendo a veces las hostias su único alimento.

No llegó a conocer a Cantinflas.

Durante todo el viaje iba llamándome por medio de radioaficionados y así yo me enteraba de las peripecias que vivió. Cuando me contó la historia de las hostias, yo me las arreglé para enviarle unos pocos dólares con los cuales pudo entrar a U.S.A. y estuvo allí trabajando en los más diversos oficios hasta que llegó a Washington D.C. a visitar a su mamá que se había ido a vivir con un gringo.

Polo tenía una gran simpatía, mucho ingenio y era capaz de conquistarse a las personas con su modo de ser atento y espontáneo. Además era muy conversador. Yo creo que sin estas cualidades no habría logrado hacer ese viaje.

[1] Versos de Federico García Lorca.

Cuando yo empecé a salir con jóvenes, mi padre lo comisionó para acompañarme y le recomendaba como buen caballero antiguo que no se separara de mí y que se sentara entre el joven y yo en el cine. Mi padre acompañaba esta recomendación con algunos pesitos de regalo, los que el Polo duplicaba pidiéndole otro tanto al joven de turno, para sentarse en otra butaca bajo amenaza de acusarme a mi papá.

La primera vez que el Polito anduvo a caballo pasé un susto muy grande pues me lo encomendaron a mí y tenía apenas tres años.

Íbamos cabalgando tranquilamente cuando se le ocurrió darle un latigazo a mi caballo lo que espantó a ambos animales que salieron a galope tendido. Yo no se cómo logré tomarlo en brazos y pasarlo a mi cabalgadura, después de lo cual, Polito comentó que lo había pasado muy bien pues había sido igual que en las películas.

En realidad él se fascinaba por los acontecimientos que tenían carácter cinematográfico y yo creo que muchas cosas que hizo fueron motivadas por ese gusto por la aventura al estilo Agente 007.

Hace tres días lo enterraron. La gente esperaba con el féretro al lado de la tumba. Había muchísima gente. Era una tarde gris. De improviso un helicóptero empezó a sobrevolar el campo santo. Este helicóptero traía a su hijo mayor que estaba fuera de Chile y fue algo como de película.

Cuando yo me puse de novia, el Polo se entristeció mucho diciéndome que cuando yo me casara ya no lo iba a querer como antes. Yo lo abracé muy fuerte y le prometí que siempre lo querría igual con todo mi corazón.

Esto lo tranquilizó tanto que colaboró bastante para que la fiesta en la cual yo empecé la relación con mi futuro esposo durara lo suficiente para que éste me pidiese matrimonio.

Se preocupo de la música, de los tragos, y de caerle simpático a mi prometido al cual a cada rato, le traía unos tragos de lo más exóticos y decorados. Yo muy extrañada, lo seguí a la cocina y le pregunté cómo lo hacía porque el trago ya se había acabado hacía un buen rato y entonces él me dijo que estaba juntando todos los conchos que encontraba por ahí y los decoraba con torrejitas de naranja, salsa de tomate, perejil y jarabe para la tos que la mamá tenía.

Vino mi matrimonio y el primero que salió corriendo con una bolsa de arroz fue el Polito, y también me trajo flores y objetos para la buena suerte.

Yo me fui a vivir a provincia para cumplir con el requisito que se les exigía a los profesores de Estado de hacer clases cuatro años en algún pueblo antes de poder trabajar en la capital. Mi marido también era profesor y debía hacer lo mismo.

El Polo se pasaba los meses de vacaciones con nosotros y mi marido se encariñó con él. Nos costaba que se fuera al terminar las vacaciones a seguir sus estudios. Finalmente nos pidió vivir con nosotros y estudiar allá.

Nunca he podido entender por qué mi esposo no quiso.

Yo estaba por tener a mi hija y Polo nuevamente se intranquilizó pensando que ahora yo no tendría más cariño que para el bebé. Me parece ver su cara de interrogación cuando vino a conocer a su prima y como yo le entregué la niña, diciéndole que la cuidara porque yo tenía que hacer e intencionalmente lo dejé solo con la pequeña, él se sintió poco menos que papá y desde entonces adoró a mis hijos.

“Pero ya duerme sin fin, ya los musgos y la hierba abren con dedos seguros la flor de su calavera”.

El Polo formó el club de guasos de su provincia y el club de rodeo. Del rodeo no me hablaba porque sabía que yo lo detesto por la crueldad con los novillos.

Pusieron el ataúd en la gran terraza de su Hacienda y a ambos lados se echaron sus perros.

Recordé que de chico le regalaron una cámara fotográfica de lo mejor y que las treinta y cinco fotos se las tomó a sus primeros pastores alemanes, abuelos de esos tristemente echados allí. También recordé la frustración de su padre que esperaba que el niño le hubiera tomado tan siquiera una foto a él.

Trajeron su caballo, su montura, su sombrero y llegaron trescientos huasos de a caballo y llevaron el ataúd a la media luna y allí lo despidieron a lo huaso, con recitados, discursos y canciones. De allí el cortejo se fue al camposanto de la ciudad.

El Polo debería haber visto este funeral porque así habría entendido por fin que lo querían mucho y que él era una persona que importaba, por eso yo lo estoy describiendo aquí para que si puede verme se entere.

Y habrá de andar por aquí cerca porque en mi jardín están floreciendo en invierno todos los rosales, los magnolias y los lirios.

“Yo canto tu recuerdo con palabras que gimen y recuerdo una vida vivida contigo, Polito, POLO. GRAN POLO”.

EL ASESINATO DE LA TÍA PAULINA

La Paulina era la menor de once hermanas. Había nacido en Coihueco, de una familia campesina y a pesar que el campito producía bastante, al tiempo de su nacimiento, ya su padre estaba teniendo problemas para mantener una familia tan numerosa y, para colmo, constituida sólo por mujeres.

Don Rigoberto, el padre, se lamentaba constantemente de que Dios no le hubiera concedido hijos que le pudieran ayudar a trabajar la tierra y solía echárselo en cara, indignado, a su mujer, diciéndole que ella era la culpable, por ser una vieja enclenque y chancletera (dentro del lenguaje popular a las mujeres se las llama chancletas, en forma despectiva).

La señorita creció sintiendo que su existencia era una especie de castigo divino para su familia.

Fue, junto con sus tres hermanas menores, al colegio católico gratuito del pueblo. Era una excelente alumna, especialmente en caligrafía. Su letra era muy hermosa, incluso cuando ya era muy viejita escribía cartas con una letra que más bien parecía un bordado, una sutil filigrana azul, deslizándose por el blanco papel.

Paulina era bonita, muy alta y espigada, ojos café claro, nariz más bien un poco larga y muy fina. Labios delgados pero armoniosos. En síntesis, tenía un rostro frágil y delicado.

Las monjas le profesaban especial afecto por ser una joven tierna y bondadosa y por mostrar un sincero espíritu religioso. Todos los días iba a la primera misa de la mañana para lo cual se levantaba al clarear las luces del alba, costumbre que conservó siempre hasta el último día.

En la capilla del colegio sumida en olores celestiales a incienso y mirra, iluminada por los cirios de verdadera cera de abejas y ungidos por el señor obispo, la Paulina entonaba los cánticos religiosos, con voz delgadita, los ojos semientornados y las manos juntas. Al mirarla, decían las monjas que se elevaba, como San Francisco de Asís, hacia el altar y que ya entonces, se podían predecir sus dotes de santa y mártir.

La muchacha, por su parte, se pasaba pidiendo a Dios perdón por haber nacido, misericordia por todos los males de la Tierra, entre los cuales se consideraba y por haber venido a este mundo a estorbar, como repetía su padre, sin darse cuenta de cuánto hería a su hija y de que la hacía sentirse culpable por haber nacido. Y no era que Rigoberto fuera cruel, sino más bien sus palabras eran producto de su bajo nivel de conciencia .

Ese sentimiento culposo, acrecentado por las enseñanzas religiosas, la acompañaría a Paulina toda su existencia y probablemente, sería la causa de su muerte.

Yo la conocí cuando ya tendría unos cincuenta años. Era tía abuela mía y también, al igual que el resto de la familia, me regaloneaba y consentía en exceso.

La tía Paulina mantenía su figura esbelta y su afición por su religión un tanto fanática. De joven, alguna vez casi logró escapar de su armado existencial, pues se enamoró perdidamente de un profesor, con el cual estuvo a punto de casarse. Desgraciadamente, el joven murió dos días antes de la boda, en un accidente.

Dicen que ella tenía todo su ajuar de novia listo, todo hecho por ella, con los bordados más sutiles y finos que las monjas le enseñaron. Y también comentaban que cuando le vinieron a avisar que Aurelio estaba en la morgue con el cráneo partido en

dos, ella no lloró sino que cayó de rodillas pidiendo misericordia por el difunto y diciendo que ése era un justo castigo por haber pretendido faltarle al señor Jesucristo casándose terrenalmente, cuando ella lo que debía hacer era consagrar su existencia a servir solamente al cielo y a todos sus habitantes y a sufrir su castigo y a no sentir ninguna alegría jamás.

Y allí mismo juró, por la salvación de su alma y la del profesor, llevar para siempre una vida casta y si era posible, morir en martirio y ojalá con la cabeza partida, igual que su novio.

Considerando todo esto, más la conducta pacata que ella llevó desde entonces, era creencia familiar que la tía se había mantenido virgen, lo cual, según mi hermano, explicaba parte de su fanatismo.

La tía solía contarme historias de santos y también bíblicas. Cuando fui un poco mayor, me empezó a gustar mucho la María Magdalena, con la cual yo me identificaba, en aquel episodio en el cual todos molestaban a Jesús pidiéndole una y mil cosas menos la Magdalena, la que por el contrario quería que el Maestro descansara y lo refrescaba poniéndole colonia en sus pies cansados y, seguramente, pensaba yo, aunque el cuento no lo decía, preparándole algo rico para comer, como los mazapanes que la tía sabía fabricar, en forma de unas frutas coloraditas y muy sabrosas.

También, pensaba yo, seguramente María cortaría duraznos para el Maestro, de esos jugositos, rosaditos y de centro muy duro, y se los serviría en las tardes más calurosas. Además, para mí Jesús se parecía a mi hermano, porque siempre andaba haciendo actos heroicos o extraordinarios por los demás.

Lo único malo era que ese Maestro, como lo pintaba la tía, no se reía nunca, ni chacoteaba, ni tenía un perro pastor alemán color arena y a mí, por eso, me parecía un poco aburrido.

La tía Lina además de ejercer sus funciones religiosas, también dedicaba su cariño al tío Alejo, el hermano menor de mi padre, con el cual vivía.

Lo cuidaba con grandes mimos preparándole todo aquello que al Alejo le gustaba, en especial unos postres aprendidos en las monjas que eran verdaderos primores de merengue, huevo moll, manjar y esencia de anís. También ella sabía confeccionar toda clase de exquisitos licores en base a aguardiente y hierbas aromáticas, que al tío gustaban mucho y le daban un toque rojizo en la nariz.

En realidad las monjas la habían preparado para ser una excelente dueña de casa. Cuando tenía un rato libre se sentaba en el corredor con hilos de muchos colores, géneros blancos, agujas y tijeras y de sus manos salían bordados y tejidos de una perfección increíble.

Yo adoraba al tío Alejo y me fascinaba andar con él porque me conversaba como si yo fuera una adulta y me hacía toda clase de regalos bonitos.

El tío Alejo tenía un pequeño fundo donde vivía ya medio solterón, con la tía. Él también me profesaba un gran cariño, el cual yo correspondía de todo corazón, pues los niños están más despiertos que los adultos y captan, parece, cuando les hacen mimos de verdad y no fingidos.

Para mí era una fiesta cuando me convidaba a pasar unos días en Las Tranqueras, que así se llamaba el pequeño predio. Cuando yo llegaba, la tía Lina me recibía con los brazos abiertos diciéndome: “mi chinita, ¡qué bueno que vino!”, y acto seguido me sentaba a la mesa y colocaba delante de mí algún postre exquisito.

A la hora de once acostumbraba prepararme una bebida que al parecer llevaba vino tinto, almíbar y algunas otras esencias que nunca pude descubrir, pues años más tarde he tratado de hacerla y nunca me ha resultado.

La tía hacía todo cantando melodías religiosas con voz finita y un algo trémula. Sin embargo, durante una de mis visitas, le puse atención a la letra y con gran asombro descubrí que estaba cantando: "¡el amor mío se muere, ayayay, y se me muere de fríio!", pero luego seguía con: "¡venid y vamos todos con flores a María!".

Yo dormía en una pequeña cama suave y blanda con plumones de plumas finas de cisne, en la pieza de la tía, la cual era bastante oscura y perfumada de flores e inciensos que ella prendía delante de las múltiples estatuillas de santos que tenía distribuidas en cuatro pequeños altarcitos. Además, ella tenía altares por toda la casa, incluso en el baño, donde delante del lavatorio había colocado un San Francisco con dos floreros y cuatro candelabros, por lo cual era difícil mirarse al espejo.

El mayor deseo de la tía Lina había sido que Alejo se hiciera cura. Con tal objetivo tuvo que suplicar a mi abuelo que permitiera a su hijo menor realizar su vocación religiosa.

El abuelo español y ferviente republicano, no quería saber nada de curas. Para él era un castigo y una traición que uno de sus hijos quisiera tomar los hábitos, pero fueron tantas las súplicas de la tía y las amenazas de mi abuela (la cual, aburrida de tanto español comecura y republicano que pasaba por su casa, pensó que sería bueno tener un hijo sacerdote), que finalmente consintió en mandarlo al seminario.

El tío Alejo estuvo como dos años de seminarista e incluso vistió sotana.

Y con esa sotana, un día memorable, subió al púlpito de la pequeña parroquia del pueblo y lanzó una prédica que a la tía hizo llorar de emoción y alegría, pero que a muchos más bien les sonó a arenga política, porque, aprovechando su fuero eclesiástico, las emprendió en contra de los exiliados (unos españoles que el abuelo había traído como refugiados de la guerra civil de España) por ser comunistas, rojos, representantes del demonio, a quienes su padre había tenido la mala ocurrencia de darles acogida, la que sólo había servido para que estos tipos, indignos de Dios, difundieran sus ideas paganas y comunistas en el pueblo. "Por eso hermanos míos -decía con voz sacerdotal- lo único que debemos hacer es expulsarlos de este tranquilo lugar, si queremos que nuestro señor nos mire con buenos ojos nuevamente".

Mi padre, que había ido a la iglesia sólo por escuchar a su hermano tenía una cara de asombro espectacular.

La cosa terminó en que el abuelo le dijo al tío Alejo que le prohibía terminantemente ir de nuevo a predicar a esa parroquia y venir a la casa vestido de cura, frente a lo cual la tía Lina, presa de santa ira enarboló un quitasol con el cual casi golpea a su cuñado, de no ser por la intervención de mi padre que le sujetó suavemente las manos. Desde ese día entre mi tía y mi abuelo se levantó un muro de resentimiento.

Al cabo de un tiempo, el tío Alejo descubrió que su vocación era ser político y no cura, y le escribió una carta suplicante a mi papá pidiéndole que lo viniera a sacar del seminario, sin que se enterara la tía Lina.

De esta manera fue como volvió a vivir con la tía en Las Tranqueras bajo la explicación de que su salud no le permitía continuar su carrera de cura. La tía redobló sus cuidados alimenticios con Alejo a ver si lograba que se fortaleciera lo suficiente como para volver al seminario.

Fue por entonces que Alejo conoció a Rebeca, de la cual se enamoró totalmente y con la cual compartía el gusto por la política. Empezó a salir mucho al pueblo para ver a su amada y a regresar muy tarde a Las Tranqueras, sin contarle nada a la tía porque le tenía mucho cariño y mucho temor.

Rebeca, por su parte, empezó a presionarlo para que fijasen la fecha de la boda. Finalmente, el Alejo vino a pedirle a mi padre que lo ayudara a contarle a la tía que se iba a casar.

El papá para darle la noticia pensó que sería más adecuado que estuviera lejos del novio y con mucho tino fue a convidar a la tía a pasar unos días con nosotros.

Allí le informaron los planes matrimoniales de Alejo. Ella lo tomó muy bien y hasta con alegría, pero la tristeza vino cuando supo que Alejo quería vivir solo con su esposa y que ella tendría que venirse a vivir al molino con mi abuela y mi abuelo.

El matrimonio fue en grande. A mí me vistieron con un traje rosado de encaje y con una cinta de terciopelo, sujetándome el cabello. Con una sobrina bien cargante de la Rebeca y con un primo muy lindo que me daba besitos a escondidas, le llevamos la cola del vestido a la novia.

Después vino la fiesta durante la cual la Rebeca se subió a una mesa y cantó con mucha gracia “adiós muchachos compañeros de mi vida”.

La tía la miraba desesperada por tal falta de pundonor y desde ese momento, yo creo, que la descalificó como esposa de su regalón, porque después, todos los intentos que hizo la Rebeca de congraciarse con la Lina, fueron vanos. Siempre la mantuvo distante, con una actitud fría y aislada.

En esa fiesta yo me hice una gran admiradora de la Rebeca. Era el alma de la fiesta con sus tangos y sus bailes. Sentí que había ganado una tía muy especial y fue así como durante muchos años pasé largos períodos de mi vida con ella.

La Lina se trasladó a la casa de mis abuelos, al lado del molino. Le dieron un dormitorio grande y luminoso, pero ella rapidito lo oscureció con cortinas gruesas y lo adornó con sus altarcitos y sus santos. Andaba callada y se enflaqueció más que nunca.

Todas las mañanas al amanecer, se iba solita caminando al pueblo a escuchar la primera misa, en la misma iglesia donde una vez predicó el Alejo. Yo también era madrugadora y desde mi ventana una vez la vi pasar, con la cordillera al fondo, el sol todavía oculto, apenas insinuándose en las laderas del volcán. Era una silueta larga, era como la sombra de una sombra y sentí que ésa era la desolación misma.

Por entonces, un día, al volver de misa, la tía salió toda trastornada de su pieza y corrió a la cocina, donde mi abuela, junto con tres muchachas, faenaba un cerdo, para decir que se habían desaparecido de sus altares cuatro santos de su más alta devoción.

Mi abuelita era una mujer de acción, muy práctica, poco amiga de rezar más de lo necesario y la desaparición de santos no le preocupó mayormente y le dijo a la tía, mientras amarraba unas longanizas, que los buscara bien porque eso era imposible.

La tía anduvo como alma en pena, buscando sus estatuitas como tres días y preguntándonos a todos si las habíamos tomado.

Nadie le prestó mayor atención hasta que la abuela, que tenía sus propias creencias, empezó a decir que eso era cosa de los brujos que no querían a la Lina porque era demasiado santa.

Cuando la abuela tomaba cartas en un asunto era seguro que se obtendría algún resultado. Por de pronto, todos empezaron a investigar, todos, menos mi abuelo.

La tía me dijo que ella creía que los inmigrantes comunistas que trabajaban en el molino, tenían que ser los ladrones, pero yo no lo creí, pues esos jóvenes eran buenísimos y muy amigos míos y de mi hermano. (Ellos nos enseñaron las canciones de la Revolución Española que, años más tarde, cantaríamos con mi hermano para el triunfo de Salvador Allende).

Era un gran misterio.

Al cuarto día, llegó un trabajador del fundo corriendo y persignándose y diciendo que había encontrado cuatro apariciones, en el potrero del arenal, mientras sacaba arena para la construcción.

Efectivamente, allí estaban los cuatro santos medio tapados por la arena. La tía lloraba diciendo que el malo andaba rondando y fue a buscar al cura, el cual organizó una procesión para traer los santos de vuelta.

Por entonces quedó desocupada una casita pequeña cerca del molino y la tía pidió que se la dieran a ella para vivir sola y poder dedicarse a sus rezos por completo.

Es curioso cómo ella se fue construyendo su vida de penas y martirios y cómo también se estaba configurando su trágica muerte.

Cuatro años más tarde, una noche de febrero calurosa y con temporal, en mi casa se abrieron todas las ventanas y todos sentimos un penetrante olor a incienso y flores.

A la mañana siguiente, encontraron a la tía Paulina muerta, con la cabeza partida, como ella se lo había pedido a su Dios. Alguien, uno o varios, la habían asesinado durante la noche. Por más investigaciones que se hicieron durante años nunca se supo quién o quiénes cometieron tan espantoso crimen.

EL MEJOR DE LOS HERMANOS, MI HERMANO

A Eduardo Armando.

El verano era la época durante la cual mi existencia solitaria se llenaba de excitantes aventuras y novedades porque venían mis hermanos que estudiaban en Santiago. Llegaban en el tren que subía a la cordillera. Era un trencito de trocha angosta, que ascendía jadeante desde el valle central hasta los contrafuertes cordilleranos, donde yo vivía con mis padres.

La Margarita siempre descendía primero, vestida a la última moda, bonita, sonriente, su peinado impecable, como recién salida de la peluquería. De atrás, bajaba el Pato, mi hermano, con el pelo todo desordenado, la camisa afuera, cara de pícaro, entre tímido y alegre.

Después de saludarlos, el papá les preguntaba si tenían hambre y sin esperar respuestas, nos llevaba a un hotel muy bonito, cerca de la estación.

Allí nos decía que pidiéramos lo que quisiéramos. Yo veía que al Pato se le iluminaba la cara y atropelladamente decía que quería pavo con palta, huevos fritos, higos en almíbar, pan con mantequilla, queso fresco y leche con plátano.

Mi hermana lo miraba con ojos indignados y pedía un té solo. Todo esto yo lo encontraba muy entretenido, pero mi madre empezaba a sospechar que la Marga había guardado el dinero que les daban para cenar en el tren y no se equivocaba, pues mi hermana encontraba de mal gusto y poco estético tener hambre y peor todavía, comer en los trenes.

Por esa época vivíamos en una casita pequeña, de madera, que parecía de cuentos de hadas. Estaba rodeada de flores: azules nomeolvides, blancas margaritas, rojos geranios y perfumados alelíes, hermosamente distribuidas por la mamá, quien durante toda su vida ha tenido el don de hacer que los espacios más inhóspitos se transformen mágicamente en acogedores y realmente muy bonitos.

Aún hoy, después de toda una larguísima vida, después de tantas pérdidas y ausencias, hoy, que ya casi no ve, que no puede moverse, que más que vivir, sobrevive, ha trasformado este lugar y esta vieja casa donde vivimos, en una hermosa casona, llena de cosas bonitas y rincones armónicos.

Mi hermano se instalaba en su pieza, es decir, armaba un lío de libros, ropa y diversos adminículos, tales como cortaplumas, anteojos de larga vista, una fusta nueva, etc., que cada año iba en aumento.

Yo me asomaba despacito a su pieza y él me recibía con mucha alegría. Me mostraba sus nuevas adquisiciones y empezaba a planificar lo que haríamos ese verano.

Por de pronto, ese año, íbamos a cazar muchos conejos y choroyes, también construiríamos un carromato para que él, la Diana y yo nos deslizáramos colina abajo.

La Diana era una perra que no se separaba de mí, pero que al comienzo parecía tenerle vergüenza a mi hermano, pues cuando él llegaba se metía a su casita y costaba convencerla para que saliera. De a poco se le iba pasando y en unos cuantos días se incorporaba de nuevo a su vida de costumbre.

Todos los proyectos del Pato me hacían sentir muy orgullosa, pues para mí, que vivía todo el año en el campo, era casi increíble que mi hermano se entretuviera

haciendo cosas conmigo. Él, que seguramente en la capital tenía actividades muy importantes con jóvenes de su edad, ahora ponía interés en una chica campesina que apenas tenía seis años y que lo miraba con cara de asombro y admiración. Pero el Pato parecía pasarlo bien conmigo y yo lo seguía como su sombra.

A los pocos días, mi hermano construyó el famoso carromato con un cajón de madera, unos rodamientos de auto, y un palo que según él, era el freno y el timón.

Esa mañana fuimos a probarlo. La idea era subir al alto, es decir, donde empezaba la pendiente. La mamá le encargó mucho que me cuidara, la mamá siempre hacía lo mismo, porque veía peligros por todos lados.

Partimos subiendo trabajosamente la cuesta.

Las gotitas de rocío brillaban como las lágrimas. Como aquellas lágrimas incontenibles que derramó el Pato cuando la mamá lo dejó en Santiago con su papá (ese famoso personaje que delante mío se llamaba tonper), y se vino al sur para vivir con mi padre.

Como mis lágrimas incontenibles cuando me dijeron que el Pato se iba a morir porque tenía cáncer.

En fin, como tantas lágrimas que esa mañana eran rocío brillante y perfumado.

Subíamos muy alegres, cantando “dicen que la luna tiene amores con un calé”, y ahí siempre el Pato me decía que calé era un gitano andaluz. Esto me lo había repetido infinidad de veces, pero a mí igual me gustaba volver a oírlo.

De atrás venía la Diana olisqueando todo, espantando pájaros y mariposas, que entonces eran miles, antes del uso de pesticidas en los campos. La Diana no venía con mucho ánimo, porque cuando realmente quería ir a algún lado partía corriendo delante de uno y no detrás.

Yo tenía la nariz transpirada y mi hermano me daba ánimo. Cuando llegamos a la parte más alta nos detuvimos y por unos momentos de descanso, contemplamos la llanura, el pueblito en la distancia, el río azul, el puente y vimos un paisaje que parecía la tierra prometida o el paraíso en la Tierra.

El Pato dijo: “esto yo no lo cambiaría por nada”, y acto seguido me sentó en el coche sobre un cojín que tuvo la gentileza de traer para que yo estuviera más cómoda. El carro no tenía barandas, pero era grandecito. Luego acomodó a la perra al lado mío, la que se puso a gemir y se enroscó en sí misma, metiendo su cabeza blanca y dorada debajo de su enorme y esponjosa cola.

El Pato empezó a empujar el carrito hacia la bajada y cuando éste agarró vuelo, él se subió también y empezó a dirigirlo bastante bien. Un poco más abajo se divisaba el canal que cruzaba el camino, metido bajo tierra, por un tubo de cemento. Nos acercábamos a gran velocidad, cuando el palo que hacía de timón se quebró y cuando el Pato quiso frenar no pudo.

Entonces me empezó a gritar que me tirara al suelo, cosa que iba a hacer, cuando desviándose nuestra trayectoria, fuimos a dar al canal los tres, es decir, él, la Diana y yo. Para colmo, caímos antes de que el canal pasara bajo tierra y el agua no arrastró por ese túnel frío y oscuro donde cantaron varios sapos al sentirnos pasar. El canal no era muy profundo, pero el susto fue grande.

Al Pato, después de cerciorarse de que yo estaba bien, le volvió el color, pues al salir del agua estaba blanco como algodón, y me comentó que el próximo carromato sería más perfeccionado y que le iba a poner un freno adicional de fierro.

La mamá, quien siempre todo lo sabe, se enteró del percance y después de retar bien retado al Pato, dijo que no se haría ningún carromato más. Yo experimenté un secreto alivio y la Diana se puso a dormir toda la tarde.

La mamá, cuando se enojaba, le decía Patricio Eduardo a mi hermano, pues ése era su nombre, y entonces se sabía que el enojo era serio, incluso nos iba a dejar tres días encerrados, pero mi papá intervino y le dijo que no era para tanto, que el verano era corto y que nos dejara aprovecharlo.

Por entonces empezaron a llegar los primeros exiliados de España. Eran como veinte y mi abuelo los tomó bajo su protección pues también era antifranquista y republicano. Les dio alojamiento en uno de los galpones que acomodó con literas, estufas a leña, colchones, frazadas, etc.

A algunos les consiguió trabajo en el pueblo, a otros en Concepción y tres o cuatro se quedaron trabajando en el campo.

El Pato, quien tenía y siempre tuvo un sentido heroico de la existencia, encontraba fascinantes las peripecias de estos milicianos combatientes que se habían jugado la vida por la Madre Patria. En las tardes me llevaba al galpón cuando los españoles estaban reunidos en torno al fuego y allí escuchábamos deslumbrados sus historias y sus cantares.

Había dos andaluces especialmente conversadores y muy entretenidos. Uno de ellos, Manolo, decía que había sido torero. Ese, un día le ofreció al Pato enseñarle a torear, para lo cual había que conseguirse por lo menos un torito.

Mi hermano le pidió al papá que nos prestara algunos novillos, el papá se rió y no dijo nada, pero la mamá se opuso absolutamente. Entonces el papá propuso que para el próximo año le tendría novillos especiales. La frustración de mi hermano fue grande, pero se consoló aprendiendo algunos pases toreros que Manolo le enseñó.

En todo caso yo creo que éste fue el origen de una tarde de corridas de toros que mi padre organizó en San Rosendo, para lo cual importó un torero llamado Pepe Pastor quien resultó ser un guatón gordito y bajito que se veía comiquísimo en traje de luces y el cual tuvo la suerte de que los toros no fueran de lidia, sino unos mansos novillos.

José Miguel Varas, con su hermosa y profunda voz, dedicó a este heroico torero por una radioemisora nacional unas bulerías diciendo: “si Goya otra vez volviera, su mejor cuadro dedicaría a Pepe Pastor. Además este disco va para el Gato Molina, que mal rayo lo parta”.

A mi hermano también le decían Gato por su gran agilidad.

El Pato discurrió entonces iniciar la cacería de conejos, la que ahora tenía mucho más sentido, pues los inmigrantes iban a disfrutar conejo asado.

Yo me puse a llorar cuando supe que los conejos eran para comerlos, pero él me consoló diciéndome que una buena combatiente como yo, debía preocuparse de darles muchas proteínas a los compañeros y que el abuelo no podía seguir alimentando a tantos, ni por más rico que fuera.

Fue así como el Pato les enseñó a los españoles a poner trampas a los conejos. Eran unas trampas que se llaman “huachis” y consisten en un alambre corredizo que aprisiona la patita del conejo. Se ponen en la noche y al otro día se busca al pobre conejo. Yo sólo por el inmenso amor que le tenía a mi hermano lo acompañé un par de veces, pero me reconcilié un día en que él llegó con cinco conejillos pequeños y soltándolos en mi dormitorio, me dijo con aire de triunfo: “estos son para ti”.

Tuvimos que hacerles una jaula a los conejitos porque la Diana era un peligro inminente.

Los inmigrantes le habían tomado gran afecto a mi hermano y le llamaban el mejor de los mejores, cosa que a él le llenaba de orgullo. Siempre quiso ser el mejor y durante toda su vida se jugó por eso.

Mi hermano era un hombre bueno, solidario y soñador. Tenía los ojos negros, profundos, de mirada limpia y corazón abierto, unos ojos en los que uno podía ver su alma pura y sus ganas de luchar por las mejores causas.

A veces, veo esa mirada en mi hijo mayor y pienso que si el Pato lo ve, debe estar muy contento de su sobrino, pues mucho de él se continúa en las batallas cotidianas de Toñito, este hijo mío, que también anda por la vida adhiriendo a causas dignas, queriendo también ser el mejor.

Con los choroyes ese año hubo poca suerte. Se habían ido más al sur porque la gente había cortado muchas araucarias y los choroyes se alimentan de los piñones que son los frutos o las semillas de esos milenarios árboles.

Sin embargo, un día el papá llegó con una cajita y se la entregó al Pato. Era un choroy.

El choroy es un loro pequeño, verde, amarillo y algo de rojo. Son todos parecidos, pero éste, inmediatamente alcanzó la diferenciación y la individualidad que da tener un nombre, porque el Pato apenas lo vio dijo que era Lorenzo, un loro muy especial porque sería antifranquista y revolucionario.

El Lorenzo ladeó su cabeza y nos miró interrogante, lo que mi hermano interpretó como que el loro tenía hambre y sed. Y efectivamente Lorenzo bebió y comió de lo lindo.

Después he tenido cinco lorenzos más, pero ninguno ha sido tan sabio como aquél. El Pato lo adiestró tan bien que el Lorenzo pudo andar libre por todos lados, pues entendía el peligro y todo lo que se le decía.

Un día el loro sacó un conocimiento que no se le había enseñado, empezó a silbar igual como yo llamaba a la Diana y cuando la perra vino él se subió sobre su cabeza y desde ese día, ése fue su sitio favorito. Era notable ver al choroy parado sobre la Diana paseando por todos lados.

El Pato decía que ese loro tenía alma de conquistador y que posiblemente podría ir a España cuando ellos fueran a derrocar a Franco. El Lorenzo chillaba diciendo toda clase de insultos y groserías en contra de los franquistas, mientras los exiliados planeaban el derrocamiento en el cual tomarían parte, además de mi hermano, mi abuelo y muchos más que yo no conocía. Y por supuesto llevarían al loro que a los españolas les hacía muchísima gracia.

Al verano siguiente, el Pato volvió muy alto, ya tenía 16 años y se había pegado un buen estirón. Conmigo seguía igual de cariñoso, pero yo noté que ahora también demostraba interés por las amigas de la Margarita, en especial por la Marujita, quien era prima mía por el lado del papá.

A mí ya me habían explicado que el Patricio y la Margarita eran hijos de don Arnaldo. Ése era tonper, es decir “ton père”, tu padre, en francés.

Yo sentí muchísima pena tanto por el engaño como porque mis hermanos no fueran hijos de mi papá, el cual era para mí un ser extraordinario. También me dio miedo que el Pato me quisiera menos por no ser totalmente su hermana, pero no fue así.

Muchos años después, y durante todas sus cortas vidas, ambos, el Pato y la Marga se avenían más conmigo que entre ellos. A pesar de quererse mucho, no se toleraban y siempre que estaban juntos terminaban en tremendas peleas.

Ese verano nos dieron una noticia que para el Pato fue una tragedia. Deberíamos dejar la casita chica para irnos a la casa grande que estaba como a cuatro kilómetros del camino, dentro del fundo. Ya no veríamos pasar la gente que iba y venía del pueblo y del molino, algo que para mi hermano parecía ser muy importante.

La otra cosa que lamentaba mi hermano era el río que quedaba cerca de la casita, donde la mamá había hecho construir un balneario muy hermoso y cómodo, como todo lo que creaba ella, con asientos, una ramada y una piececita para vestirse.

Ese lugar era muy adecuado porque el río formaba una playa natural y un remanso muy apto para nadar. Allí, el Pato lucía sus dotes de buen nadador al atravesar el río casi en línea recta, sin que la corriente lo desviara.

Cuando íbamos con la Marujita, el Pato se ponía bien cargante porque le daba por hacer toda clase de acrobacias para lucirse frente a mi prima, en lugar de cazar renacuajos y bucear conmigo.

En fin, llegó el día de la mudanza. La mamá se ponía mal genio cuando se trataba de mover sus cosas y estaba insoportable, corriendo de aquí para allá y diciendo "¡cuidado, cuidado!", a todo el mundo.

Al Pato y a mí nos dijo que no nos metiéramos, "chiquillos de moledera", y que no anduviéramos molestando. Siempre le tocaba más reto a mi hermano, porque le decía que él, que era mayor, debía entretenerme a mí que era chica, lo que a mí me daba mucha pena pues lo sentía injusto.

Esa mañana, mientras se hacía la mudanza, mi hermano me dijo que no debíamos reírnos por ningún motivo, por el contrario, debíamos mantener una actitud de duelo y un tono ceremonial. Yo no entendía por qué. Ahora creo que para mi hermano dejar esa casita era dejar algo abandonado, algo donde él había sido feliz.

Y si había algo que él no soportaba eran los abandonos, pues seguramente, le recordaban el tristísimo día en el que su madre lo dejó llorando allá en Santiago, ese día oscuro que a veces no recordaba, pero que seguía tejiendo su oscura red de sombras y de temores. Ese momento no resuelto que le impediría vivir una vida plena y le haría soportar una existencia bastante desdichada, por temor al abandono, por temor a la incertidumbre.

Finalmente partió la última carreta llevando las cosas de cocina. El Pato me convidó a despedirnos pieza por pieza de la casita vacía, "así como cuando uno mira la cara del difunto", "así debía ser el tono corporal", según él.

Yo no sentía ninguna tristeza especial, sin embargo, hacía todo como él lo indicaba, pero al entrar a la pieza donde cuatro años más tarde asesinaron a mi santa tía abuela, me pareció ver una mancha de sangre en el suelo y sentí un frío muy extraño.

Entonces me quise ir lo más rápido posible.

Mi hermano, con su sentido heroico y dramático de la existencia, me indicó que iríamos mordiendo el polvo detrás de la carreta, tal como el Cid Campeador, porque al igual que el Cid, nosotros partíamos al destierro.

Además, igual que ese personaje Rodrigo Díaz de Vivar, debíamos ir llorando. Y reforzaba lo del llanto recitando en castellano antiguo: "de los suos oios tan fuetremientre llorando".

A mí no me costaba nada llorar, sobre todo cuando a él lo vi llorando, por lo cual desempeñé mi papel a la perfección.

Llegamos a la nueva casa con un color café oscuro cubiertos de tierra. Además, yo iba bien cansada pues había que andar lento detrás de la carreta y por el camino eran siete kilómetros y no cuatro como cuando uno se iba de a pie por los potreros.

La casona era muy grande, tenía como cuatro baños, dos chimeneas y muchos dormitorios y lo que le faltaba, era la mano estética de la mamá, la cual en pocos días la dejo bellísima.

Al Pato le dieron un dormitorio grande y acogedor. También nos trajeron de Santiago una vitrola de último modelo, y muchos discos con música de moda, boleros, congas y cantes españoles.

El bolero “solamente una vez amé en la vida, una vez nada más...”, la Marga lo escuchaba a cada rato mientras suspiraba y miraba una foto del Eduardo, un joven capitalino.

Una noche hicieron una fiesta en la cual yo me aburrí bastante. Los chiquillos bailaban como durmiendo esos boleros. Mi hermano bailaba con la Marujita y le cantaba al oído “nosotros, que nos queremos tanto”.

Yo llamé a la Diana, la que vino con el Lorenzo en la cabeza y me fui con ellos a mi pieza sintiéndome un poco sola.

Entonces, igual que en todos los inviernos lluviosos y solitarios de mi infancia, me conté algún cuento. De esos cuentos en los que yo, vestida con un traje brillante y azul y con una varita de virtud en la mano era la más poderosa, linda y buena del mundo y le regalaba cosas preciosas a mis amigos, sobretodo a los hijos de la Juana que eran muy pobres y a todo pobre y abandonado que iba encontrando por el mundo. Nunca supe el final de mis cuentos pues me dormía antes.

El Pato me había dicho que íbamos a estar de duelo un mes por el cambio de casa, pero al día siguiente de la fiesta, me llamó para anunciarme que levantábamos el duelo porque aquí también se podían hacer cosas importantes.

LOS PADRES DE TUS PADRES SE CONTINÚAN EN TI

El abuelo Reinaldo nació en Mallorca a fines del siglo pasado. Teniendo apenas quince años se metió en un barco de polizonte.

Muchos años después nos dijo que lo había hecho porque la familia era demasiado numerosa y a su padre no le alcanzaba el terrenito para alimentar a tantos.

Sin embargo, su constante afán de búsqueda en todos los ámbitos de su vida, creo yo, fue lo que realmente lo llevó a venirse a América.

Yo siento que mi abuelo buscaba la respuesta al sin sentido, a ese vacío interno que a mí también me persigue y que en parte heredé de él. Esa certeza de que la existencia no se agota con la muerte, pero que su continuidad depende de lo que hagamos con nuestra vida.

Él comprendió después de muchos años que hacer algo por los demás le confería una dirección creciente a sus actos y fue así como se hizo militante radical, de aquellos de verdadera izquierda, y fue alcalde de San Rosendo cuando ya tenía unos cincuenta años, ejecutando su gestión en forma paternal y paradójicamente consultiva, pues para decisiones importantes, llamaba a consulta a todos los sanrosendinos.

Dotó de luz eléctrica al pueblito. Abrió caminos, puentes, plantó reservas forestales para el Municipio, construyó una escuelita y un pequeño hospital.

El abuelo llegó a Chile porque no lo podían arrojar del barco en alta mar, y porque de alguna forma le cayó bien al capitán quien, en lugar de dejarlo en Tierra del Fuego, lo desembarcó en Talcahuano.

Venía con veinte pesos que le había regalado el capitán. El año era 1900. Deambulando llegó a una panadería a comprar pan, lo único que podía comprar por ser lo más barato (lo mismo sucede hoy a la gente pobre). El dueño de la panadería resultó ser también mallorquín y se llamaba Pedro.

El abuelo le contó su situación bastante desamparada y le contó su viaje. Comiendo pan con queso que don Pedro le convidó, le habló de las azules aguas del Mediterráneo (azules como los ojos de don Reinaldo, azules como los ojos de la primera muchacha que Pedro revolcó en las playas de Mallorca), de las caracolas nacaradas e inmensas, de las gaviotas más bellas y blancas que las de Chile.

Don Pedro era por encima de todo un mallorquín furioso y un avaro. Yo creo que esas dos razones le hicieron contratar al joven como una especie de junior pero sin paga, solo por alojamiento y comida.

Reinaldo tenía mucha energía y un gran deseo de ir progresando económicamente. Provisoriamente orientó su vida hacía la conquista de la riqueza.

El dinero que le daba don Pedro para alojamiento lo fue guardando y en la noche se metía a dormir bajo el mostrador de la panadería.

Como era simpático y alegre, a la gente le gustaba más que antes de que él llegara, ir a comprar a esa panadería, pues atendía a los clientes con tono jovial y se preocupaba de los problemas de cada uno.

En los pocos ratos libres que le quedaban hacía diligencias y trabajos pequeños a los vecinos. Lo que le pagaban también lo ahorraba.

La panadería estaba tan próspera y había aumentado tanto su clientela, que se pudo ampliar y así el abuelo pasó a atender la sección pastelería y a recibir un pequeño salario.

Como él gastaba poquísimo, al cabo de dos años se compró un terreno cerca de San Rosendo. Serían como 48 hectáreas.

Sembró trigo, le fue bien con la cosecha, compró más terreno y sembró pinos y trigo y así siguió aumentando sus ingresos y sus terrenos, acompañado de un poco de suerte y mucha intuición en sus inversiones. Eso que llaman “tener ojo para los pesos”.

Paralelamente, seguía trabajando con don Pedro, el cual lo consideraba su empleado de confianza y todo lo atribuía a la condición española y mallorquina del abuelo.

Era un tipo racista y discriminador de mala y baja categoría, y tenía una especie de locura narcisista que le hacía tomarse fotos disfrazado de torero, en las más diversas poses y también fotos desnudo. Era más bien alto, pero guatoncito y las fotos eran comiquísimas.

Una mañana el abuelo lo sorprendió con un traje de sádico, un latiguillo en alto y su pobre mujer hincada diciendo: “¡Viva Mallorca!, ¡Muera Holanda!”.

Doña Imelda, la esposa, era descendiente de holandeses y don Pedro odiaba a todos los holandeses personificados en ella, una mujer fea y triste, bondadosa y esclava de la limpieza y el orden.

El abuelo la solía ver con los ojos llorosos, silenciosa y la escena del latiguillo sadista le hizo entender la profunda tristeza de la señora.

Reinaldo sintió que tenía que independizarse, pues la degradación de don Pedro en su acto inhumano, le resultó intolerable.

Al cabo de pocos días le anunció que se iría. A don Pedro no le convenía que se le fuera tan excelente empleado, le ofreció una y mil cosas, pero Reinaldo ya había tomado su decisión.

Abrió una panadería chiquita en San Rosendo. Lo económico marchaba cada vez mejor.

Fue entonces cuando Reinaldo conoció a Herminia, una jovencita de largo pelo negro, muy brillante, alta y espigada que le sonreía tímidamente cuando, tempranito, venía a comprar pan. El joven empezó a regalarle confites y a preguntarle acerca de su vida. En fin, en pocos meses se casaron.

Luego el abuelo construyó una casona grande, en su campo, cerca de San Rosendo y junto a la casa levantó un molino, el cual lo transformaría con el tiempo en el hombre más rico del lugar.

Reinaldo creía haber completado su vida con riqueza, una buena esposa y seis hijos. No fue así. Se sentía inquieto, “debe haber algo más” -se decía sentado, mirando el arrebol de la tarde, desde su amplia terraza desde la cual se divisaba el pueblo-.

Por entonces fue cuando se dedicó a dotar a su casona, su molino y “su pueblo” de luz eléctrica. Simultáneamente se compró una radio inmensa que instaló junto a su cama. Esa misma radio que tenía cuando estalló la revolución española, esa misma, la que nunca dejó de producirle una gran admiración, pues no pudo entender cómo se oían en ella voces distantes, música lejana y lo más importante para él, noticias.

Hoy día, cualquiera agarra un control remoto y con gran soltura cambia canales de televisión, sin producirle ni siquiera curiosidad. El abuelo no dejó ni un día de admirar aquel artefacto que escapaba a su comprensión, “esto es un maravilla”, decía, con su acento mallorquín y luego se enfrascaba en las noticias...

El abuelo no aprendió nunca a leer ni escribir porque cuando pudo, ya le pareció innecesario creyendo que le bastaba con saber firmar y calcular.

Para información, le bastaba con “la radio”, decía.

El día que Franco se adueñó del poder en España en la casona lloraron todos, incluso el abuelo, quien hizo poner banderas enlutadas en el molino y en el pueblo.

Después trajo a Chile a muchos inmigrantes exiliados de la España franquista.

Los tipos venían desnudos, solamente con un overol azul y famélicos. Solían hacer fogatas por las noches y cantar canciones de la revolución española.

Mi hermano se identificó absolutamente con la causa y yo creo que por eso, años más tarde, fuimos fanáticos militantes del Partido Socialista.

Mi abuelo sintió que estando Franco en el poder ya no podría volver a España y eso le despertó por primera vez desde que abandonó su tierra, una gran añoranza.

Por el mismo motivo hizo comprar discos con música española, pidió que se cocinaran paellas y otros guisos que a la abuela le produjeron gran confusión y nos animó todo lo que tuviera relación con España.

Mi hermano, entusiasmado con los relatos del abuelo, se las empezó a dar de torero, descolgaba las cortinas y empezó por pedirme que yo representara al toro, haciéndome que lo corneara.

Luego se envalentonó y se fue a los potreros a torear a los terneros y la cosa terminó cuando se enfrentó con un toro de verdad que lo hizo salir huyendo y, al hacerlo, romper las cortinas y el pantalón.

Mi madre, que es francesa, no compartía la furia española y nos prohibió terminantemente continuar con tanto toreo. Eso sí, tuvo que escucharse todas las canciones españolas que mi hermano y yo cantábamos y escuchábamos en la vitrola.

Mi hermano para mí era un verdadero héroe y para el abuelo también, pues era el que más compartía sus ganas de derrocar a Franco. Esto se traducía en planificar la toma de España con los recursos del abuelo, la participación de todos los inmigrantes y de los sanrosendinos.

Para el abuelo, mi llegada al mundo fue algo importantísimo. Era la primera nieta de su hijo mayor y sus tres hijas mujeres habían muerto. Él hacía colocar bandera (la bandera para el abuelo era algo impresionante) en todos mis cumpleaños y me hacía regalos fastuosos como el mejor caballo, el mejor potrero, etc.

Yo fui por un tiempo el motivo de su máxima dedicación y la respuesta a muchas de sus interrogantes, pues veía en mí su continuidad y decía que yo me parecía mucho a su madre, doña María.

Pero como la respuesta, o sea yo, era provisoria, no tardó en buscar otra y fue entonces cuando se dedicó a la política.

Sin embargo, el abuelo ansiaba viajar y hablaba mucho de volver a Mallorca, cuando Franco cayera y de recorrer países lejanos y particularmente el Medio Oriente, donde según él, tenía que haber más de un sabio. Esto no tenía nada que ver con Jerusalén, porque lo católico era tan proscrito en mi familia como los franquistas.

Un día, finalmente, el abuelo hizo preparar su equipaje y partió con la abuela en el tren nocturno a Santiago para de allí seguir viaje al Medio Oriente, pues se había cansado de esperar que el maldito caudillo dejara el poder.

A las cinco de la mañana se levantó un viento huracanado en San Rosendo y los perros aullaron con una tristeza desgarradora. Eran las cinco de la mañana, el tren

donde viajaba el abuelo estaba detenido en Parral porque el abuelo había muerto producto de un infarto, a las cinco de la mañana.

Aún no sé si logró encontrar las respuestas que buscaba, pero si la vida se continua en los hijos y en los hijos de los hijos, ya las tendrá algún día, pues todos sus descendientes de alguna u otra manera hemos continuado la búsqueda.

AGUA DE MIL COLORES

Ahora está en el hospital. Se debate entre la vida y la muerte.

La Gabriela, su mujer, le metió cinco balazos en medio del potrero, porque ella y sus hijos no tienen cómo llevar una vida acomodada y ella no es capaz de hacerse cargo.

La Gabriela, cuando se separaron, había hecho lo posible para sacarle dinero, pues era una mujer floja y acostumbrada a que él la mantuviera.

Pero después de cinco años de vagar por diversas actividades y de intentar encontrar algún hombre que se hiciera cargo de ella, su salud se había quebrantado hasta el punto de llegar a tener un cáncer, del cual salvó de milagro.

La Elba nunca volvió a pronunciar palabra.

Por el camino interno puedes andar oscurecido o luminoso, atiende a las dos vías que se abren ante ti.

Si dejas que tu ser se lance hacia regiones oscuras, tu cuerpo gana la batalla y él domina.

Esas palabras resonaron en los oídos del moribundo. ¿Dónde las había escuchado? Hacía tiempo alguien, al parecer su tía Elbita, las había dicho al oído de su querida Isabel, cuando ésta, tendida en su cama, con su rostro luminoso y con una sonrisa de paz, estaba por dejar este mundo.

No sabía por qué se le venían a la memoria, ni qué tenían que ver con él. Él era un hombrón pleno de vida. Recién no más, en el corral, había volteado un novillo para ponerle una inyección de penicilina. Él que era capaz de echarse al hombro cien kilos sin problemas.

Sintió un dolor insoportable en el estómago y una mano que se cerraba en su garganta y le impedía respirar. Empezó a tener un odio y un rencor que ardía en su pecho y su ser, lanzado a parajes oscuros, empezó a permitir que el cuerpo ganara la batalla.

Ella, la infeliz, la loca de la Gabriela, había tenido la osadía de venir a meterse al campo, a su campo, donde él era el amo, donde estaba protegido de todo peligro y lo había herido y por culpa de ella ahora estaba él allí, botado. Ya vería ella cuando él se levantara, la iba a tirar al canal para darle un buen susto, la iba a asustar, la iba a ...

El dolor se puso rojo, color de sangre, el dolor le impidió seguir imaginando venganzas por haberlo abandonado, igual que lo abandonó su mamita.

La Gabriela se casó con Antonio cuando aún no cumplía dieciséis años. Fue en vano que toda la familia les suplicara que no lo hicieran, que esperaran un tiempo, que todavía eran muy jóvenes.

Ella tenía un carácter fuerte y caprichoso y amenazó con fugarse si no se lo permitían. Incluso, sus padres la pusieron en una clínica siquiátrica para que los doctores la disuadieran, pero ella se arrancó trepando muros y se fue al campo con Antonio.

Se efectuó el matrimonio, donde hubo más llanto que alegría.

Los jóvenes recién casados se fueron a Puerto Montt de luna de miel y llegaron hasta Chiloé.

Cuando volvieron al campo, tuvieron una discusión y Antonio la golpeó y le dejó la cara un poco hinchada, igual como su padre, Antonio primero, dejaba a su mamá,

cuando él era chiquitito, ahí mismo, en el mismo dormitorio, cuando él veía aterrorizado cómo la Josefina, su mamá, quedaba gimiendo de dolor y pena.

Pero la Gabriela no tenía el carácter sumiso de su madre y no gemía de dolor sino de pura rabia y con una plancha le golpeó la cabeza dejándolo aturdido y sangrando.

Ella pensó irse pero no tenía dónde. Volver a la casa paterna era dar su brazo a torcer, era decirle a su padre que tenía razón. Y lo que menos quería ella era aceptar que ese viejo nazi de mierda, que usaba revólver como costumbre, quien también le pegaba, hinchara su pecho al representarle su equivocación y humillarla hasta lo infinito. Además, Antonio la quería, la colmaba de regalos y pasaban largos períodos de armonía.

A los pocos meses Gabriela quedó embarazada y creyó que así estaría a salvo del mal humor que a veces atacaba a su marido. Pero se equivocó, pues Antonio, igual que Antonio primero lo hacia con su madre, también se enojaba con la embarazada.

Sin embargo, la trataba bien y le daba más regalos, sobre todo si la tía Elba se iba a quedar con ellos durante los embarazos, pues estando ella, Antonio mostraba más su parte acogedora y bondadosa.

Quizá fue por eso que la Raquel pasó embarazada la mayor parte del tiempo, por eso y porque Antonio quería tener muchos hijitos. Así, en nueve años de matrimonio tuvieron cinco hijos.

“Los hijos -pensó Antonio- chiquitos, indefensos, incapaces de hacer daño”.

Se vio niño, jugando junto al árbol de Navidad y vio a su madre haciendo maravillas de adornos, bolas brillantes, algodón con ácido bórico refulgente, pegado en las ventanas, simulando nieve, estrellas y lunas de papel dorado y el árbol brillando con mil luces de colores, que se apagan y se prenden, se prenden y se apagan al ritmo de “¡campanitas, campanitas, que sonando van!...”, se prenden, se apagan.

“El agua de los mil-colores desciende... con luces coloreadas, con música cantarina, con campanitas...”, no, no podía recordar cómo seguía ese camino que la tía Elba recitaba.

A la Elba le avisaron fríamente, por teléfono, que Antonio había muerto. Ella que lo tuvo casi como un hijo, lanzó un aullido sordo y visceral, ella, la solterona, la tía Elbita, no pudo soportarlo y cayó en la región donde nada entra, nada sale y aunque los otros creyeron que era un estado momentáneo, ella se quedó para siempre fuera del mundo y nunca volvió a pronunciar palabra.

Lo que pasaba era que la Elba se fue con Antonio aunque el cuerpo se le quedó.

Antonio allá en el hospital la vio llegar y se sintió feliz...

Hablaron de todo, como era su costumbre. Él le explicó que la Gabriela lo había matado a balazos y ella le pidió que olvidara el rencor y que mejor perdonara todo.

Como siempre, Antonio sintió la bondad y el amor de esa tía medio loca, y como siempre, se sintió seguro a su lado y le pidió que le contara un cuento, para irse muriendo sin sobresalto, como cuando él era niñito y ella le relataba historias para dormir...

Ella, la Elbita, lo acompañó todo el tiempo por ese camino desconocido, iba delante de él, encendiendo las luces de los doce árboles, de las doce navidades que pasaron juntos, él, la tía y su mamita.

La luz pura clarea en las cumbres de las altas cadenas montañosas y las aguas de los mil colores bajan entre melodías irreconocibles...

TERCERA PARTE. PERSONAJES, RETRATOS Y FOTOGRAFÍAS. AZUL Y AMARILLO.

SEGUNDO PÉREZ

Solía venir a mis reuniones una chica morena, bajita, de cuerpo muy bien proporcionado, de cara con rasgos un poco negroides y con una excelente disposición para organizar y realizar eventos.

Recuerdo que en una oportunidad se nos ocurrió montar una obra de teatro que contenía una crítica satírica del régimen político imperante.

En esa obra participamos casi toda mi familia.

La Mónica representó a la Ministra de Educación, el Juan Francisco, al Ministro de la Vivienda, yo a la Ministra del Interior y la Fanny, que así se llamaba la morenita, hizo de directora de la obra y representó a los cambios de escenas, saliendo con un cartel que indicaba en cuál escena íbamos a entrar.

Y lo hizo con tanta gracia que fue la que se llevó los mejores aplausos, aunque no hablaba nada, movía su minifalda con gran arte y cadencia, tan común entre las bailarinas africanas, mientras, con los brazos levantados llevando el cartel, se paseaba de extremo a extremo en el escenario.

Esto motivó un poco de envidia entre las otras jóvenes e inexpertas actrices, que comentaron que era injusto que la belleza física se llevara más aplausos que el talento escénico.

Pero al final quedamos todos contentos, especialmente el Juan Francisco, al cual convidé, después que terminó la obra, a tomar helados a un restaurante muy simpático que quedaba frente a la Plaza y después lo llevé a jugar videos, cosa que nos gustaba a ambos.

La actuación del Juanfra fue también muy celebrada.

El niño tenía más o menos once años y hubo que pintarle bigotes para que se viera de más edad.

Se posesionó tanto de su papel de coronel y Ministro de la Vivienda que nos hizo reír a todos con la convicción con que decía lo importante que era que los militares se construyeran las mejores casas, los mejores jardines y ocuparan los mejores terrenos.

Además, los parlamentos los habían inventado los que los decían y el Juanfra nos sorprendió por la captación tan clara que tenía de las injusticias que estábamos viviendo. Y fue sorpresa, porque en los ensayos no había dicho eso.

La Mónica tenía la costumbre de amparar a cuanto ser humano iba encontrando en su camino y que estuviera en alguna desventurada situación.

Fue así como al volver a casa con el Juan, ese día, me encontré con la Fanny instalada en el dormitorio de la Mony, llorando.

Cuando la Mónica murió se hizo evidente esa gran capacidad que tuvo para solidarizar con quienes necesitaban ayuda, pues a su funeral llegaron cinco buses llenos de gente que yo no conocía, pero que aseguraban haber recibido compañía, ayuda o consuelo de la hija.

Y dicen que aún hoy, después de siete años de su partida, sigue apoyando desde el más allá a los necesitados que acuden a su tumba, la cual se ha ido llenando con pequeños corazones de cemento, en los que se lee: “Gracias Moniquita por el favor que me hiciste”.

También me han contado que su tumba está siempre llena de rosas rojas y que van en aumento, porque nunca se secan.

La Fanny estaba llorando porque habiendo perdido su trabajo, no tenía dónde ir. Era toda una tragedia, porque su madre, con la cual vivía, la había expulsado de la casa y le había prohibido que viera a su niño, su pequeño hijo de cinco años, al cual la abuela cuidaba.

Todo esto provenía de un amor que la Fanny había iniciado hacía poco con un tal Segundo Pérez, el cual la había metido en la venta de marihuana.

"Y yo -decía la muchacha en medio de sus lágrimas- que lo quiero tanto, ya no puedo vivir sin él, porque es tan lindo".

Recién cuando dijo eso, yo me vine a dar cuenta de que la Fanny andaba un poco rara, o de que no le funcionaba muy bien la cabeza.

Finalmente se fue a vivir con su amado.

Éste se domiciliaba en la población La Legua que quedaba en el norte de la capital, bastante alejada del centro.

Era una de las poblaciones más pobres de este país.

Por lo mismo, allí proliferaba la delincuencia, la prostitución, el consumo de drogas y el alcoholismo.

Segundo Pérez era predicador bíblico, con algunos matices de profeta, y tan elevadas profesiones la combinaba, sin problemas, con la venta de marihuana. Además, solía practicar lo que él llamaba sanación bíblica.

Era un tipo más bien bajo, ancho de espaldas, pelo liso largo y bigote muy bien recortado. Era bastante simpático y tenía un hablar muy convincente.

Pasaron algunas semanas y un día la Fanny vino a visitarnos.

Se la veía contenta y un poco repuesta, aunque sus ojos levemente hinchados y algo irritados denotaban el consumo de algo de yerba, aunque al parecer, en menor grado que antes.

Yo andaba con unos dolores muy fuertes en la espalda, y aunque había consultado varios médicos, no había logrado mejorarme.

Se lo comenté a la Fanny, como ese tipo de cosas que uno dice por llenar silencios, pero a ella se le iluminó el rostro y acto seguido me dijo que tenía que ir con ella a su casa para que Segundo me practicara la sanación bíblica.

La Mónica y Antonio, mi hijo, se entusiasmaron ante la idea de ir a conocer ese mundo tan raro para nosotros, donde vivía la Fanny.

A mí no dejaba de darme temor el irnos a meter a ese lugar donde acuchillaban de día claro, pero la chica, advirtiendo mi preocupación me dijo que no había ningún peligro para los que iban a consultar a su pareja y menos si entrábamos a la población con ella.

Fue así como en la tarde nos dirigimos los cuatro a la casa de Segundo Pérez.

Cuando llegamos a las primeras calles de la población, me impresionó la pobreza y las caras agresivas de las personas.

Hacía un calor sofocante, la tierra se arremolinaba con un viento tibio, que soplaba insistentemente. No había árboles, ni flores, ni nada verde.

Niños desnudos y sucios corrían detrás de nosotros, pidiéndonos unos pesitos y orinaban de vez en cuando, hacia cualquier dirección.

Olores nauseabundos flotaban en el ambiente.

Era un espectáculo desolador, allí no había nada bonito, sólo miseria y desesperación.

La Fanny caminaba delante de nosotros e iba diciendo a todo pulmón que éramos amigos de ella y de Segundo y así las personas nos dejaban seguir caminando.

Al cabo de unas diez cuadras por aquellos lugares tan inhóspitos, empezamos a escuchar una especie de trompeta, que sonaba a intervalos regulares.

La Fanny nos explicó que así los vecinos se comunicaban que nosotros éramos gente amiga.

Por fin llegamos a la casa de Segundo. Era menos pobre que las demás y tenía algunas flores plantadas al lado de la puerta.

Segundo estaba en el umbral y parecía esperarnos. Nos saludó con cortesía y nos dijo: “dentren a mi humilde morada”.

Acto seguido él se metió primero y nos ofreció asiento.

La Fanny le contó lo de mis dolores y él, sin mayores preámbulos tomó una Biblia toda grasienta y me la puso sobre la cabeza, mientras repetía de memoria pasajes enteros de la Biblia. Y a ratos decía: “sal dolor de este cuerpo, yo te lo ordeno”.

Yo no sé si fue sugestión o miedo, pero el hecho fue que se me pasó el dolor por completo en unos pocos minutos.

Así se lo dije y él, entonces, suspendió su tratamiento.

Nos miró fijamente y nos preguntó si nosotros leíamos la Biblia, y lo hizo de manera tan severa que casi no nos atrevimos a decirle que no.

El Segundo ya se había entusiasmado con la prédica y nos dijo que nos quería enseñar algo. Nos sacó a la calle y en el suelo de tierra escribió la palabra NADA con una varilla de mimbre.

Luego nos quedó mirando con aire triunfal y nos dijo que antes de que Dios creara el mundo había eso, es decir, nada.

Entonces dijo que Dios había dado vuelta la NADA y por eso había empezado el mundo. Borró del suelo NADA y escribió ADAN.

Y de Adán había salido todo lo demás, según su particular visión cosmogónica, Eva, los animales, las plantas, el agua, etc.

A mí esa parte no me quedó muy clara, pero no lo quise interrumpir.

La Fanny escuchaba extasiada las explicaciones del predicador, en tanto que la Mony y el Toño hacían grandes esfuerzos para no estallar en risa, pues, en realidad la versión bíblica de Segundo y la manera como la decía, resultaban muy entretenidas y muy cómicas.

Mientras sucedía todo lo anterior ya habíamos vuelto al comedor, living, dormitorio, y nos habíamos sentado en torno a una mesa pequeña y a cada rato venían personas a golpear la puerta.

A unas, que algo murmuraban al oído de la Fanny, ésta las hacía pasar a un cuarto contiguo, que según parece, era la cocina. A otras les recibía unos dos o tres billetes y les entregaba un paquetito pequeño, y finalmente, a unas pocas, las dejaba de pie en la salita y entonces Segundo se levantaba, Biblia en mano y les hacía oraciones curativas.

Obviamente allí se estaba vendiendo algo. Yo, finalmente, le pregunté qué era lo que llevaba la gente y Segundo contestó que era marihuana.

Entonces la Mónica le preguntó si no era pecado eso de la droga y Segundo le dijo que sí, pero que como Dios sacaba un promedio de las acciones de los hombres, él no tenía mayor problema.

Agregó que él consumía muy poca yerba y que había logrado que sus seguidores fueran siendo cada vez más moderados en su consumo. Dijo también que el dinero de la venta se usaba con fines caritativos, lo que disminuía aún más el pecado.

"Cuando uno muere y se presenta ante Dios, es igual que en el colegio. Dios a uno le saca un promedio, para ver si se condena o se salva. Por ej.: "¿cómo anda Ud., joven, en lectura bíblica?" -le preguntó a Toño-.

"No leo la Biblia", dijo el Toño medio desconcertado.

"Bueno, ahí Ud. tiene nota dos. Pero como hijo se ve que es bueno; ahí le pondríamos un seis, porque sale con su mamá y la acompaña".

Así siguió Segundo enumerando los ramos que uno debía promediar para irse al cielo: "Con la pareja, si Ud. le hace un regalito de vez en cuando, no le da mal trato, no la golpea y la lleva a pasear, va a tener nota siete".

"Ahora si vende un poco de yerba, va a tener mala nota en lo que es vicio, algo como un dos, pero si, como yo, se lee las Escrituras todos los días, en eso va a tener un siete y si enseña la Biblia otro siete y si sana, en sanación también siete, con lo cual ya su promedio va sobre cinco y dentrará al Reino sin problemas".

A todo esto, a la cocina habían entrado como unas doce personas y era inexplicable que no se sintiera hablar a nadie, más aún, era imposible que cupieran en ese cuartito tan pequeño.

Por un rato resistimos la curiosidad, pero finalmente Toño le preguntó a la Fanny qué se hacían las personas que habían entrado y ésta le consultó con la mirada a Segundo.

Éste, sin decir nada, nos llevó a la pequeña pieza y levantando unas tablas, nos mostró un túnel que se perdía en la oscuridad y nos dijo: "se van por ahí porque vienen arrancando".

Yo no quise saber nada más y les dije a mis hijos que era hora de irnos.

Antonio quería bajar por el túnel, pero Segundo no lo convidó.

La Fanny nos fue a dejar a la micro y nos volvimos muy callados.

A mí no me han vuelto los dolores y a veces me sorprendo sacando algunos promedios existenciales.

Antonio seguramente volvió a conocer los túneles, pero no ha contado nada y la Mony se ríe con ganas cuando recuerda nuestra visita a Segundo Pérez.

KALI, DIOSA DE LA MUERTE

Todas las mañanas muy temprano, ella, la Kali, asoma su cabeza dorada por la ventana y llama con unos toquecillos suaves, pegando su nariz húmeda a los vidrios. Luego, con su pata derecha también golpea y luego abre la ventana de corredera**,** pero con delicadeza.

Primero Amalia, semidormida, hace como que no la escucha y entonces ella empieza bajito a decir “maumau”, hasta que al final dice claramente “mamá”, con un ligero acento alemán. Es cierto que la Kali sabe decir muchas otras palabras, pero éstas que dice cada mañana, son las que más conmueven.

Entonces Amalia le abre la puerta y la deja entrar. Le masajea detrás de las orejas y luego comparten un café con leche y dos panes con mantequilla. Todo esto antes que se levanten los demás, mientras el día aún no comienza, cuando todavía predomina el silencio tibio, como debe ser el silencio de la muerte sin miedo, la muerte acogedora, cuando recién los picaflores vienen a introducir su fino pico en las flores color naranja que caen del árbol sobre la ventana. Son flores diseñadas para picaflores, en forma de campanas, con pétalos suaves que se prolongan hacia arriba y se levantan para que el picaflor pueda beber en su interior, mientras se mantiene en el aire, con un torbellino impreciso de alas que no alcanza a percibir el ojo humano.

Todo esto antes de que empiecen los problemas cotidianos, pues la Kali necesita unos minutos de dedicación absoluta.

Ella llegó cuando era una cachorrita de apenas un mes. Había perdido a su mamá en un accidente automovilístico y hubo que darle biberón. Sucedió en invierno y como su fino pelaje es muy corto hubo que hacerla dormir al lado del calentador, y así se consideró con derecho a permanecer dentro de la casa.

Mientras fue pequeña, nadie la sintió como estorbo y todos celebraban sus gracias, pero se ha convertido en una hermosa boxer, musculosa, que trajina todo, que todo lo quiere investigar, que todo lo mastica y tritura dentro de su enorme bocota, y ya no le tienen paciencia. Es demasiado grande, dicen, y la sacan al patio; es muy torpe y sus cariños son dolorosos.

Es extraordinaria la fijeza de sentimientos de la Kali. Ella, a pesar de los rechazos**,** abraza a los humanos llevada por su enorme amor. Les pone sus grandes patas en el pecho y les lengüetea la cara, con su lengua rosada, húmeda y suave, aunque le digan que se vaya, que molesta, que es torpe, que se cree perra faldera, que ella es de exterior y es perra guardián.

Aparte, La Kali no se afecta por el mal trato, ella ama más allá de esas ofensas porque siente que se las dicen sin darse cuenta de que la pueden herir.

Pero su obsesión es Amalia. La Kali se derrite por ella.

Después del desayuno, es necesario que la Kali vuelva al patio, y esto, todos los días es un drama, pues ella no puede resignarse y mira por la ventana hacia dentro, con ojos suplicantes, levanta primero una ceja, después la otra, y lastimeramente gime, ladeando su cabezota donde arma su sufrimiento.

La Kali, finalmente se resigna y se va al jardín donde come hojas de violetas, de jazmín, de azalea. Esas son sus favoritas. Persigue algunos pájaros y sumerge su hocico en algunos montículos de tierra húmeda.

Luego se sienta dorada al sol y en actitud hierática le lanza al cielo su plegaria: "*Haz que llegue, algún día, a comprender a Amalia, porque si la comprendo sabré todo sobre mi vida y la vida de este jardín, de estos caracoles, de estas luciérnagas, de estos gorriones, y todo sobre la vida de los humanos que están en la casa. Comprenderé por qué a veces Amalia me hace cariño y a veces pasa silenciosa y no pone su mano suave en mi cabeza, por qué no me deja estar siempre al lado de ella para echarme a sus pies y decirle siempre que la amo con todo mi corazón. ¡Ay!, mamita Amalia, nunca me abandones. Yo por ti haría cualquier cosa, lo que tú me pidieras, hasta te mostraría los mejores escondites de mis huesos, hasta te daría mi vida".*

Una mañana, la Kali fue a despertar a su ama, como era su costumbre, y el corazón se le heló. La cama estaba intacta y la casa silenciosa. No sabía qué hacer, golpeó la ventana, esperó largo rato y después empezó a llorar, como llora ella, con "mmmmammma mmmmmmma".

La María salió de la cocina y le llenó la fuente con leche mientras le decía que se portara bien porque la mamá estaba en el hospital y que solo dios sabía si volvía.

La Amalia estaba tendida en el quirófano, una luz muy potente y redonda le daba en el rostro, después fueron multiplicándose las luces y ahora estaba en un espacio azul intenso donde flotaban muchas, muchísimas, luces tornasoladas, zumbando con sonido armonioso, girando, en una especie de danza perfecta y ella iba flotando entre las luces que ahora se habían transformado en esferas.

"*No siento ningún dolor pero si extrañeza, yo conozco esto, yo estuve aquí alguna vez. Las voces que escucho son antiguas, debo buscar al amado; amado mío, ¿dónde estás?, mi ser vibra también y crece.*

"Mis manos pueden tocar soles distantes, mis oídos escuchan voces llenas de calor y afecto y entre ellas, empiezo a reconocer la voz de Él, que me llama con ternura infinita y sus brazos me acogen, al fin he llegado a Él.

"Me siento completándome, cerrándome como una gran margarita de pétalos dorados de cuyo centro brota otra y otra flor y florecen mil flores en el pecho del Amado, y las fuentes lanzan sus cristalinas aguas. Mi amado es como todos los soles y todas las cascadas, como las cordilleras más blancas, como cristales de una nieve amplificada y es diminuto, como una flor del aromo perfumado y ... "

La luz se hace más dura, ahora duele, voces metálicas dicen "¡ya la tenemos!".

Algo ha estado golpeando su pecho dolorido. Un hombre de brazos peludos tiene sobre ella dos especies de audífonos planos, presionándole el corazón.

Amalia los mira con sus inmensos ojos negros y los dos médicos sonríen, diciéndole que por poco se muere, pero que ya todo pasó y ella también sonríe y no sabe por qué se le viene a la mente la imagen de la Kali, dorada, sentada frente al sol del amanecer, mirándola con sus mansos y tiernos ojos.

Entonces acepta su destino, vuelve al mundo de la vida densa, pero siente que ha conocido una realidad nueva para llegar y de la cual tiene mucho que aprender todavía.

Recuerda unas palabras leídas por ahí: "Yo vuelvo al dolor del hombre, a su simple alegría; yo, que recibo la ofensa y el saludo fraterno; yo, que doy de mis manos lo que puedo..."

AMOR DE TANGO

Él, quien fue mi más grande amor, debía volver a su tierra, pues ya había terminado su beca para hacer un doctorado en Ciencias Ambientales, en el Instituto Bacteriológico de mi país. Él tenía que regresar a su casa, a su mujer, a sus hijos y yo no lo podía entender ni aceptar, pero así era y nada podía hacerse.

Fui con la Carmen a dejarlo al aeropuerto. Tarde gris, mucho smog, mucho cemento. Aves grises lejanas. Aviones oscuros en la losa. Voces metálicas anunciando vuelos, salidas y llegadas de grandes naves aéreas. Y yo sintiendo que mi vida se iría en pocos momentos, lloraba en silencio, apoyada en el brazo de mi amiga.

Una tarde, Santos, que así se llamaba mi amor, vino a visitarme en casa de mis padres. Estaban también mis sobrinos pequeños y cuando lo vi jugando con ellos, algo en su actitud me hizo sentir nítidamente que tenía hijos.

En ese momento supe que era casado y él no lo negó.

Un dolor desconocido y quemante invadió mi corazón. Yo lo amaba con toda la fuerza del primer amor, con toda la entrega del primer amor, con toda la belleza del primer amor. Con un sentimiento tan tremendamente avasallante que su ausencia dolía, como si fuera una enfermedad.

Mis manos necesitaban sus manos, y mi ser se estremecía si no estaba a su lado. Su sola voz hacía que temblara como la flor al abrir sus pétalos cuando el sol la besa.

Me propuso que me fuera con él al Chaco, donde tenía una hacienda. “Allí vas a tener de todo, chiquita, y yo iré a verte todas las semanas”.

Él seguiría en su casa en Resistencia y no podríamos vivir juntos por su condición de hombre casado. En ningún momento me habló de separarse de su esposa, pues, en su paisaje era aceptable tener una amante establecida, pero no era digno el divorcio.

Primero me pareció que se me terminaba el mundo pues no sabía cómo vivir sin él y tampoco podía aceptar que yo era la otra. Me parecía algo de telenovela. Sentía que su amor no era tan fuerte como el mío, por no querer casarse conmigo.

Santos era moreno, hermoso como noche de luna, tenía unos ojos verdes chispeantes, una sonrisa un poco torcida, y unos labios grandes y sensibles de los que mi alma se colgaba como del amanecer la nube roja.

Trate de terminar con él, pero no pude. Mis horas volaban hacia él y finalmente volví a su lado.

Fueron los dos años más intensos que he vivido, sabiendo que al final, él se iría y que yo no tendría el coraje para seguirlo, pese a que día a día él me suplicaba que me fuera con él a su tierra.

Él cantaba como supongo deben cantar los ángeles, bailaba maravillosamente bien y me trataba con ternura infinita.

Me enseñó a bailar tango y milonga.

Yo me sentía reina de las noches locas, cuando él, tomando con sus manos grandes y fuertes mi cintura, me llevaba haciendo mil figuras al centro de la pista de baile y yo miraba en los espejos nuestra danza, sin saber si admiraba más su figura o la mía.

Pues al enamorarme de él también me enamoré de mí, de mi cuerpo joven, de mi gracia felina, de mis ojos grandes, de mi pelo castaño dorado, que caía hasta mi cintura.

Fue un amor al que yo dediqué toda mi existencia. Perdí la carrera en la universidad, dejé de lado a mis amigos, hice sufrir a mis padres cada día de ese amor, pues me salí de todos sus esquemas.

Poco antes de que Santos se tuviera que ir quede embarazada pero nunca se lo dije.

Lo vi subirse al avión desde la terraza del aeropuerto. La Carmen me tenía tomada del brazo pues yo estaba a punto de desmayarme, vi como el avión se iba haciendo cada vez más pequeño, hasta que desapareció sobre la cordillera.

Lloré durante el camino de regreso.

La gente de la micro me miraba compasivamente y Carmen trataba de calmarme.

De improviso fije mi atención en un matrimonio con tres hijos que viajaban en el asiento delantero. Parecían muy cansados y se veían muy feos.

La mujer estaba descuidada, el pelo desgreñado y el rostro denotaba una belleza oculta por el desencanto. El vestido rojo que vestía era casi igual a uno que yo tenía, pero, estaba manchado y arrugado.

El hombre me miraba con ojos de conquistador y algo en su rostro me recordó a Santos. Ambos retaban alternativamente a los hijos, con voces agrias y entre ellos se hablaban muy poco y con agresividad. Entonces me sucedió algo extraño.

Fue parecido a un rayo que cayera sobre mí, fue como que algo se quebrara sin aviso o como si me sacara unos anteojos muy oscuros y viera todo distinto y con otra luz. Se me quitó el gran amor que creía que sentía por Santos. Todo lo vi ridículo.

Me pareció que se abrieron las cortinas de un gran escenario en el cual yo estaba bailando con un tipo desconocido, bailando como una autómata, un tango trasnochado y absurdo.

Entonces sequé mis lágrimas y me invadió un sentimiento de profunda paz.

Miré a Carmen y con una leve sonrisa le dije: “Carmen, éste fue un puro amor de tango, ¡tan, tán!”.

EL CANDIDATO

Lleva viviendo casi seis años en una ciudad del sur del país y por supuesto continúa dentro del Club.

Cuando se trasladaron de Santiago a esa ciudad sureña, la Ema le dijo a su esposo que todo estaría bien siempre que él no le pusiera inconvenientes para seguir con las actividades del Club.

Se vinieron como arrancando de todo lugar donde había estado la Isabel, pues René y Ema aún no se habían dado cuenta que donde quiera que uno vaya lleva su propio paisaje y de que donde quiera que vivieran el dolor y la pena de no ver más a la hija iba a ser el mismo, a no ser que se tuviera un sentido de vida trascendente, es decir, que fuera más allá de la provisoria existencia humana.

La Ema, como seguía conectada a las actividades del Club, tenía claro que si no quería caer en las profundidades más oscuras del sufrimiento, debía seguir sumando a otros a la causa.

En esta nueva situación le resultaba difícil. Allá en Santiago tenía su grupo más o menos funcionando, tenía a muchas amistades dentro del Club con los cuales compartir y chacotear bastante. Acá en el sur no conocía a nadie y debería empezar una vez más.

A pesar de su semiinvalidez y de los muchos inconvenientes cotidianos, ella siguió adelante y al cabo de un año ya tenía formado un grupo de amigos y poco a poco se había ido haciendo conocida de la gente del lugar.

En esos primeros intentos la ayudaron mucho Javier, un joven del pueblo, y también el Ibar, miembro del Club, el cual viajaba periódicamente trayéndole materiales, libros y revistas y acompañándola en las actividades que realizaba semanalmente.

Este Club era una organización internacional que se preocupaba por la gente que estaba sola y por los más desvalidos, llevándoles compañía y ayuda, según fuera el caso. Todas las actividades del Club tenían como objetivo fomentar la comunicación y la participación de las personas rescatando lo mejor de cada una de ellas.

Fue en esa época que el Club decidió presentar un candidato a la alcaldía, en forma independiente, ya que sentían que nadie los representaba. Se pusieron a juntar firmas y lograron reunir el número necesario para llevar un candidato.

Éste se llamaba Sergio Mandiola y era un joven muy bien intencionado, de pocos recursos económicos, el cual había vivido muy solo y por ello le costaba relacionarse socialmente. En síntesis, para ser un buen candidato le faltaba todo, menos la buena disposición y las ganas de serlo.

Después vino la campaña y todo lo que ello implica. Allí el Club logró un buen contacto con los medios de difusión, los que eran numerosos ya que el pueblo, aunque pequeño, contaba con muchas radioemisoras.

Hubo que inventar diversas formas de que se nombrara al candidato por las radios, ya que no se contaba con dinero suficiente como para competir con otros candidatos muy adinerados, quienes pusieron gran cantidad de propaganda, con cantos y todo, los que se escuchaban hasta el cansancio.

Así, por ejemplo, se le deseaba feliz cumpleaños a Sergio Mandiola, candidato a concejal del Club, y se le saludaba con alguna canción como: “Electricidad... cuando tú me miras” o “Sufrir esperando vendrás...”

Mandiola tuvo más de quince cumpleaños en dos meses.

También se le saludaba por aniversario de matrimonio, por admiradoras secretas, por el cumpleaños de su esposa, de su papá, de su mamá, etc.

Todo esto para que su nombre y el nombre del Club se escuchara la mayor cantidad de veces posible por las diversas emisoras del pueblo.

Así mismo, y con algo de suerte, se le conseguían entrevistas y se sumaban amigos en las radios. Y hubo una, la Pirinola, que llegó a ser del Club, pues la Ema se hizo amiga de la secretaria y ésta se sumó a la campaña sacando al aire al candidato por los motivos más insospechados, hasta por una competencia de baby fútbol en la cual tuvo que jugar Mandiola, quien nunca antes había jugado al fútbol.

Entre la Ema y la Silvia, una amiga antigua miembro del Club, que viajó de Santiago a colaborar, le hicieron a Mandiola un entrenamiento del tipo príncipe de Maquiavelo. Incluso le arreglaron unos ternos, lo peinaron poniéndole “mousse” y haciéndole “brushing”, lo hicieron hablar, saludar, caminar con aire, o mejor dicho, con donaire, hasta que Mandiola se llegó a creer el tipo más buen mozo del lugar.

Todo eso fue muy interesante. Se hace lo que se puede en el momento dado en que a uno le toca vivir. Y Mandiola resistió el entrenamiento. Y lo hizo tan bien que llegó a ser alcalde.

Una rica hacendada del lugar se enamoró perdidamente del alcalde Mandiola y lo tomó bajo su protección ayudándolo económicamente en su gestión edilicia. Incluso le regaló un Mercedes descapotable.

Hoy Mandiola vive como dormido y se ha olvidado del Club por completo.

Moraleja: A Mandiola mejor no llevarlo de candidato porque tiene mala memoria.

MARÍA

La María se sentó en la plaza perfumada de tilos, rododendros y azaleas. Sonreía levemente mostrando sus dientes perfectos, una dentadura postiza, blanca y bella. El sol calentaba sus huesos cansados.

Recordaba su infancia, mientras tiraba miguitas de pan a las palomas que en bandadas se posaban a sus pies.

Pensaba qué dirían sus padrastros si la vieran ahora, usando cosas caras, todas de cuero legítimo, sus zapatos, su cartera y su abrigo beige con cuello de piel de nutria.

Su moño alto muy bien peinado, su pelo blanquísimo, le daban un aire de condesa europea, tal vez italiana. Y bien podría ser descendiente de nobles porque nunca supo quiénes eran sus verdaderos padres.

La encontró un viejo campesino cerca de Bariloche, caminando casi muerta de frío por la nieve. Era una niña linda, sana, robusta y bien vestida. Tendría unos cuatro o cinco años de edad.

El campesino la echó al anca de su caballo y toscamente le preguntó que qué hacía ahí, que si acaso se quería morir helada y quebradiza como bloque de hielo, y además le preguntó dónde estaban sus taitas, que la habían dejado, “los hiju’e putas, sola y en peligro”.

La niña no contestó porque no podía hablar, porque a lo mejor ni siquiera entendía al campesino y porque no sabía cómo estaba allí.

El hombre la llevó a su casa, un ranchito sumido en la nieve y todo lleno de rendijas.

Tenía cuatro hijos y a la esposa no le hizo mucha gracia la llegada de la niña, diciendo que era “otra pa’ alimentar no má’ ”; pero luego pensó que siendo mujer la ayudaría en las tareas de la casa.

El hombre tenía otros problemas y otros planes. Cobraría una buena recompensa por la niña pues, según sus palabras, “la mocosa tenía vestido fino, llevaba medalla de oro y güena ropa”. Entonces, “iré pa’l pueblo pa’ saber si la buscan”.

Pero nadie la buscó.

La María fue creciendo medio animal y medio niña. Durante mucho tiempo no pronunció palabra alguna, tanto fue así que creyeron que era muda.

Apenas le dejaban tiempo para dormir, pues la tenían trabajando en una y mil cosas durante todo el día. Los cuatro muchachos se acostumbraron a que ella los atendiera y sirviera y la vieja Rosaura, la madre, se alivió bastante el trabajo.

De vez en cuando la mujer, sintiendo quizás algo de pena por la chica, le lavaba el pelo y la peinaba. Y cada vez le decía que nunca se fuera a cortar el pelo. La María le obedeció siempre. El moño enrollaba 42 años de pelo sedoso, ahora cano, nunca cortado.

Un día la Rosaura le hizo un vestido de mujer, bien bonito, con flores de colores, y se lo entregó calculando que la joven tendría unos 14 años. Al dárselo le recomendó que lo usara solamente los domingos y cuando Pedro viniera de visita. Los otros días usaba los pantalones y las camisas que el menor de los cuatro hermanos ya no podía ponerse por chicos y viejos.

En el verano la María se arrancaba, cuando podía, a comer moras y a bañarse en el río. Cuando volvía la Rosaura le daba con una correa, aunque según contaba la María,

“no me pegaba muy fuerte”. El que sí la hacía desmayar de dolor era José, el campesino, que le pegaba con la correa, con la tranca, con lo que pillara.

Se tocó la cicatriz que tenía en la frente. Era una cicatriz pequeña y no le quitaba belleza. Sus enormes ojos color avellana y miel parecieron llenarse de lágrimas, pero esto solo duró un instante: “no llorís nunca María, la vida pa’ la mujer es sufrir y vos tenís que acostumbrarte”. Eso le había dicho la Rosaura toda cubierta de sangre y moretones una mañana en que José le había pegado.

“Mamita”, la María quiso tocar a la mujer y hacerle cariño, la quiso limpiar y ayudar, pero la vieja, con rabia le dio un empujón y no la dejo ni le permitió acercarse, pero después le preparó un pan con queso y le dio mate con leche cuando quedaron solas. La María se lo devoró porque siempre andaba con muchísima hambre.

El caballero se sentó a su lado: “Buenas tardes, señorita, perdone que le hable sin conocerla, pero tengo muchos deseos de conversar con alguien y estoy muy solo”.

La María lo miró con sus ojos inocentes y le sonrió: “Hable no más caballero, el señor Dios a todos nos quiere y también a usted”.

“Me llamo Enrique y soy jubilado”.

“Y yo me llamo María”.

Se quedaron en silencio. Las palomas mansamente picoteaban el pan y una más atrevida se acercó a sus pies hasta tocar sus zapatos nuevos.

Enrique sacó cigarrillos y le ofreció uno. Ella aceptó y fumaron contemplando el humo, las nubes, los verdes tilos y la gente que empezaba a llegar a la tarde dominguera de la vieja plaza provinciana.

“¿Y qué hace, María?”.

“Trabajo”. Otro silencio.

“¿Le gustaría servirse algo?”.

“¡Cómo no!”

Los ojos se le agrandaron de alegría. Comería helados invitada por un caballero. Si la vieran ahora, sobre todo si la viera el Peiro. Fueron al café.

Se encontraron nuevamente el domingo siguiente. Enrique la invitó al cine. Se vieron todos los domingos durante la primavera y el verano.

La María compraba loza china, vestidos de seda, sandalias, carteras blancas.

Su patrona a veces le decía que economizara y que guardara en el banco, pero la María fascinada con la explosión de importaciones seguía comprando sábanas, porcelanas, radios, guantes, perfumes y todo lo iba poniendo ordenadito en su baúl.

En la casa donde trabajaba la querían mucho y le regalaban más objetos porque siempre se alegraba tanto. Su respuesta era: “Que el señor se lo multiplique”, y parece que así sucedía, porque todo duraba más, el gas, el azúcar, el café, etc.

Hablaba de sus hijos y de su marido a los cuales había dejado en la capital para venirse a trabajar al sur.

Pensaba en ellos cuando compraba fino menaje de casa, en Pedro, allá sin pega, y los muchachos también.

Tenía sólo hijos hombres y ahora les llevaría todo eso que tenía en el baúl, cuando los fuera a ver.

Daba pena a los patrones de la María pues nunca le llegaba carta, a no ser para pedirle dinero. No eran cartas cariñosas. La patrona se las leía pues ella no sabía ni leer ni escribir.

“María, ¿y su amigo?” -le preguntó la señora un sábado antes de su viaje de vacaciones durante las cuales iría a la capital-.

“Es amigo, no más”.

Pero no era exactamente así. Enrique le había pedido que se casara con él, que podrían vivir bien los dos solos con su jubilación, que él tenía una casita y todo el menaje de lo mejor. Ella, como una adolescente, soñaba con ese matrimonio, pero sus principios religiosos no la dejaron realizar su sueño.

Pedro, amigo de José, el campesino, la compró como de 15 años y pagó bien. Ella asustada se refugió en las faldas de la Rosaura, pero ésta no la pudo defender, ya estaban los dos hombres borrachos y decididos. Pedro exigió llevársela. Ella estaba escondida debajo de la cama y el hombrón la sacó a patadas y a patadas se la llevó y a patadas la había tenido siempre.

Pero era su dueño, el compañero que el señor le había dado, el padre de sus hijos, unos flojos, buenos para nada.

Ese domingo estuvo más callada que nunca. Enrique le regaló un paquete de bombones y la convidó a conocer su casa.

“Otro día -dijo ella-, el otro domingo”.

Ese lunes se fue a Santiago por 15 días, con su baúl lleno de ilusiones y de ensueños y no volvió nunca más.

“¡Puta!” -decía Pedro, pegándole a las cosas y a ella, al mismo tiempo-.

“¿Quién fue el lacho que te compró todo esto?” -y con cuchillo le destrozó el abrigo y la cartera-.

Uno de los golpes le reventó el hígado.

Murió dos meses después, sola, en el hospital, con el pelo que le llegaba más abajo de las rodillas y nunca lloró porque la vida de la mujer era para sufrir y ella se había acostumbrado.

EL CONEJILLO DE INDIAS

Cierto día, pensando en el momento histórico tan convulsionado e inestable en el cual me correspondía vivir, se me ocurrió que sería útil estudiar alguna ciencia oculta que me ayudara a conectar con los designios más profundos del universo, como una especie de mecanismo de seguridad para mejor enfrentar los cambios que se iban produciendo, cada vez con mayor velocidad.

Fue por eso que cuando me enteré de que, en un restaurante cercano, cierto profesor De Guevara exhibía sus dotes de tarotista, convidé a mi hijo y su amigo a cenar allí y a conocer las habilidades de dicho profesor.

Además, no dejaría de ser agradable asistir con los dos muchachos a una buena comida en un ambiente abrigado, cómodo y acogedor. Fue así como Juan Antonio, Abelardo y yo, llegamos a la Casa Grande, que así se llamaba el lugar, y nos ubicamos junto a la gran chimenea.

Cuando ya habíamos cenado, y más o menos a las once de la noche, se hizo presente el profesor y maestro Jaime De Guevara. Se trataba de un hombre de mediana estatura, pelo negro, largo, algo canoso y barba también entrecana y crespa, que le llegaba a la cintura. Sus ojos eran brillantes y misteriosos, rodeados de grandes ojeras, las que producían el efecto de una gran profundidad en su mirada.

El profesor se instaló en una mesa colocada en el centro del local y un joven que cumplía la función de maestro de ceremonia, empezó a convidar a los clientes a sentarse a esa mesa, junto al profesor, en grupos de seis o siete personas.

El procedimiento del acto adivinatorio era el siguiente: el profesor extendía el Tarot boca abajo y sacando de entre sus ropas algo como un lápiz de color rojo y caoba, al cual él llamaba su varita mágica, señalaba a uno de los presentes con aire autoritario y le decía; “estos son tus arcanos” y, en seguida, con la misma varita, daba vuelta hacia arriba tres cartas del mazo.

A mí no dejó de llamarme la atención que las cartas que salieron cuando me tocó el turno, fueran la carta del *hijo*, la de las *pérdidas económicas* y la de la *búsqueda*, pues eran tres situaciones que se estaban dando en ese momento en mi vida.

La pérdida económica ya estaba a la vista, pues había salido bastante cara la comida, andaba con mi hijo y mi vida se había caracterizado por una búsqueda constante de respuestas a preguntas que ni siquiera lograba formular con exactitud.

A mi hijo y a su amigo Abelardo, también les intrigaron las cartas que el profesor les indicó, pues, según comentaron después, tenían estrecha relación con su situación actual y con la problemática de sus jóvenes existencias.

Solo mucho después comprendería que es uno quien arma esos contenidos en la cabeza y que la interpretación que uno hace sirve para darse cuenta en qué anda la propia dirección interna.

Transcurrieron varios días después de este primer encuentro con el profesor, hasta que decidimos, mi hijo y yo, averiguar si era posible que el señor de Guevara nos hiciera algunas clases de su iniciático conocimiento. Efectivamente, cuando lo llamamos por teléfono nos dijo que podíamos asistir a sus clases dos o tres días a la semana, en su casa, y nos dio su dirección. Dijo que fuéramos tipito seis de la tarde.

Esa misma tarde nos dirigimos con Juan Antonio (quien disfrutaba secretamente de lo que él llamaba jocosamente las locuras de la mamá), a la casa de este taumaturgo misterioso.

Llegamos a un departamento en un tercer piso, de apariencia bastante modesta. Lo curioso fue que el departamento era por dentro mucho más grande que por fuera.

El decorado era singular: había un gato de greda gigante, además de un gato vivo y gordito que se movía por todos lados. Un sillón de corte presidencial estaba solo en un rincón, junto a algo parecido a un altarcito con muchos incensarios humeantes y perfumados. En el otro extremo de la habitación había una hermosa mesita baja con cuatro sillas y otro sillón, pero éste era bajito. Había también gran cantidad de plantas exuberantes, más inciensos y algunos símbolos cabalísticos en las murallas.

Allí esperamos al profesor quien no demoró mucho y apareció muy amable, muy sonriente, como salido de la nada, en la penumbra de un rincón.

Ese día se encontraban allí también un joven de corte de pelo militar, muy silencioso, y dos viejas parlanchinas.

El profesor, después de los saludos de cortesía habituales en estos casos, nos empezó a enseñar algunos significados de la cartas. “Pero lo más importante -decía- es dejarse llevar por la intuición”.

Para señalizar y mover cada carta, el maestro utilizaba la varita de virtud, la que manejaba con destreza, como lo hacen los ilusionistas, de tal manera que daba la impresión de que en cualquier momento las extrañas figuras del tarot iban a cobrar vida y a salir caminando por la mesa.

Todos debíamos interpretar por turno cuadrados de nueve por nueve cartas, e ir armando una historia que tuviera cierta coherencia, relativa a la vida de otro de los presentes.

Cuando me tocó esgrimir el caduceo y armar la historia dije, sin saber por qué, que se aproximaba un suceso imprevisto para todos los presentes y para una mujer joven que aún no conocía.

Jaime escuchaba en silencio, rascando con suavidad su barba.

De improviso, dijo: “Lo que nos está faltando es el conejillo de Indias”. Y acto seguido consultó su reloj.

Después agregó: “Creo que, desgraciadamente, hoy no hemos conseguido ninguno, pues ya es muy tarde; por lo tanto, continuaremos nuestro estudio el próximo viernes. Y es absolutamente necesario que para entonces el conejillo venga o alguien traiga alguno”.

Juan Antonio, mi hijo, me preguntó, mientras volvíamos a casa, si eso del conejillo no me sonaba a trabajo de biología o algo así.

Yo no le contesté nada pero la verdad fue que me dio la sensación de algún ritual raro, primitivo y no muy agradable. En fin, cada uno proyecta sus contenidos mentales y yo era muy aficionada a las películas de terror.

El viernes fuimos los primeros en llegar. Mi hijo, quien no creía para nada en estas cosas de misterio, tomaba el asunto como un descanso, pues además de dar su cátedra**,** estaba sacando un doctorado, y como una manera de compartir conmigo un rato entretenido y anecdótico, dándome en el gusto un par de horas. Juan Antonio era un buen amigo mío en esa época, antes de que la existencia nos alejara tanto.

El profesor De Guevara nos estaba esperando y nos ofreció una taza de té.

Yo tuve la mala ocurrencia de preguntarle el costo del curso. La respuesta me produjo prácticamente un “shock”, pues excedía todas mis posibilidades. El profesor ofreció entonces hacernos un precio, pagarlo en cuotas, rebajarlo, etc., aduciendo que tanto Juan Antonio como yo teníamos grandes dotes adivinatorias y obviamente algún dinero para pagar sus enseñanzas.

Sin embargo, ahora que lo pienso, creo que Jaime nos hubiera hecho el curso gratis, pero en esa época no me di cuenta de que él necesitaba apoyo.

Llegaron los otros alumnos y nos instalamos en torno a la mesita baja. De pronto sonó el timbre, el profesor dio un brinco: “¡Es nuestro conejillo de Indias!”, exclamó, y corrió a abrir la puerta.

“Pasa, María Eugenia”.

Y apareció una rubia hermosísima de minifalda y largas y sensuales piernas, la que se sentó en el sillón bajito mientras nos sonreía a todos como pidiéndonos disculpas por su tardanza.

En ese mismo instante el gato gordito saltó sobre la mesa, y la jovencita, dando un alarido y levantando las piernas, mostró su minúscula prenda íntima y se abrazó del cuello de Juan Antonio, balbuceando que tenía fobia a los gatos; con lo cual se hizo evidente su condición de ratoncillo blanco, es decir, de conejillo de Indias.

Gritaba desesperadamente: “¡Saquen el gato de aquí!”.

Entonces el profesor, bastante enojado, le dijo que primero salía ella que el gato, pero lo mantuvo alejado, empujándolo con suavidad.

Ahí recordé lo que yo había leído en las cartas, la vez anterior y tuve la sensación de que esto lo estaba viviendo de nuevo.

La idea era que cada uno de nosotros, mediante las cartas tarot, leyéramos el destino de la muchacha. Lo obvio era que tenía un problema relacionado con los gatos.

La cosa terminó mal porque Juan Antonio, en lugar de preocuparse de la adivinación, se dedicó a llamar disimuladamente al gato, con un susurrante “cuchi, cuchi”, hasta que el minino volvió a la mesa y se repitió la escena.

La trifulca fue tal que se quebraron algunos objetos esotéricos, entre ellos el gato de greda, dando como resultado la ira incontenible del maestro De Guevara, quien nos expulsó, con ojos centelleantes, de su casa.

Juan Antonio, una vez en la calle, me dejó en un taxi y se quedó conversando muy entusiasmado con María Eugenia.

Esa noche volvió tarde a casa y al otro día me agradeció mucho el haberlo convidado a aprender tarot pues, según me dijo: “uno nunca sabe si algún día puede resultar muy útil tal conocimiento”.

LALO MÁGICO

El Lalo aparecía por mi casa, desde mi separación matrimonial, regularmente todos los viernes y se quedaba hasta el domingo. Éramos primos lejanos en parentesco pero muy cercanos en amistad.

Se llamaba Eduardo y era famoso como poeta. Todos los escritores de moda lo citaban en las diversas páginas literarias de los diarios más importantes de la capital.

Lo más extraordinario era que el Lalo no había escrito, o mejor dicho, publicado ni un solo poema, pero se las arreglaba para estar vigente.

Además, contaba con el apoyo de muchos escritores homosexuales, pues al parecer**,** el Lalo también era homosexual, cosa que él nunca me había dicho, pero tampoco, ocultado. Por lo demás, se le notaba bastante y ni a él ni a mí nos producía problema y tampoco le dábamos importancia.

Lalo era mas bien bajo; usaba una barba blanca mal cuidada, tenía ojos muy azules, de mirada pícara, acentuada la picardía por tener un poco de estravismo. Sus mejillas eran sonrosadas y era algo gordito.

Mis hijos al verlo siempre le cantaban canciones navideñas pues les parecía que era el viejo Pascuero que “quien sabe por cual hechizo de la mamá”, es decir, yo, “venía a verlos fuera o no fuera la fecha de su visita anual”.

Esto al Lalo le causaba gracia y me comentaba la pureza perceptual de los niños al no distorsionar cosas tan obvias, como que él era realmente el viejo de Pascua y como que yo era realmente media hechicera.

Esto de hechicera, a mis niños les venía, entre otras cosas, de que yo, para entretenerlos cuando estaba nublado, y secundada por el Lalo, los sacaba al patio para que hiciéramos que lloviera, diciéndoles que hacía mucho tiempo que no había llovido y que ya era bueno que nosotros interviniéramos. Entonces, nos disfrazábamos todos, ya fuera como indios apaches, o como medio gitanos, o como espantapájaros, dependiendo de la ropa que hubiera más a mano, pues incluso servía la capa de superman, o las faldas de baile español que tenía mi hijita, quien estudiaba ese baile junto conmigo.

Entonces, con ollas, cucharones y otros implementos para hacer ruido, empezábamos una danza con saltos y brincos, haciendo sonar los objetos de percusión y cantando: “Que llueva, que llueva, la vieja está en la cueva, los pajaritos cantan, la vieja se levanta”. La danza se prolongaba hasta que empezaba a llover y entonces, el ritual indicaba que había que hacer sopaipillas, a las que la Mónica llamaba “sopa de pilla”.

El Lalo solía llegar tipo once de la mañana, siempre con alguna novedad literaria y se instalaba a conversar conmigo en la cocina, mientras yo preparaba el almuerzo. Allí el tema era las recetas de cocina, lo bien que yo cocinaba y los exquisitos manjares que él había saboreado gracias a sus viajes por el mundo.

Lo curioso era que mi primo no tenía trabajo ni ingreso conocido, excepto un pequeño montepío de su padre .

Nadie, ni siquiera yo, sabía dónde vivía el primo. Este tema él lo evadía siempre, con su magistral manejo de las comunicaciones.

El Lalo era un poco mentiroso, pero resultaba probable que hubiera realizado esos viajes, gracias a tanto amigo que había cultivado con el tiempo.

Por otro lado, su vestimenta pobre y el hecho de que siempre me pedía un poco de dinero para movilizarse, me hacían dudar de su veracidad. En todo caso, sus relatos eran tan entretenidos y novedosos que daba lo mismo que fueran verídicos o producto de su gran capacidad para fantasear.

Un día llegó muy entusiasmado pues tenía dos novedades. Una, que estaba siguiendo un curso de meditación trascendental, y otra, que un amigo francés, un noble, lo había invitado a pasar un mes en su chateau en el sur de Francia.

Estaba tan feliz que no se deprimió al ver que el almuerzo consistía en lentejas y nada más, pues estábamos a fin de mes, época en la que ya no quedaba dinero y no tenía para agregarle un bistec o algo más contundente al plato. Por suerte para mi primo quedaban en la bodega dos botellas de vino tinto, lo que "me arregla cualquier panorama, niña", como él decía.

Lalo se fue con un sillón de mimbre a instalar debajo de la higuera a practicar su meditación, la cual tenía que durar media hora. Yo terminé los quehaceres domésticos y como ya había pasado la media hora, me fui a sentar con él llevándole un vinito.

Le pedí que me explicara la cosa de la meditación y él me dijo que se trataba de poner la mente en blanco, lo que se lograba repitiendo un mantra y que tal mantra era individual, incontable e intransferible.

Así que, desgraciadamente, él no me podía decir su mantra, el cual se lo había dado su gurú, "y fíjate, mi' ja, que es bien caro saber el mantra porque el curso vale 500 mil pesos", pero él había tenido la suerte de que se lo regalaron.

Para la meditación había que estar en un lugar con buenas vibraciones y tranquilo y mi higuera le resultaba particularmente propicia.

Como su viaje sería dentro de un mes o dos, a más tardar, vendría muy seguido a mi casa para partir a Europa bien entrenado en el vacío mental. Este entrenamiento producía en el practicante fortaleza y encanto.

Yo le respondí que todo eso estaba bien, pero me parecía que él podía orientarme en lo del mantra porque yo andaba muy necesitada de fortaleza y de encanto, a lo que él, después de permanecer un rato en silencio accedió y me sugirió que repitiera la palabra "tuyum", alargando la m, acompañando la inspiración a "tu" y la expiración a "yummmmmm".

Esto durante diez minutos, tres veces por semana. "Es claro, niña, que no te aseguro los resultados, porque no estoy segura de que sea el mantra exacto". Ahí, en las terminaciones de los adjetivos, a veces, al primo se le notaba su alma femenina.

Yo después me puse a contarle, como lo hacía habitualmente, mis problemas, como con una buena amiga y le hablé de mi última frustración amorosa con el Felipe, un hombre para mí perfecto, que el mismo Lalo me había presentado.

Un tipo encantador que veía dos o tres veces por semana y con el cual todo marchaba bien hasta que a mí me dio por verlo más seguido, cosa que él soportó por un tiempo. Pero últimamente me había puesto distancia, diciéndome que tenía mucho que hacer y que no era bueno para mí tanta dependencia, ni para él, que tenía que atender a muchísimas otras cosas aparte de estar conmigo.

El Lalo me escuchaba pacientemente. Él conocía bien a Felipe: "Un hombre estupendo, con un cuerpo maravilloso", según mi primo.

El Lalo, después de oirme, me dijo que lo dejara tranquilo, pues Felipe tenía razón. "Es un hombre muy ocupado y deberías darte con una piedra en el pecho que se haya

dejado tiempo para estar contigo tres días a la semana, y además te ama, eso no cabe duda, porque a nadie más le da tanta dedicación como a ti".

En eso llegaron los niños y nos fuimos a comer las lentejas y a conversar temas menos íntimos.

Yo me había separado de Raúl hacía tres años y desde entonces este primo me había tomado bajo su protección.

Era como veinte años mayor que yo y me conocía de chica. Siempre me había tenido afecto, cosa que yo correspondía profundamente y la verdad era que me había acompañado en momentos bien difíciles, trayéndome apoyo y novedades, casi todas encaminadas a fortalecer mi estabilidad psicológica.

Yo había iniciado mi romance con Felipe hacía más o menos un año y el Lalo fue quien lo trajo a mi casa, obviamente con intenciones celestinescas.

Mis hijos al principio no tragaban al Felipe, pero como era un hombre bueno y sabio, al cabo de un tiempo empezaron a quererlo.

Nos interesaban temas comunes. El Felipe era escritor de renombre, el Lalo orbitaba todo lo literario y yo ansiaba ser escritora.

Además, los tres buscábamos respuestas a los interrogantes metafísicos eternos: quién soy, de dónde vengo y hacia dónde voy.

"Con el Felipe como que anduviste matando la gallina de los huevos de oro", dijo el mágico Lalo, pues sabía decir la pura verdad.

Yo pensé que tenía razón y me dio más pena que antes.

Era difícil no añorar aquellos días pasados con Felipe, era difícil olvidar su encanto y la atmósfera cálida que irradiaba, como una sensación expansiva dentro del pecho, era difícil olvidar sus bromas y sus enseñanzas tan acogedoras y tan profundas, y sobre todo, era difícil olvidar sus manos grandes acariciando mi cuerpo, como si yo fuera un arpa y él, el músico perfecto. Y eso lo tenía, por lo menos, dos días por semana y ahora hacía casi un mes que se había desaparecido.

Y me dieron unas ganas de llorar y llorar, por siglos de ausencia, y el Lalo se empezó a reír porque decía que yo dramatizaba demasiado, mientras yo cantaba "ansiedad, de tenerte en mis brazos", o bien "cómo fui a enamorarme de ti, si yo sabía que no era bueno".

Mi primo me ayudaba con los niños, viendo sus tareas o contándoles cuentos, mientras yo corregía algunas pruebas de la revista que debía llevar a la imprenta al día siguiente, pues ése era mi trabajo. Una revista de educación que aparecía una vez al mes y que me permitía un horario suelto, para poder también dedicarme a los hijos y a la casa.

Ese día nos desocupamos como a las diez y llegó un matrimonio amigo. Nos quedamos conversando hasta muy tarde y Felipe no vino.

Lalo comentaba sobre la posibilidad de estar en el aquí y en el ahora, en el "hic nuc". "Sólo logrando esto -decía-, es posible captar limpiamente la realidad, una realidad pura, no teñida por experiencias pasadas ni contaminada por temores futuros".

Y continuaba diciendo: "Mi amigo, el poeta D/Halmar, contaba que estando al pie de una gran catarata en África, de improviso se sintió sin tiempo, suspendido en ese lugar y entonces vio las luces de miles de colores que estallaban en cada gota de agua que caía. Lo malo fue que después no supo cómo volver a ese estado porque tampoco supo cómo había llegado a él".

“Sin embargo -continuó Lalo-, aun cuando se logre ese estado, subsiste el problema de la contaminación de la realidad con mi presente: cómo me siento; porque si me duele una muela, aunque esté en el ‘hic nuc’, percibiré de una manera distinta que si no me duele”.

Yo tomaba lentamente mi copa de whisky que los amigos habían traído de regalo y pensaba que si Felipe hubiera estado allí habría encontrado una respuesta.

El Lalo adivinó mi pensamiento y me miró con picardía diciéndome que aterrizara y opinara. A lo cual respondí que yo creía que lo más importante era poder manejar los propios mecanismos, poder controlar los estados internos y no dejarse coger por los recuerdos, sobre todo el recuerdo de Felipe.

Mi primo dijo que yo había bebido lo suficiente y que lo mejor sería que me fuera a dormir. Yo le obedecí porque estaba bien cansada y ellos siguieron la conversa hasta el otro día, pues ahí los encontré cuando fui a hacer el desayuno.

Seguían con el tema de la posibilidad de conocer la realidad real y a esa hora de la mañana a mí el tema me pareció muy irreal.

El Lalo postergó su viaje a Europa porque consideró que no me podía dejar en tal estado de lamentación amorosa.

Yo le decía, por ejemplo, que se fijara en las flores que se cierran cuando no les da el sol porque yo me estaba cerrando, sin Felipe.

También le señalaba las mariposas que tanto se acercaban al farol que caían con sus alas quemadas.

“Bueno”, me dijo el Lalo finalmente, “¡córtala con tanta autocompasión y déjate de hablar tanta tontera!, porque si no, tampoco yo vengo más a verte”.

Tenía razón otra vez, yo no podía seguir con las lamentaciones que no me llevaban a ninguna parte.

Fue así que me dediqué con más fuerza a prestar atención sólo a lo que estaba haciendo y al cabo de unos meses podía arreglármelas bastante bien.

Entonces mi amigo Lalo partió a su anhelado viaje a Francia.

Lo fui a dejar al aeropuerto con los niños y le llevé unos guantes de gamuza, muy finos, una revista literaria y una promesa firmada por mí, de que mantendría la alegría mientras él estuviera ausente.

Este relato termina aquí, pero no quiero omitir algunos comentarios que posteriormente me hizo un amigo de Tucumán, Alejandro Copley**,** cuando me vino a visitar el verano pasado.

Según él, era obvio que el Lalo y el Felipe se entendían y que lo más probable era que hubieran viajado juntos a Europa.

Yo nunca pude comprobar tal hipótesis, pero lo cierto fue que meses más tarde aparecieron los dos por mi casa y me comentaron que se habían encontrado en París, por casualidad, y que habían continuado juntos el resto del viaje.

Por esa época yo ya estaba viviendo con Mario y muy enamorada de él, por lo cual no presté atención a esa casualidad ni le di mayor importancia .

Sin embargo, ahora, al escribir estas líneas, pienso que bien pudo ser cierto, sobre todo después que noté que Felipe se encrespaba las pestañas.

JAIME DE GUEVARA

Como relatamos en El Conejillo de Indias, el profesor Jaime de Guevara era una especie de mago, que se ganaba la vida leyendo las cartas Tarot. Era un hombre que tenía una personalidad atrayente y enigmática.

El profesor Jaime de Guevara era oriundo de la ciudad de Valdivia.

La primera noticia de sus actividades como vaticinador data de 1957, cuando se anunciaba en el periódico local de Río Bueno ofreciendo sus servicios de doctor espiritual, conocedor de los misterios del universo y solucionador de conflictos amorosos.

Incluso, Jaime publicitaba talismanes, piedras astrales y unos elixires capaces de hacer que cualquiera, aun el más reacio... se enamorara perdidamente de quien se lo administrara.

Conocí el anuncio y supe esta historia porque un día le conté a mi amigo Alex que yo había ido con mi hijo a verme el Tarot con Jaime de Guevara, un señor que además daba clases de adivinación.

Resultó que Alex González, quien era un profesor del liceo en la provincia, era pariente lejano del tarotista de Guevara. Alex me dijo que el verdadero nombre de su pariente era Jaime Mariano Guevara, y que lo conocía desde niño.

Alex era maestro de filosofía, pero tenía alma de historiador y cuando encontraba algún personaje interesante rastreaba sus huellas en el pasado.

Mi amigo solía pasar tardes enteras en la biblioteca, actividad que le resultaba muy propicia por ser gratuita, leyendo libros que versaban sobre los más diversos temas, siendo uno de sus favoritos, los archivos de los diarios de su provincia natal. Fue así como se encontró con el anuncio de Jaime, lo fotocopió y lo guardó en su carpeta de curiosidades.

Contaba Alex que Jaime, desde muy pequeño, había mostrado inclinación por todo lo que fuera misterioso, principalmente por la capacidad de pronosticar el futuro, don que había conocido a su abuela mapuche, la cual era machi, es decir, curandera y mujer de sabiduría dentro de su comunidad.

Jaime había querido que la machi lo instruyera en su sabiduría y se fue a vivir con ella cuando tenía como quince años. Estuvo en la reducción indígena unos dos años.

La reducción se ubicaba muy lejos de cualquier centro urbano. Para llegar a ella era menester adentrarse por senderos apenas visibles para quien no fuera mapuche, en medio de cerros fangosos y cubiertos de vegetación virgen.

La vivienda de la abuela era una ruca o casa de paja, sin ventanas, redonda, con un techo cónico.

En el centro siempre ardían leños y brasas. En torno a esa fogata se ubicaban las camas, que eran de sacos rellenos con paja.

Este ambiente oscuro, con olores penetrantes, mezcla de hierbas aromáticas, caca de gallina, orines de perro, humo de la fogata y emanaciones del cuerpo humano, era propicio para producir o inducir un estado hipnótico. En tal estado cualquiera hubiera podido alucinar y hasta vaticinar sin problemas.

Pero, en el caso de la machi, no sólo era el ambiente, sino que ella realmente manejaba una cierta sabiduría y poseía poderes ocultos que Jaime no logró, según parece, adquirir, porque al cabo de un tiempo la anciana le dijo que se volviera para su

casa porque él nunca llegaría a ser sabio completo, quizás porque tenía parte de huinca, o sea, español en su sangre, o quizás *porque todo lo quería entender con la cabeza*.

Esto fue un duro golpe para el muchacho. Volvió a su ciudad natal y reanudó sus estudios en enseñanza media hasta que los terminó.

Sus padres estaban muy contentos con la aparente normalidad de Jaime, quien incluso accedió a estudiar técnicas de ventas y algo de contabilidad.

Pero pronto reanudó sus aficiones esotéricas. Algo de sabiduría había adquirido con su abuela machi y con este saber más su carácter comunicativo, enigmático y acogedor empezó a hacerse clientela entre algunas damas de la alta sociedad provinciana, quienes le pagaban bien para que les predijera el futuro.

Jaime se había introducido en el círculo de esas damas por ser amigo del hijo de una de ellas, quien le contó a su madre las habilidades de Jaime. Ésta, viendo además que el joven era de escasos recursos, organizó una reunión con sus amigas teniendo como amenizador al muchacho, quien les leyó el destino utilizando un Tarot que la dama poseía y vaticinó tan bien que fue contratado por varias señoras en forma permanente.

En enero del año 1960, contaba Alex, Jaime empezó a divulgar que había adquirido poderes sobre la naturaleza. Y para demostrarlo decía, por ejemplo: “Tiempo, te ordeno que llueva”, y llovía. También es cierto que en esa ciudad es fácil saber cuando lloverá, pues es lo que sucede casi todo el año, por lo cual Jaime empezó a buscar algo más convincente.

Fue así que en mayo de ese año Jaime citó a un grupo de personas a una demostración irrefutable de sus poderes sobre natura.

El 22 de mayo, día domingo, a las tres de la tarde, Jaime de Guevara se puso de pie frente a un conjunto de unas quince personas y en forma solemne ordenó a la tierra que temblara. Fue ese el momento en que empezó el terremoto de Valdivia, que fue el más grande que ha registrado la historia, con características de cataclismo, ya que la tierra se hundió más de dos metros, se salió el mar y los ríos cambiaron su curso.

Ese día, el profesor de Guevara quedó mudo. Sus padres trataron inútilmente de que recuperara el habla y finalmente los médicos recomendaron llevarlo al hospital psiquiátrico de la capital en el que estuvo como un año.

Alex no sabía cómo recuperó la voz y se alegró al saber por mi intermedio, que también había recuperado su carácter enigmático y sus profesión de tarotista.

LOS REFUGIADOS ECONÓMICOS

CUADRO PRIMERO. SITUACIÓN DESESPERADA.

Cuando Rehilando estudiaba en Alemania como becado por una fundación que ayudaba a estudiantes que habían obtenido calificaciones excepcionales en el mundo en desarrollo, se vio enfrentado a vivir algunas situaciones límites, de esas que difícilmente el ser humano puede soportar.

La noche de Año Nuevo llegó tarde a su departamento. Por esos días se encontraba viviendo solo, pues sus compañeros de habitación habían ido a sus ciudades natales a celebrar las fiestas. La administradora del edificio estaba en Francfort haciendo algunos trámites legales y visitando a su familia. Por lo tanto, no quedaba nadie que lo conociera en los alrededores.

Rehilando, si bien tiene un tipo europeo, no dejaba por ello de ser un extranjero en Alemania: un “auslaender”. Esto es peor que tener una enfermedad contagiosa, porque en ese país se le tiene horror a los extranjeros, los cuales, por el solo hecho de serlo, son objeto de sospecha.

Rehilando, cuando iba a abrir su puerta comprobó con espanto que no tenía las llaves e inmediatamente comprendió que se encontraba en una desesperada situación.

No sabía qué hacer ni a quién recurrir. Aún no dominaba el idioma alemán y no se le ocurría a quién dirigirse. Pasaban por su mente y a gran velocidad los peores pensamientos. En la desesperación cogió su bicicleta y empezó a pedalear sin rumbo fijo.

Al pasar frente a la casa de un estudiante, compañero de carrera y originario de Madagascar, con el frío calándole los huesos, el miedo en el corazón, y el hambre de un día sin comida, una voz interna le dijo que tocara la puerta y lo hizo.

Lo que podía suceder era incierto, pues ignoraba las costumbres de Fano Racotobe, el madagascareño, el cual con su aspecto imponente, su color negro marrón y sus ancestros caníbales, era lo menos acogedor que el destino podía poner en el camino de un joven americano criado en la hospitalidad del sur del mundo. Pero, la voz interna era la de su hermana y su hermana no se equivocaba.

El negro asomó con precaución su cabeza grandota por la ventana y le preguntó qué le sucedía. Rehilando, con el escaso francés que dominaba le dijo varias veces que había perdido su llave y todo lo que ello implicaba. Tenía el miedo en el rostro.

Entonces Fano abrió la puerta y lo acogió con gran afecto. Allí paso esa noche de año nuevo conversando con Fano, mitad en francés, con algo de castellano y mitad en alemán.

Bebieron vino, compartieron una cena de sabor extraño y hablaron de sus respectivos países. Algunas lágrimas corrieron por las caras de estos dos refugiados del dinero y la raza. Algunos cantares africanos y americanos entonaron esa noche, con voz ronca de nostalgia.

En otra oportunidad, caminando por la calle principal de la ciudad donde se ubicaba el centro universitario, encontró al negro marrón que lloraba amargamente, sentado sobre sus dos maletas.

No es común en esas ciudades deshumanizadas e hipertecnificadas, que alguien se preocupe de una persona en problemas.

Entonces, Rehilando sin preguntar nada lo tomó por los hombros y lo llevó a su departamento.

La solidaridad fluyó en recíproco sentido.

CUADRO SEGUNDO. LAS CENIZAS DEL ABUELO.

Rehilando compartía su departamento con un cantante de rock del norte de África de la tribu de los maiga de Níger, cuyo nombre era Abdalai, y con Esteban, un español que vendía artículos ópticos.

Los muchachos estaban teniendo problemas con Abdalai, pues era de costumbres indeseables para la convivencia.

Era sucio, hacía una comidas de olores nauseabundos, él también olía mal y para colmo no pagaba las cuentas.

Vivía un poco drogado y eso lo hacía ser torpe y mentiroso. Solía alucinar diciéndole a Rehilando que todos los blancos eran demonios y especialmente él por tener sangre americana y por la capacidad que tenía Rehilando para leer el futuro en las cartas tarot.

Es probable que Abdalai no le haya robado nada a Rehilando ni tampoco invadido más su privacidad, porque le tenía un poco de miedo por ser un demonio especial.

Rehilando, muy sabiamente, le fomentaba la creencia para sentirse protegido de las invasiones de Abdalai y su grupo, pues el negro solía llevar a todos los roqueros a dormir en su pieza, y porque también acostumbraba a andar con un revolver que, según Abdalai, le serviría para matar a quien se atreviera a atacarlo, especialmente los skiner o cabezas rapadas que andaban destripando extranjeros.

Pero en el último tiempo, Abdalai había perdido el miedo y cada día se ponía más peligroso.

La noche que Rehilando llevó a Fano, Abdalai estaba particularmente agresivo pues sospechaba que lo querían echar del departamento.

Sin embargo, cuando vio al negro de Madagascar se apaciguó.

Fano entró al departamento y después de mirar fijamente a Abdalai, le dijo una especie de plegaria gutural muy larga y muy lenta. Era una categoría de palabras melódicas de tono muy bajo que tuvieron un efecto tranquilizante en Abdalai.

Luego Fano sacó de su maleta un frasco pequeño, de cristal, que contenía una especie de arena café y ceremonialmente lo colocó sobre una mesita.

Acto seguido hizo una serie de reverencias hincado delante del frasco y le dijo a Rehilando que ése era su abuelo, cuyas cenizas él llevaba por el mundo para protegerlo a él y a la gente de corazón puro. Y que como Rehilando pertenecía a este tipo de personas no debía tener ningún temor.

Abdalai salió en silencio con un rostro atemorizado y no volvió.

Las cenizas actuaron benéficamente, pues desde ese día todo empezó a marchar bien.

Fano estaba muy agradecido de Rehilando porque cuando éste lo encontró llorando en la calle, estaba sin tener cómo vivir en Alemania, ni tampoco tenía cómo volverse a su país. Además, en su patria no lo iban a dejar entrar sin el título de planificador regional que con tanto sacrificio le había costeado su gobierno.

A Rehilando no le quedó muy claro por qué lo habían despedido del trabajo que le permitía vivir y cubrir los gastos que el estudio requería, pero igual lo ayudó hasta que Fano terminó su carrera y pudo irse con su gran título a Madagascar.

Pocos días después de la partida de Fano, Rehilando recibió un paquete por correo que traía el sello del Primer Ministro de Madagascar.

Dentro venía una bellísima estatuilla de marfil, una estera de piel, todos los dólares que le debía, algunas monedas de oro y un pasaporte de gracia con el cual Rehilando podría, cuando quisiera, ingresar a Madagascar.

Además, el pasaporte le otorgaba un rango especial por haber sido benefactor de ese país a través de la ayuda prestada a su Primer Ministro, Fano Racotobe.

Rehilando volvió a su país y asumió un puesto gerencial en el Ministerio de Bienes Nacionales.

Al comienzo tuvo dificultades de adaptación a este cambio tan radical de existencia.

Allá, en Alemania, era un estudiante y a pesar de todos los duros momentos que vivió, ser estudiante le daba un registro de libertad.

Pero con el tiempo se fue sintiendo bien.

Estaba haciendo cosas a las que encontraba importantes, había vuelto a participar en las actividades del Club para la Reconexión del Tejido Social, al cual había pertenecido desde muy joven, ganaba un buen sueldo y pronto llevó una hermosa mujer a vivir con él.

Cierto es que no olvidó jamás a Eva, la polaca, la cual fue el gran amor de su vida, pero Isolda, su nueva compañera, era alegre, poco posesiva y se llevaron bien.

Este relato tiene un final feliz, pues el joven doctor había logrado hacer de su vida un producto de sus intenciones, había aceptado la muerte de su hermana (aunque no la comprendió totalmente nunca) y había aprendido que nada permanece, que todo cambia y que la vida, como decía Heráclito, es siempre nueva y siempre la misma como los ríos que van a dar a la mar, cuyas aguas se renuevan incesantemente y que nadie vuelve a beber del mismo río.

LAS FOTOGRAFÍAS

1. A VECES, UNA ALEGRÍA INMENSA ME HA SOBRECOGIDO.

Cerca de mi casa, en la hacienda cordillerana, había un estanque muy profundo de agua cristalina rodeado de hortensias azules y rojas.

En las tardes calurosas me sumergía y nadaba hasta lo más profundo, donde vivía la culebra de ojos chicos, el gran sapo verde como el jade, tres o cuatro pececitos dorados, dos truchas, cuatro gouppis de cola de mariposa y muchas flores subacuáticas.

Allí me sentaba a jugar con ellos y a conversar los temas importantes para cada uno.

El sapo se preocupaba de los zancudos y siempre regañaba porque habían pocos. La culebra lo miraba con sus ojillos insidiosos y le decía que no fuera tan exigente y que bien podía estar agradecido de vivir allí como un príncipe, recibiendo las migas de pan que yo les llevaba, pudiendo además croar todas las noches, no dejando dormir a nadie en la comarca y sin temor a que viniera el cisne de cuello negro y se lo comiera, como le pasaba a las ranas del pantano.

Yo le recordaba a la serpiente que desde tiempos inmemoriales, es decir, muy antiguos, las ranas y los sapos se quejaban de todo y que incluso hubo unas ranas y unos sapos famosos que empezaron a molestar a Zeus cuando éste era dios principal, y lo molestaron tanto que Zeus les envió una gran higuera que creció en el centro del pantano, para que las ranas y los sapos la honraran como a una reina.

Y tenía que contarles siempre la historia completa, pues al gran sapo se le olvidaba.

La cosa era que al final, el supremo dios del Olimpo se enojaba y les mandaba a las ranas y sapos molestosos y regañones, una cigüeña o una grulla o un queltehue que se los comía de dos en dos.

A la serpiente se le ponían los ojillos brillantes de tanto reírse del gran sapo y jururaba que había sido una tatarabuela de Jade la que más clamó al dios (las culebras de agua de estanque dicen jururar y no jurar).

Entonces el gran sapo, enojado, se ponía a lamentarse de tener como compañera a una Sierpe tan dañina que, seguramente algún día, se iba a enroscar en mi tobillo y me iba a hacer daño, asegurando que todas las culebras eran traicioneras.

Eva, la señora de Adán, le había contado a sus antepasados toda la traición que la primera culebra le había hecho.

Ahí Jade contaba toda la historia del paraíso y como la narraba en forma entretenida nadie reclamaba, ni siquiera Sierpe quien era la aludida y deshonrada.

Los peces se alineaban en círculo alrededor de Jade y escuchaban atentamente, moviendo sus aletas silenciosas y dejando que los rayos de sol que se filtraban hasta esas honduras, hicieran brillar sus plateados y esbeltos cuerpos.

Cuando alguna de las truchas quería hablar no faltaba el gouppy que le recordaba que no abriera la boca porque era muy sabido que por la boca morían las truchas.

Entonces yo, para ser justa, le decía que no sólo las truchas sino todo pez.

Luego yo recogía algunas flores y, como ya empezaba a oscurecer, subía nadando con elegancia a la superficie del estanque.

2. A VECES, HE CAPTADO UN PENSAMIENTO LEJANO.

En el parque de suave césped que rodeaba la mansión, habían pavos reales, loros y faisanes. Los faisanes servían de plato principal cuando venían las autoridades.

Por eso cuando llegaban vehículos dorados ellos tiritaban y pretendían esconderse o disfrazarse con plumas de pavo real.

A veces les resultaba, y al cocinero japonés no le quedaba más remedio que cocinar pavos o gallinas corrientes y lanzar lamentos en su idioma.

Pero aunque no se le entendía, todos sabíamos que decía que eso le pasaba por vivir en tierras de salvajes que no eran hijos del sol como él y que algún día ellos, los japoneses, los verdaderos seres humanos de la Tierra, se vengarían y se llevarían a sus islas todas las riquezas del planeta.

Mientras hablaba se le ladeaba el gorro y se ponía del color del marfil. Apoyaba una mano en lo alto del marco de la puerta de la cocina que daba al patio trasero y la otra la ponía en la cintura, como bailarina de flamenco.

Los otros empleados lo escuchaban y luego le pedían que cantara alguna canción de su patria. Ahí dejaba de regañar y mientras desplumaba algún ave, cantaba unas canciones de lo más cómicas para nosotros los salvajes, pues sonaban como sirenas de bomberos.

Los perros aullaban sentados debajo de los parronales y la Juana, que era ayudante del cocinero, les llevaba grandes vasijas con leche para que se callaran y dejaran cantar a don Jioto, pues si no lo hacía**,** le quedaba de mal gusto el guiso.

Todo esto sucedía a distancia de los oídos de mis padres y de sus invitados, pero a los empleados no les importaba mi presencia pues sabían que yo no les diría nada.

Detrás de la casona se extendía el bosque de árboles tan verdes que de lejos se veían azules.

Al final del bosque vivía un gringo meditante en una choza que había construido él mismo.

Cuando llegó, hacía varios años, le pidió permiso al papá para instalar allí su centro de meditación. El gringo tenía cara de ángel y era muy flaco.

Al papá le pareció inofensivo y le dijo que bueno, y además le quiso construir una pequeña casita, pero él no aceptó por ningún motivo asegurando que formaba parte de su camino de penitencia y búsqueda de la eternidad confeccionar él mismo todos los objetos, techos y cazos de su uso personal.

El gringo se llamaba Bob Honke y había sido ingeniero de una fábrica de armamentos, por lo cual, en la segunda guerra y en otras guerras puntuales, como la del Golfo, se había enriquecido enormemente.

Su única hija había muerto a causa de un disparo en Japón. En realidad, nunca le pude entender bien la historia pues cuando me la contaba se ponía a llorar y el poco español que hablaba se hacía incomprensible.

Parece que ella había ido a conocer oriente y estando en Hiroshima, en el parque de la paz, un francotirador la hirió en el cuello y no hubo fortuna que pudiera salvarla.

Había agonizado treinta días en los mejores hospitales, había sido llevada en jets, helicópteros y ambulancias, pero la vida se le fue en un río de sangre por la yugular.

El Bob, a pesar de estar bien distante, escuchaba los cantos del cocinero japonés y se sentaba en las espinas más duras, con las piernas cruzadas en la posición de Buda y los ojos cerrados, diciendo que ésa era su justa penitencia por haber fabricado armas y que también la muerte de su hija era su culpa, pues el creador así lo había castigado.

Don Jioto desconocía la historia del gringo ya que todos habían tenido buen cuidado de no contarle nada, pero intuitivamente, el cocinero detestaba al ermitaño, y la Juana, quien era muy humanitaria, tenía que ir a escondidas a llevarle algo de comer al “flaco”, como le decían los campesinos del lugar a Bob.

Por otro lado, la Juana le había hecho fama de milagrero al ermitaño y junto con llevarle los mejores guisos hechos por Jioto, le rezaba y le pedía ayuda y protección asegurando que ya le había hecho varios milagros.

Uno había sido salvarle su vaca clavela que estuvo empastada y a punto de reventar, otro, encontrarle un aro de oro y plata que se le había perdido y que apareció en el soufflé de salmón que se estaba comiendo la mamá y que casi le quebró un diente, y otro, que el Lucho, su novio, hubiera vuelto después de dos años de ausencia.

Con tal fama el gringo empezó a engordar, pues muchas otras campesinas le llevaban alimentos y regalos.

También le empezaron a tejer chombas y frazadas y a escondidas le arreglaron la choza, cuando el penitente andaba descalzo por las piedras del río.

Éste, que vivía bastante ido, sumergido en su mundo interno de sacrificio y penitencia, casi no se dio cuenta de que su vida estaba siendo bien cómoda y siguió convencido de que llevaba una existencia de privaciones.

Lo que no le pudieron aliviar sus adeptas fue el martirio de escuchar los cantos del cocinero, pues el gringo los escuchaba siempre, incluso en las noches, cuando Jioto dormía.

3. A VECES, ME HE ADELANTADO A HECHOS QUE LUEGO SUCEDIERON.

Yo le había dicho a la Juana que en el Arcoiris iba a haber un atropello, cosa que la buena mujer puso en duda, por lo improbable.

Como a diez kilómetros de distancia de la hacienda estaba el pueblo Arcoiris o Lugar del Arcoiris.

Era un villorio de unos tres mil habitantes, pero tenía de todo: bomberos, policía, un hospital, dos colegios, uno público y otro religioso, al que le habían puesto Nuestra Señora del Arcoiris Divino, según el cura para contrarrestar el nombre pagano del pueblito, una Plaza de Armas con la estatua de Arturo Prat al centro (Nadie sabía qué relación guardaba este héroe suicida y marino con el pueblito cordillerano, aunque en este país, no hay plaza que no tenga un busto de Arturo Prat. Esto se debe, según dicen, a que al ministro del interior un sobrino que se las daba de escultor le vendió cuatro mil bustos del héroe, obteniendo grandes ganancias. A su vez, el ministro corrupto e hipócrita, utilizó los bustos como publicidad, haciéndose el benefactor y donando para cada campaña política, un busto por pueblo. Pero esto es otra historia muy larga para un paréntesis, así es que volvamos al cuento.), un prostíbulo que se llamaba “Donde las Rajadiablos”, un restaurante y fuente de soda grande, llamado El Oriental, con ventilador, un bar que hasta vendía whisky, máquina de café expréss, sillas tapizadas en felpa roja y una rocola (máquina para tocar discos) que tenía música clásica, boleros, salsas, rock y música japonesa que había regalado don Jioto una noche que se fue a emborrachar al pueblo.

También había un regimiento y una parroquia, instituciones defensoras de la estabilidad de los ciudadanos, pues el párroco defendía la sensatez espiritual que estaba

muy debilitada, y el comandante, capitán del regimiento**,** la soberanía nacional, por encontrarse el Arcoiris muy cerca de la frontera.

Un día hubo en la calle principal del pueblo un atropello, lo que causó gran conmoción pues era el primero del que se tenía noticia.

Una carretela con caballos golpeó a una señora que andaba con un saco de harina al hombro, dado que no pudo ver por el lado donde llevaba el saco y por el cual venía el carro que la embistió. La mujer quedó tendida y sangrante.

Acudieron en su auxilio y al mismo tiempo, los bomberos y los policías en sendos vehículos de rescate nunca usados antes, y cuando los policías pretendieron subir a la herida a su ambulancia, los bomberos se lo impidieron diciendo que ellos habían llegado primero.

De palabra en palabra se empezaron a enojar y a insultarse. Finalmente se trenzaron a puñetes mientras la pobre mujer se levantó como pudo y se fue sola tambaleando al hospital.

En tanto, la gresca iba en aumento, pues el pueblo entero se dividió entre los partidarios de los bomberos y los que estaban a favor de los policías.

El párroco era bombero, así es que no sólo no actuó de pacificador, sino que arremangándose la sotana le dio un puñete al primer policía que tuvo por delante, lo que vio el cuñado del apuñeteado, quien a su vez le pegó al cura.

El regimiento, por fin, hizo algo útil, pues el capitán salió a la calle con un montón de militares y a golpe de fusil puso término al conflicto. Además, decretó toque de queda y metió al calabozo hasta al alcalde, quien también era bombero.

Ese día el capitán del regimiento bautizó la plaza principal del Arcoiris con su nombre: “Plaza Eliseo Pérez Quilapán”, con lo cual quedó muy orgulloso, aunque después la llamaron Plaza Pérez, lo que en este país es lo mismo que plaza anónima, pues Pérez hay miles.

CUARTA PARTE. EN SUBIDA. COLOR CAFÉ Y AZUL.

ANILLO DE PARES

(Cuento escrito con ALEJANDRO COPLEY y dedicado a él.)

Yo había puesto una hoja web explicando cuáles eran las actividades que el Club de personas aisladas desarrollaba en mi región.

Me correspondía coordinar las actividades de difusión del Club y consideraba muy importante los contactos entre las personas, en cualquier lugar; esto incluía también el ciberespacio.

Hacía varios días que mi publicación estaba apareciendo y no había recibido ninguna respuesta.

Todos las mañanas chequeaba, con impaciencia, mi correo electrónico con la esperanza de que alguien hubiera leído la hoja web, la que me parecía como esas botellas que antiguamente las personas lanzaban al océano, con una nota en la que se pedía que quien la leyera escribiera a tal o cual dirección, diciendo dónde, cómo y cuándo la habían encontrado, para ver en qué dirección se movían las corrientes marinas. Yo creo que ansiaba ver en qué dirección se movían las búsquedas de las gentes navegando en el ciberespacio.

No sé qué pasó, pero una mañana llegaron, de golpe, veintiséis cartas que me decían diversas cosas relativas a lo que yo había escrito.

De esas cartas, me resultó muy interesante una que venía de Tucumán.

Esa carta la firmaba Juan Carlos, un hombre que también se dedicaba a las actividades de reconexión entre seres humanos y de restauración del maltrecho tejido social en que vivía la humanidad.

Me resultó muy simpático que me preguntara si yo usaba la trompita o la cuevita como sistema nervioso y me gustó su postura de colaborador instantáneo.

Exactamente su mensaje decía: “Decíme, qué tipo de sistema nervioso te tocó. Con trompita o con cuevita”.

Y agregaba: “Estamos en el Norte de Argentina y cualquier cosa que necesiten, estamos a su disposición. Bien por la página web, aunque sería bueno cambiar la foto de vez en cuando”.

Las otras cartas felicitaban y pedían, ninguna ofrecía, o bien sugerían que mejor nos dedicáramos a algo productivo.

Estas últimas tan irrespetuosas fueron sólo dos y no las respondí.

Al día siguiente le escribí primero a Juan Carlos y también a todos los que contestaron, pero debo confesar que puse mayor interés en lo que a él le escribí.

En mi carta empleaba el estilo que se ha ido plasmando en nuestros mensajes electrónicos, que es una mezcla del antiguo estilo telegráfico con el epistolar más algunas bromas, para hacerlo más liviano y amistoso y para no ser acartonados y aburridos, y le decía más o menos lo que sigue:

“Juan C., ¡hola!, gracias por escribirnos.

“Contesto tus interrogantes:

“Me comunico con la trompeta, la cuevita electrónica no la conozco.

“No hemos cambiado la foto de la web porque aquí se puede hacer cada seis meses.

“Actualmente, en el Club la cosa resulta fluctuante en esta ciudad, pues viene siempre alguien nuevo a las reuniones de los viernes y alguien desaparece por un tiempo.

“Me dedico también a escribir en la prensa y hacer comunicados radiales, epocales y no epocales, relativos a las actividades del Club.

“Tenemos ganado un buen espacio en comunicaciones y como ahora nos vamos a incursionar en la asquerosa política y llevamos candidatos en toda la provincia, la radio y prensa sirven mucho.

“Bueno, por el momento eso sería todo, quizás te he escrito un mensaje demasiado largo y aburrido, pero tu opción es leerlo o no.

“Ahora en la reciprocidad misma, espero tu historia”.

A vuelta de correo Juanca me contó parte de su vida en la que pude apreciar su espíritu abierto y su generosidad, pues quien más cuenta más entrega.

En su carta se mostraba un hombre muy inteligente y al mismo tiempo, candoroso. Era el tipo de persona que a mí siempre me había fascinado.

Su relato decía: “Y como para ir entrando en tema, te cuento que llevo ya quince años por estos lados.

“Vengo del hippismo, del ateísmo militante y de la búsqueda de la respuesta a todas las preguntas...

“Conviviendo en las montañas con una mujer muy hermosa y un poco loca y merced a un cóctel de técnicas energéticas, devocionales, ascéticas y químicas, alcancé esa experiencia que yo andaba buscando y que me hirió como el rayo...

“Por primera vez en mi vida ‘supe, vi, entendí, sentí’.

“Un profundo amor por todo lo existente surgió en mí.

“Me parecía increíble que las personas que habitan este planeta no se dieran cuenta de que estaban vivos.

“Quería ir a dar la buena nueva...

“Por suerte mi compañera logró hacerme desistir de semejante despropósito.

“Pero después, lentamente comencé a bajar de esas alturas hasta llegar a honduras insospechadas por mí.

“Ahí es cuando ingresé al Club, loco como una cabra y con una energía que me llevaba fácilmente a la desproporción.

“El anarquista que vive en mí hacía de las suyas y así pase de coordinador en coordinador.

“Seguía siendo un aprendiz de brujo, ahora con un poco más de manejo, pero de proceso hacia la verdadera comunicación, todavía, ni hablar.

“En el año 88 en Buenos Aires conocí a mi actual coordinador dentro del Club, Rubén, quien era tan anarco como yo.

“Fue una de esas ocasiones extrañas donde todo confluye.

“Él había decidido formar, dentro del Club, un grupo especial y a su alrededor comenzó a juntarse toda la "basura" que metía ruido en todos lados, los difíciles... algunos dinosaurios, las rarezas como el Lojus S con su temática y lenguaje vinculado a lo astrológico... pero siempre teniendo como objetivo restaurar el tejido social y la comunicación.

“Lo impresionante es que en ese delirio, comenzamos a cambiar. De tropiezo en tropiezo empecé a entender qué era lo que estaba haciendo.

“En esos tiempos, el prestigio me impulsaba con fuerza y Rubén aprovechó mis cualidades relacionantes -prestigiosas- y me alentó a aglutinar gentes en talleres multitudinarios.

“Pero algo pasó, no tuve muy claro qué fue y de súbito se desarmó todo lo hecho.

“Pero si algún atributo tengo de fábrica, es la permanencia. Aunque en ese entonces era más el convencimiento de que si me salía de la acción a la cual me impulsaba el Rubén, perdería toda posibilidad... ni siquiera tenía muy claro de qué.

“Así las cosas, comienza la etapa de talleres, que, como para darles un nombre, en ese entonces se llamaron: ”talleres para la formulación del proyecto personal y social de comunicación”.

“Conecté en ese entonces con un figurón de la Universidad y con él nos introdujimos en el ámbito universitario.

“En realidad era aplicar el método a la formulación del proyecto, y eso comenzó a crecer.

“Bueno, fuimos aprendiendo, puliendo, intercambiando, procesando...

“Y así surgió el primer grupo.

“Con una condición muy difícil: Un "maestro" (Rubén) y un secuaz (yo) que quedaba a cargo del grupo.

“El secuaz era autoritario, pedante, grandilocuente, malhumorado, climático, machista, posesivo y cínico.

“El grupo... todas mujeres... incluyendo a mi pareja, que ahora era otra.

“Pero ya se comenzaba a notar una fuerte diferenciación con el resto del Club.

“Nosotros nos dedicábamos a hacer trabajo interno, autoconocimiento, relajación, etc. Convocábamos a números importantes de gente.

“El grupo me cuestionaba fuertemente y el Rubén en una jugada magistral decretó la autogestión, es decir, nadie era el orientador. Me encontré incluido como par entre las mujeres. ¡¿Te imaginas?!

“Pronto me bajaron los humos.

“Pero mientras tanto seguí perfeccionando lo que después se transformó en un taller llamado La Queja, el cual es muy útil para lograr una buena comunicación con los demás.

“Entonces, después de casi seis meses de inactividad, cerca de Marzo de 1994, una chica del Club se acercó solita.

Y comenzamos a reunirnos con una consigna: generar un ámbito de intercambio no estructurado, alrededor de la lectura y discusión de algunos materiales, los días domingos, con el pretexto de comer un asado...

“Rápidamente empezó a funcionar.

“Y lo mas extraño fue que empezó a participar gente y comenzamos a sentirnos bien y a pasarlo bien.

“Y basándonos en eso que Einstein decía: ‘Un problema no puede ser resuelto en el mismo nivel de pensamiento donde fue creado’, empezamos a pasear nuestros impedimentos comunicacionales por distintos niveles de pensamiento”.

Así fuimos manteniendo con Juanca una comunicación cotidiana durante más de un año, en la cual nos íbamos contando la existencia e intercambiando materiales y descubrimientos.

Lo sentía muy cerca, leer sus mensajes me daba ternura y alegría y cualquier suceso de mi vida me empezó a parecer incompleto si no lo comentaba con él.

Muchas veces me ayudó con sus observaciones muy certeras y otras tantas logró enseñarme a mover el punto de vista.

“A diario -le escribí un día- toco la trompetita pensando si habrás escrito.

“Te siento como si estuvieras a mi lado y has pasado a ser parte de mi vida, ¿será que en el ciberespacio nos corresponde el mismo hilo luminoso o la misma fibra?. Pasan cosas.”

El me respondió: “Sí, pasan cosas. Desde el sur de Chile hasta España...

“Desde el norte de Argentina a Italia rebotando en Gales, para aterrizar en Nueva York...

“Es este sentimiento que crece y se expande...

“Ese descubrir que humanizar es humanizarte en ese cotidiano intercambio con todos los que nos rodean”.

Yo me refería, en realidad, cuando le hablé de la ubicación nuestra en el espacio cibernético, a eso y a algo más: “a una forma de existencia electrónica en ese espacio donde la comunicación se transforma en un hilo de partículas eléctricas o electrónicas y van tejiendo una especie de red alrededor del planeta y donde, ¿quién sabe?, algún día podríamos viajar transformados en brillantes ríos de átomos”.

Alguien muy sabio me había dicho que nuestras conexiones en el ciberespacio crecían día a día, como mil flores que iban floreciendo en todo su esplendor.

En ese espacio éramos absolutamente libres, podíamos decir lo que queríamos, sin censura, podíamos movernos a la velocidad de la luz, podíamos realizar nuestras más profundas aspiraciones, etc.

Yo sentía, pues, que era importante estar conectados allí para poder encontrarnos y no perdernos en los millones de hilos entrecruzados, si lográbamos ingresar algún día.

Esto se lo comuniqué a mi amigo, pero no le dio importancia o no lo creyó.

Pasaron algunos días hasta que recibí la siguiente noticia de Juanca:

“Te cuento que voy a salir de línea por unos días, ya que me operan de urgencia por cálculos en la vesícula.

“Desde el martes estuve retorciéndome de dolor, y cuando fui al médico, me dijo: o te operas ya o te tengo que traer de urgencia en 48 hrs.

“De manera que hasta pronto...”

Yo, rápidamente, y pensando en su operación, le respondí que aprovechara la experiencia de la anestesia para alcanzar otro nivel de conciencia, pues cuando estuve anestesiada por mi operación de cáncer, tuve experiencias extraordinarias que me hicieron sentir flotando en medio de esferas brillantes que giraban una danza eterna, mientras yo me iba acercando a la luz más brillante y a la voz más amada.

Esa noche me dormí pensando en Juanca, sintiéndolo muy cerca, viendo su rostro sonriente, su barba un poco descuidada, su brillante mirada azul, su voz cálida (esa voz que escuché cuando lo llamé por fono para preguntarle qué había pasado que no escribía y me contó que estaba con problemas en su servidor), sus manos fuertes y todo su magnético ser.

Decidí ir a encontrarme con él en la próxima convención anual del Club, a la cual asistían de todas partes de la Tierra.

A las tres veinte de la mañana se encendió inexplicablemente mi computadora y emitió su habitual sonido de inicio, campanas y campanitas.

La habitación tenía un inusual tono dorado, a pesar de estar en la semipenumbra, y flotaba en el aire un suave perfume a oxígeno y cordillera.

A las tres veinte de la mañana, según supe después por su esposa, Juanca había muerto de un paro cardíaco producido por la anestesia.

Me levanté lentamente sintiendo la piel electrizada y una sensación desconocida y me acerqué despacito a la pantalla.

Mi corazón estaba invadido de amor y sentía ondulaciones crecientes en todo el cuerpo.

En la pantalla de un color azul intenso, estaba escrito con letras doradas y centelleantes:

“TENÍAS RAZÓN, AMALIA, AQUÍ TE ESPERO. UN BESO.

“JUAN CARLOS”.

Esa noche se encendieron todos las computadoras de mi ciudad y al día siguiente, apareció en el periódico la noticia como algo sobrenatural, porque además, en las pantallas se leyó “ama la realidad que construyes y ni la muerte detendrá tu vuelo”.

SILAR, LA LOCA

Llevaba recluida mucho tiempo en esta habitación. No tenía claro desde cuándo estaba allí, en esa pieza de muros blancos con un gran espejo, donde me miraba con extrañeza.

Veía una mujer de larga cabellera color castaño claro, de una edad algo indefinida, menos de cuarenta, más de treinta, de mirada dulce y triste. Pero no me reconocía, y aunque sabía que ése era mi cuerpo, no podía encontrar mi continuidad con el pasado.

Una noche que no podía dormir, empezaron a resonar en mis oídos unas palabras, que se repetían cada vez que trataba de dormir:

"Cuando alguien como él levanta una barrera de luz, ni por más sutil que sea tienes que aceptar que hay un límite y que no siempre se puede alcanzar la región más pura y transparente".

No podía recordar a qué me refería al repetir esas palabras, ni tampoco lograba desentrañar su significado...

Los rayos del sol de la tarde cayeron dentro de mi habitación. Miré por la ventana y vi una bandada de gaviotas pasar chillando su llamado marino.

El cielo se iba oscureciendo lentamente, asomaban tonos rosados, rojos y amarillos en el horizonte.

De pronto escuché una voz profunda y acariciante que provenía del pasillo.

Entró la enfermera a anunciarme que tenía visita.

Entonces apareció en mi imaginación, en forma nítida, el rostro de un hombre moreno, de profundos ojos negros, sonriendo con sus labios sensibles y finos, con una sonrisa asimétrica, pero que no tenía burla en ella, sino afecto.

Entonces recordé a Luis y recordé que la barrera de luz la había puesto él, con mucha firmeza y mucha suavidad, cuando se dio cuenta de que yo lo amaba.

Y yo me había empecinado en comprender a ese hombre maravilloso y del cual no esperaba más que unas pocas horas cada día.

No había experimentado nunca la emoción que producía Luis.

Era algo absolutamente desconocido para mí.

Trataba de describirla con tanta vehemencia, que no me daba cuenta de que estaba hablando en voz alta:

"Era como recorrer los bosques más hermosos, las cascadas más sutiles, era como volar sobre las nubes, y sobre un mar de olas muy blancas, deshaciéndose en encajes plateados y salpicados de diamantes brillando, estrellas deslizándose, planetas azules, verdes, violetas y blancos.

"Era como ir nadando entre gotas de rocío en flores matutinas, era como respirar el aire de montañas recortadas sobre un amanecer interminable y era como tocar una sola mariposa desplegando sus alas doradas y escarlata sobre el mundo dormido y en paz".

Luis y el médico me escuchaban atentos y me sonreían afectuosamente.

Había intentado en vano encontrar la forma de que mi amor se ajustara milimétricamente a lo que él me permitiera y de que yo pudiera soportar esa emoción sin quebrarme o disolverme en la nada.

Lo veía en las mañanas a la hora del cafecito, en el casino del Instituto, donde ambos trabajábamos y nos poníamos a revisar el avance de la investigación que

realizábamos juntos y cuyo objetivo era un misterio, solo conocido por los directores planetarios.

Era un proyecto multidisciplinario. Trabajábamos científicos de todas las especialidades y de diversas regiones, con los cuales nos reuníamos periódicamente y nos comunicábamos por televideo.

A mí me correspondía detectar, mediante el manejo de los más sofisticados y complejos equipos, las reacciones biológicas y químicas que se producían a nivel molecular cuando el voluntario recibía algún tipo de emoción, y había tenido bastante éxito.

Yo misma me había conectado los electrodos y todas las complicadas ramificaciones de las microscópicas fibras latenciales en los puntos que ya habíamos establecido como los que mejor detectaban las variaciones y que, de alguna manera, correspondían a una antigua enseñanza de oriente que los llamaba “chacras”, logrando así, cuando recibía emociones, precisar si se trataba de alguna emoción de agrado, de pena, de ira, etc., sólo con la lectura que arrojaban los medidores.

En una oportunidad me situé al lado de Luis con los detectores puestos y eso fue lo que no debí haber hecho nunca, pues los resultados eran absolutamente extraños, no se ajustaban a ningún esquema conocido ni predecible y no coincidían con nada de lo que era esperable proviniendo de un ser humano.

Era por eso, por lo que no podía entregar los resultados, válidos para todos menos para él.

Percibir las emociones de Luis era “como volar sobre las nubes y sobre un mar de olas muy blancas, deshaciéndose en encajes plateados y salpicados de diamantes brillando, estrellas deslizándose, planetas azules, verdes, violetas, índigos y blanquísimos, era como ir nadando entre planetas, o entre gotas doradas y escarlata sobre el mundo dormido y en paz”.

Los altísimos niveles de desagregación de lo que le sucedía al voluntario a nivel molecular, cuando emocionaba y cuando recibía emociones, había permitido a los que trabajaban en el programa concluir algo que hoy es muy sabido pero que entonces fue un gran descubrimiento:

Es más veloz la transmisión de las emociones positivas, pues la máquina humana, en esos casos, trabaja en óptimas condiciones. Es decir, está diseñada solo para producir y recibir ese tipo de emociones.

En síntesis, no existen emociones negativas y por ende, todos esos lamentos amorosos, todos los celos, furias y nostalgias provienen de sensaciones corporales, o del mal uso del intelecto.

Solo me faltaba que Luis se prestara de voluntario para corroborar la hipótesis.

Hoy, sola en la clínica, todavía busco una respuesta. Luis jamas aceptó ser voluntario.

Todos los otros, hace mucho tiempo que validaron la hipótesis y publicaron los resultados.

Yo me encontraba allí suspendida en el tiempo, esperando no sabía qué.

CUENTO CLIP

A Juan.

Observando lo que a mi amigo le gusta ver en la TV, me llamó particularmente la atención algo que el Juanfe llama video-clip.

El Juan Felipe tiene diecinueve años y es lo que se podría llamar el prototipo de la desorientada juventud de hoy.

A esta juventud se la considera sospechosa de todo. Por el sólo hecho de ser jóvenes, algo chascones, uniformados de blue jean y parka y más bien con aspecto tímido, como conejitos asustados y ojitos un poco enrojecidos, pues duermen de día, viven de noche y consumen algo de marihuana.

Es esa juventud que pasó casi toda su vida en la dictadura.

Vacíos de ideales, sumergidos en una sociedad inhumana que sólo se interesa por los seres humanos en estado de ser explotados en beneficio de los grandes capitales, estos jóvenes sienten que nadie los entiende y que ellos tampoco entienden nada ni les interesa.

El Juanfe es alto, rubio, muy atractivo y simpático, y a pesar de que siente que yo, por mi edad, soy de otro planeta, tiene la gentileza de conversar conmigo y de hablarme algo de sus intereses y gustos musicales.

El video-clip es una canción acompañada de una serie de imágenes que muestran, a veces, asociaciones más o menos obvias y relativas a la letra de la canción, y otras imágenes totalmente confusas y sin ninguna ligazón.

Es un nuevo arte. El arte de la desestructuración de la realidad en la cabeza de la gente.

Una mujer rubia está tendida en una cama, casi desnuda, se retuerce, entre voluptuosa y adolorida. Su cuerpo empieza a despedazarse y los trozos sanguinolentos van cayendo por una escalera mecánica que llega a un subterráneo. Entonces, aparecen varios hombres encapuchados y semidesnudos que con un látigo golpean unas rosas mientras un niñita antigua se columpia plácida bajo unos árboles.

La misma rubia de antes, aparece cantando sentada en un baño público y luego en una caseta telefónica.

Los encapuchados dando brincos por encima de unas ovejas despavoridas, arrojan mermelada de frutilla a unos oficinistas que van saliendo de un avión, dentro del cual la rubia rompe los vidrios de un gran edificio con los tacones de sus zapatos, mientras continúa su canto.

El Juanfe se desliza con armonía por la ladera del volcán. Con elegancia y destreza llega al final de la bajada y detiene su veloz carrera. Yo lo observo con mis prismáticos desde el balcón del hotel.

Se ve tan hermoso, tan elegante y, sobre todo, se ve absolutamente feliz.

Yo había venido también a esquiar y estaba en la terraza del elegante hotel conversando con unos amigos cuando el muchacho se nos acercó para saludarnos con su sonrisa tímida y encantadora. Al reír se le formaban dos hoyuelos en las mejillas.

Cuando su madre, la Amalia, mi amiga de toda la vida, quedó embarazada, me llamó con mucho miedo para decirme que iba a tener otro hijo. Ya tenía tres más, el mayor de

dieciséis años y el menor de doce. La Amalia se sentía incapaz de enfrentar otra maternidad .

A sus treinta y seis años consideraba un gran riesgo un nuevo parto. Además ya no recordaba ni cómo amamantar a un bebé.

Pero sus principios no le permitían abortar a la criatura, por lo cual siguió con su embarazo adelante.

Yo me dediqué a acompañarla y a apoyarla como pudiese. Pasé casi todo el tiempo con ella, por lo que cuando nació el Juan Felipe, también lo sentí como hijo mío.

El Juanfe, sentado frente a la computadora me dice que está grabando mensajes en los que con voz acariciante repite: “que se enamore de mí la mujer que escuche esa canción”. Asegura que su voz será oída solo por el canal alfa y desarrolla toda una teoría de seducciones subliminales.

La Amalia y yo estuvimos durante todo su embarazo leyendo los Fragmentos de una Enseñanza Desconocida y tratando de practicar las enseñanzas de Gurdjieff, para lo cual ambas ejercitábamos la no identificación, el stop y también el espiritismo, con el cual Gurdjieff no estaba de acuerdo para nada, pero que a mí me atraía mucho, por ser de resultados más espectaculares.

Con todo esto a la Amalia le volvió el sonambulismo y ese fenómeno extraño que le sucedía y que nunca he podido explicarme.

Ella se sentaba muy quieta a escuchar canciones y de pronto se ponía radiante y luminosa, mientras que sobre ella caían finísimos copos de nieve.

Algo debe haberle influido al bebé que estaba en su vientre, pues desde muy niño sólo ansiaba ir a la cordillera y el único deporte que realmente le entusiasmó fue el esquí.

Cuando la Amalia murió yo me lleve al Juanfe a pasar el mayor tiempo posible en la nieve.

Poco antes de irse, mi amiga me dijo que yo debería cuidar del alma del Juanfe, porque la gente iba a estar cada día más bruta y más loca y nadie iba a preocuparse del desarrollo de lo de adentro y pronto, por las calles, iban a andar sólo cuerpos vacíos.

Agregó que el niño era un niño “nuevo” (lo dijo con mucha solemnidad), y que ese niño no estaba repitiendo nada, que cada momento de su existencia se estaba haciendo y creando por primera vez.

“También es preciso que tú no permitas que nadie le impida ir a la cima del volcán cuando sea el momento de su encuentro con quien debe encontrarse” -y agregó, como adivinando mis dudas - “él solo deberá conocer su señal, pues es una señal nunca antes vista por los hombres, es una señal de luz, es nueva, yo tampoco la conozco”.

Mientras ella me decía estas palabras, el niño, que andaba correteando con su perrito alrededor de nosotras, cazó al vuelo una mosca y la observó detenidamente, luego la tiró por la ventana sin dañarla. Recién después que se tendió en la alfombra a jugar con un transformer, me di cuenta que resplandecía como si emitiera luz y se veía transparente.

El día del parto nos fuimos con la Amalia a la clínica y solamente le avisamos a José, el esposo.

En el pabellón quirúrgico donde le practicaron cesárea cayó una gran cantidad de copos levísimos de nieve y también hubo una lluvia de pétalos de jazmín.

Los médicos no dijeron nada del fenómeno, porque ellos ven sólo la realidad misma, lo que según ellos es razonable y niegan lo demás, porque no lo entienden y no les interesa lo que no produce dinero.

Las luces de mil colores giran sobre la pista de baile. Rayos láser se entrecruzan sobre los bailarines formando líneas de luces verdes y violetas que chocan entre sí y se multiplican en ondas, triángulos, círculos, etc.

La música tiene mucho ritmo y predomina la batería, sobre todo los sonidos metálicos y su intensidad sobrepasa los 300 decibeles, o quizás más, y un joven vestido de cuero negro, con adornos plateados y cadenas, canta como gritando y sufriendo. Por su pecho desnudo corre el sudor y su pelo largo se pega a su cara también mojada.

Las chicas de vez en cuando chillan y aletean mirando al cantante, pero después retornan a su pareja.

En medio de la pista de baile el Juanfe baila con una muchacha alta, morena, de pelo larguísimo y brillante. Se mueven con mucha elegancia y fácilmente se diferencian del resto de los bailarines.

El Juanfe parece acariciar el suelo y luego salta como si volara haciendo un giro completo en el aire. La chica ríe y lo besa con ternura. Ambos se esfuman en el fondo oscuro de la disco.

El padre del Juanfe era un hombre violento.

Fuimos a la hacienda a caminar por el bosque de pinos. La sombra era tierna y dulce. El aire duro, tibio y vitalizante tenía un exquisito perfume a oxígeno, tierra húmeda, pinos y claveles distantes.

Yo me senté donde todavía los rayos de sol podían atravesar el follaje y el Juanfe continuó internándose por el bosque con su grupo de amigos. Transcurrió la tarde, los amigos volvieron y el Juanfe no venía con ellos. Los muchachos asustados me dijeron que él les había dicho que se volvieran antes porque debía quedarse solo un tiempo.

Yo los tranquilicé, aunque también me dio miedo, pero al dirigirnos a la casa sentí la voz de Amalia que me decía que el joven estaba haciendo lo que debía.

En la oscuridad se ve la cabeza dorada del joven con los ojos cerrados.

Juanfe estaba sentado con las piernas cruzadas, como un Buda, sobre el suelo cubierto de hojas, en lo más profundo del bosque.

Su pelo rubio recibía luz lunar y brillaba en la oscuridad. También brillaban miles de luciérnagas que volaban atraídas por ese rayo de luna que caía sobre el muchacho. Éste tenía los ojos cerrados y una expresión indescifrable. Había un gran silencio y el aire estaba tibio y perfumado.

Juan se sentía en medio de una gran planicie vacía, y absolutamente sola, donde todo era ausencia. Estar allí para él era algo normal y registraba una gran tranquilidad. También percibía una necesidad de esperar en calma.

Como el joven estaba por primera vez en el tiempo, cada cosa, cada situación de su vida, le había producido la misma sensación de novedad, curiosidad y extrañeza. No sentía miedo a lo desconocido porque él no conocía nada.

Su primer contacto con el aire lo había experimentado con fruición y rojo de excitación. Por tal novedad gritaba con todas sus fuerzas, pues así sentía mejor cómo sus pulmones crecían y se encogían al llenarse y vaciarse.

La leche que le dieron a beber le pareció de sumo interesante y la saboreó muchísimo rato antes de tragarla.

Más tarde sus manos fueron objeto de minucioso estudio y pasaba largo rato moviéndolas y mirándolas.

El tacto delicadísimo le suministraba informaciones espectaculares y pronto empezó a rechazar cualquier ropa que no fuera muy suave. Debió usar sábanas de seda, frazadas de costosa cachemira, pañales de gasa muy tenue.

Además, su piel blanca y casi transparente se irritaba con gran facilidad.

En ese espacio desgarrador permaneció tranquilo. La sensación de inestabilidad del lugar le recordaba una tarde en la que fue a un parque de diversiones y se subió a un disco que giraba en distintas direcciones, se inclinaba y volvía girar.

No había allí referencias, ni espaciales ni temporales. Sobre su cabeza se estaba insinuando un hueco negro y circular que succionaba su corazón.

Tampoco le dio importancia. Él únicamente atendía a la certeza de estar en el mejor tiempo y el mejor lugar para una espera sin sobresalto.

Por el horizonte se inició la salida del sol. Y este amanecer fue un impacto para el Juan Felipe, pues con la nueva luz llegaba una realidad deslumbrante que jamás había visto en sus jóvenes mañanas.

En cada hoja, en cada flor, en cada molécula, percibía un orden maravilloso. Y todo estaba fluyendo en una sola dirección plena de sentido.

Comprendió de golpe el porqué de la vida y el porqué de toda existencia. Supo absolutamente que ya no navegaba entre apariencias y que todas sus acciones eran significativas.

Veía, en el espiral por donde se deslizaba, que se iban abriendo incesantemente dos opciones, una oscura y otra nítida y que él estaba, en todo momento, optando, eligiendo entre el atractivo abismo y el esfuerzo de sobrepasarlo en estético vuelo.

Juan abrió los ojos y se encontró en su soleado dormitorio, en su cama suave y abrigada ...

Sobre su mesita de noche humeaba una taza de café con leche.

En ese momento, sin saber por qué, recordó algo que Amalia le solía decir: “Toda contradicción invierte la vida, comprometiendo el futuro de quien la padece y de aquellos que están en contacto con ese agente transmisor de infortunio”.

Con entusiasmo se levantó y se vistió con terno azul, corbata, muy formal, recordando que ése era el día de su graduación como doctor en ingeniería ambiental.

Mentalmente empezó a repetir lo que diría en su síntesis final: “la hiperurbanización de las capitales es una patología que afecta a prácticamente todos los países latinoamericanos. En tal sentido, la inexistencia de centros urbanos de segundo orden, en Chile, imposibilita la generación de economías externas urbanas que podrían condicionar un desarrollo armónico.

“Esta hiperconcentración de actividades en un punto, con la concomitante desutilización de amplias zonas geográficas, conlleva a lo menos dos grandes dificultades para la integridad y el desarrollo.

“Estas son: la desestructuración y la pérdida de identidad de algunas regiones, lo que hace que se pierda una visión de sistema o conjunto.

“El segundo gran problema se refiere a la superación de la capacidad de carga de los ecosistemas, la que ya en ciertos umbrales no es superable por la vía del uso de ‘tecnologías limpias’.

“La Ingeniería Ambiental ofrece respuestas dentro de ciertos rangos de utilización de los recursos naturales de una región, pero llegado a un cierto punto, se hace imposible continuar con un crecimiento de las zonas hiperurbanizadas sin un grave riesgo de deterioro de la calidad de vida”.

A estas alturas Juan Felipe se estaba mirando al espejo y terminando de peinarse.

Reconocía su imagen y percibía que su rostro había experimentado un cambio, pero no lograba precisar cuál era.

Frente al público, en el escenario, recordó su antigua desolación e inseguridad de aquel día en que egresó de la enseñanza media. Le vino a la memoria la cara de su madre y su expresión de orgullo y alegría. Una suave y breve nostalgia cruzó su corazón, pero de inmediato recordó también que Amalia le había dicho al morir: “hagas lo que hagas, hazlo bien”.

Miró a sus profesores, a sus hermanos, a su novia, y con mucha tranquilidad expuso su trabajo final.

“La concentración de actividades en un punto del país constituye una ineficaz utilización del territorio. En tal sentido, Santiago de Chile ocupa un 2% de la superficie del país y concentra un 40% de la población. En la capital se consume un 85% del gasto público y se invierte un 70% del total de los recursos destinados a ciencia y tecnología”.

“Una región se interpreta como un sistema que contiene dos subsistemas: uno socioeconómico y otro ecológico. Esta unidad territorial debería ser aprovechada en forma integral y armónica.

(El Juan tomó con suavidad el pequeño pingüino y lo llevó al barco para limpiarlo, pues estaba cubierto de petróleo. Nunca olvidó la expresión de asombro del pequeñito cuando lo miró desde el agua, una vez que ya estuvo limpio. Luego el pingüino se alejó nadando y se fue haciendo diminuto, hasta desaparecer en la distancia azul del mar.

Tampoco olvidaba el niño moreno que se ahogaba no pudiendo respirar el aire contaminado de la megápolis y la loca carrera en auto, con su hermano para llegar al hospital, mientras él le iba haciendo respiración boca a boca).

“... implicaría un inicio de soluciones ambientales no curativas, como son las posibles de aplicar en un sistema hiperurbanizado, sino estructurales, como sería una industrialización armónica de todo el territorio nacional, con la concomitante de la óptima utilización de recursos naturales, la casa del ser humano, y la no contaminación de ningún tipo utilizando desde un comienzo todos los recursos técnicos necesarios para evitarla.

(Estaba allí en esa aula magna y al mismo tiempo recorría blancas cumbres cordilleranas, plenas de armonía y pureza. De alguna manera quienes lo estaban escuchando percibían que ese joven, más allá de lo que decía, estaba transmitiendo una cálida acogida a todo aquel que la necesitara).

“Estas medidas suponen, por una parte, una elevación de los niveles de conciencia de cada ser humano responsable y, además, un esfuerzo conjunto.

“Un ejemplo de esto son los incentivos a las empresas pequeñas en las regiones, que utilizando la mano de obra y recursos naturales locales, generan empleos y posibilitan una opción de desarrollo regional, que sitúa al ser humano como lo más importante”.

Había terminado su exposición. Lo que se reproduce aquí son solo trozos de todo lo que dijo.

La gente lo escuchó con gran atención y muchos sintieron que un aire fresco de vida y cordillera inundaba el salón de conferencias.

QUINTA PARTE. FANTASÍA VERDE.

EL REY TUCU Y TEGUAL

Una india americana pidió permiso para visitar el futuro, porque soñaba con el rey Tucu y ansiaba conocerlo.

Las indias americanas podían viajar en el tiempo si les daban autorización. Eran las indias del sur, de muy al sur, donde la cordillera pasaba nevada, blanquísima, donde los árboles vivían 4000 años y donde el cielo era maravillosamente estrellado y el aire completamente transparente.

A Tegual le gustaba tenderse en el césped, en las calurosas noches de verano, y mirar las estrellas titilando, brillantes, misteriosas en su continuo cambio de colores, del violeta al azul, y luego al carmesí y al verde.

Una vez cruzó el cielo negro una línea luminosa y entonces su hermano le dijo que formulara un deseo y ella pidió conocer al rey Tucu o rey del norte que viviría miles de años después.

Fue por eso que le dieron permiso, porque le dijo a su padre, el Emperador de su tierra, que había visto la línea de luz corriendo hacia el norte.

Entonces fue, en forma de golondrina negra, al futuro.

No sabía dónde encontrar al rey Tucu, pero se dejó llevar por su corazón y por los vientos cordilleranos.

Algunos arrieros que la vieron comentaron que era extraño que una golondrina anduviera por partes tan altas y heladas, pero un arriero más viejo la conoció y dijo que era Tegual, una india, y no una golondrina porque la avecita era totalmente negra y solo las indias sagradas toman ese color de golondrina cuando vuelan en el tiempo.

Entonces Tegual pudo preguntarle al viejo por el rey Tucu.

Así se enteró de que este rey vivía en la ciudad sin saber su realeza y que cabalgaba en un ruidoso carro de fierro y no en huanaco.

El arriero, que era sabio, le señaló además por dónde ir y ella llegó hasta la ventana del rey.

Vio a un hombre de barba un poco descuidada durmiendo profundamente en una gran estera muy gruesa, que se llamaba cama, y se dijo que era tan tierno y bonito como lo había soñado.

Tegual tenía sed por lo cual debió ir a buscar una fuente y cuando volvió al balcón del rey lo encontró sentado con un niño en un asiento llamado silla y frente a una especie de altar llamado mesa.

Tegual necesitaba llevar una imagen del rey Tucu para mostrarla a su vuelta y para no morirse de pena por estar tan lejos en el tiempo de su rey del cual se había enamorado.

Ella podía guardar en sus pupilas algunas imágenes y después proyectarlas como hologramas, para lo cual necesitaba mirar concentradamente y con amor el rostro deseado durante siete mañanas.

No era fácil que la golondrina negra sobreviviera en ese ambiente tan contaminado, pero el amor es poderoso y Tegual lo logró.

Pasó grandes problemas pues el rey a veces dormía vuelto hacía donde ella no podía verlo y entonces ella tenía que arriesgarse y volar hasta tocar con dulzura la nariz del durmiente. Así, él se rascaba la cara, bostezaba y se daba vuelta.

Una de esas siete mañanas el hijo del rey vio a la golondrina y quiso guardarla en una caja de cartón, pero afortunadamente, Tegual voló muy rápido y escapó de las manitas del hermoso príncipe.

Finalmente transcurrieron los siete días y la golondrina tuvo que volver a su época.

Allí hubo grandes fiestas bajo las araucarias.

Todos se vistieron con las prendas doradas dedicadas a conocer hologramas de los futuros reyes del mundo.

Tegual se subió a la meseta en forma de pirámide trunca donde, de acuerdo con el ceremonial, se lanzaban los hologramas, y mostró a su gente el rey Tucu.

Hubo grandes exclamaciones de júbilo, danzas y banquetes.

El holograma fue objeto de alabanza y de adoración, pero al cabo de un tiempo lo fueron olvidando, hasta que se sumó al conjunto de hologramas que andaban por allí dándose vueltas y deambulando por los bosques del sur con cara de desorientados.

Tegual era muy enamoradiza y muy bella. Como ya dijimos, era hija del Emperador de la región Verde, donde no había cordillera sin nieve, donde los árboles vivían 4000 años y los indios Sagrados muchos más de mil.

Estos indios solían ir todos juntos a danzar en la playa en las noches de luna llena con el frío cubriendo de escarcha la fina arena, sin que por ello sintieran dolor o se les helaran los pies, a pesar de que bailaban descalzos.

En estas danzas ellos llamaban al huanaco marino, que era blanco y brillante para honrarlo y para formularle diversos pedidos. También le llevaban ofrendas que lanzaban al mar. Eran ramas del gran árbol finamente tramadas con flores amarillas del tulú, o bien unas especies de coronas de plumas verdes y rojas, que las aves parlanchinas dejaban caer desde los árboles, cuando llegaban a comer sus frutos.

En las aldeas de los indios sagrados había grandes hornos de piedra donde cada día cocinaban por turno y en forma de juego colectivo, distintos frutos y animales comestibles. Y nunca nadie se quedaba frustrado por tener que estar solo preparando el alimento.

Tegual era una mujer inteligente y ansiosa de conocimiento. Ella era la encargada de los tejedores y debía preocuparse de que se hilara la suficiente lana para el vestido de las indias, pero solía perder tiempo y crear algunos problemas con sus arbitrariedades amorosas.

Principalmente su padre, el Emperador, se estaba cansando de las veleidades de su hija, pues había muchos jóvenes en su aldea que la pretendían y que gustosos habrían creado una pareja con ella. Eran jóvenes valiosos y agradables a los ojos del Emperador, jóvenes que serían excelentes acompañantes de la princesa y buenos cuidadores y enseñadores de sus hijos.

Pero Tegual tenía la costumbre de enamorarse de seres del futuro, con los cuales soñaba y se obsesionaba.

La india hermosa había viajado ya una vez al futuro a conocer a uno de sus amados y había traído su holograma.

Había gastado, pues, uno de sus viajes trayendo al rey Tucu.

Al comienzo anduvo todo el día al lado del rey mirándolo con adoración. Lo llevó a conocer los lugares más bellos, le dio las mejores frutas, le ofreció los perfumes más delicados de las flores del chilco.

Todo esto en realidad era un juego porque bien sabemos que los hologramas, por muy perfectos que sean, no tienen intenciones y aunque beben, huelen, comen y besan es solo en apariencia.

Luego Tegual soñó con un sabio del mismo siglo del rey y fue tanto lo que se aficionó a su nuevo sueño que olvidó al rey y lo dejó solo vagando.

Pero su padre la recriminó diciéndole que era muy descortés e indigno de una india sagrada abandonar de esa manera a un holograma, pues aún no se sabía a ciencia cierta cuanto corazón tenían y bien podría andar sufriendo penas de soledad.

Había una cascada particularmente hermosa donde Tegual llevó, entonces, al rey Tucu para que no tuviera pena de soledad y para que se bañara, pues estaba algo polvoriento.

El aire de la cascada era dulce y las flores se dejaban caer por las laderas del agua.

Ella ansiaba que el rey le obsequiara una flor para aficionarse nuevamente a él, pero él jamás tenía iniciativa, lo cual no era raro porque los hologramas solo repiten una misma conducta, aquella que tenían cuando fueron traídos.

Este rey dormía casi todo el día y por las noches miraba con nostalgia las estrellas y parecía esperar algo.

Sin embargo, habían unas palabras que el rey repetía y que a la india le intrigaban mucho pues no alcanzaba a comprender cómo las cosas podían haber llegado a tal extremo, sobre todo porque el sabio con el cual andaba soñando también decía lo mismo.

El rey Tucu repetía: “Si las cosas marcharan en buena dirección, nosotros no formularíamos objeciones. Si los sistemas vigentes no hubieran fracasado adheriríamos a ellos con decisión, pero ya no confiamos en sistemas que han traicionado a la humanidad y han traído guerras en las que han muerto millones de seres humanos”.

Esto se refería, por supuesto, a la caótica época en la cual vivía en el futuro.

Otra cosa que le intrigaba era a quiénes nombraba el rey cuando decía “nosotros”.

Un día cuando Tegual vino al árbol donde dejaba al rey Tucu en las noches, sucedió algo imprevisto: el rey empezó a decir cosas nuevas que al parecer no traía el holograma.

Así habló, y lo hizo mirando a Tegual con sus ojos del color de la miel y de la avellana: “Nosotros somos los que tratamos de cambiar la dirección destructiva que lleva la humanidad. Nosotros tratamos de sentir queriendo lo que hacemos y de pensar en forma positiva.

“Y ahora no sé por qué siento que estoy aquí prisionero y que esta vida verde no es mi vida y también siento que alguien, en alguna parte, necesita de mí”.

Esto lo dijo el rey hablando desde el centro del pecho y con mucha convicción y tristeza. Entonces Tegual comprendió que por algún extraño mecanismo, quien le hablaba no era el holograma, sino el hombre del futuro. Además notó que en la frente del rey había una arruga nueva y que todo él se veía más viejo.

Esto no había ocurrido nunca en el bosque de los hologramas donde la suprema exigencia era que nadie experimentara sufrimiento y tampoco era prudente que tal hecho se divulgara o se produjera en otros hologramas.

Fue por eso que la india hermosa decidió devolver la imagen de su amado a su tiempo y no permitir que siguiera vagando un holograma que estaba empezando a volverse hombre.

Con gran esfuerzo se volvió golondrina negra y cogiendo el holograma en sus pupilas voló al siglo XX y dejó al rey Tucu durmiendo tal como lo había visto la primera vez, y como vino el día anterior, nunca llevó su holograma.

TANIA Y MOA

(Hologramas que andan vagando por los verdes bosques del sur del mundo.)

Ese día, Raní, allá en las tierras de los indios sagrados, llevó a su hijo Turik a conocer el bosque de los hologramas donde se impartía enseñanza a los jóvenes, porque éste ya tenía la edad necesaria.

Mientas caminaban le iba dando algunas explicaciones:

"Como a nosotros nos interesa conocer lo más posible al ser humano, estudiamos y observamos a los hologramas, pues en ellos se ven claramente y con mayor facilidad los cuatro o cinco personajes centrales que se constituyen en los hombres".

El primer holograma con el que se encontraron fue el de Tania, una mujer traída de la primera década del siglo XXI. Nadie sabía quién la había traído, pues no fue presentada en ceremonial.

"En el holograma de Tania -explicó Rani a Turik- arriba camina la sabia, con el oído atento a las indicaciones de los dioses. Y los dioses le dicen que enseñe todo lo que sabe a quien venga en busca de sabiduría.

"A la gente de su época casi nunca se le ocurre mirar ese personaje, lo que es una pena pues se pierden enseñanzas útiles y entretenidas.

"Un poco más abajo, por decirlo de alguna manera, se ve una mujer alegre, muy cariñosa, con un hermoso cabello casi azul muy largo y sedoso. Es una ayudadora, levantadora de ánimo, que muestra una acogedora sonrisa. Es sorda, por lo cual, muchas veces, no presta asistencia a alguno que corriendo detrás de ella, clama por un poco de alegría".

A Rani le gustaba muchísimo enseñar y por ello le explicaba también aspectos evidentes, como el color del pelo y otras cosas que Turik estaba viendo, pero a éste no le molestaba.

"Después, más abajo, Tania lleva una señora culposa y algo desubicada, a la que se le pierden los programas en la computadora y el arroz en la despensa.

"Esta Tania es difícil de conocer fuera de la situación en que vive la Tania real, pues aún no existen las computadoras ni las necesitamos, pues sabemos manejar las piedras hablantes del monte Negro; tampoco se usan las despensas en los bosques milenarios. Además, un holograma no come.

"De todas maneras, estas características son percibidas por los productores de hologramas.

"Descendiendo más aún está la mujer chascona, huraña y doliente, que se siente atacada y ataca. A esa nadie la quiere y por eso se esconde debajo de las camas y de los matorrales".

Los indios sagrados vivían en aldeas pequeñas y muy confortables. Eran los poseedores del árbol más verde del mundo y tenían algunos poderes que hoy sus descendientes han perdido.

Podían hacer florecer el chilco y cambiarle el color a cualquier cosa, podían encontrar agua donde quiera, sabían cómo mejorar el dolor de muelas y muchos otros dolores, hablaban con la mayoría de los pájaros y conocían varias épocas de la humanidad.

Uno de esos poderes les permitía viajar al futuro dos veces en su vida y coger imágenes en sus pupilas que después se podían proyectar como hologramas perfectos.

No era un poder muy práctico, pues los hologramas no hacían absolutamente nada rentable, pero sí entretenidos y a veces útiles pues, como dijimos al comienzo, era más evidente la múltiple condición interna en ellos, por lo cual los usaban para profundizar sus estudios sobre el alma, a la cual llamaban la Viajera.

Rami siguió caminando con su hijo por aquel paraje de imágenes un poco fantasmales. Todavía el sol estaba alto y no habían nubes ni viento. De vez en cuando comían unos frutos rojos, muy pequeños, llamados murtas y bebían de los arroyos cristalinos.

Entonces se encontraron con Moa, un holograma gordo, traído de un imperio caótico de fines del siglo XX.

De ese Imperio sabían que en él habían muchas y muy variadas creencias y religiones cristianas, budistas, musulmanas, mormónicas, etc., y diversas sectas y grupos satánicos, racistas, ambientalistas y de todo tipo y también había mucha drogadicción y mucha violencia.

También conocían que el dinero era el dios de esa gente y que despreciaban al ser humano, cosa que para los indios sagrados, era incomprensible.

A Moa lo había traído un indio que deseaba conocer más a fondo cómo es el ser humano que habita en tan desastrosa situación.

Al comienzo el indio estudioso había creído que Moa no era muy representativo de su época ya que tenía en su parte media superior un creyente que repetía sin cesar estas palabras sabias:

“Noble Camino Óctuple:

1. *Recto ver es comprender las Cuatro Verdades Nobles.*
2. *Recto pensar es libertad de deseo.*
3. *Recto hablar es abstenerse de hablar falso, excesivo y vano.*
4. *Recto actuar es no-violencia.*
5. *Recto vivir es no herir a ninguna criatura viviente.*
6. *Recto esforzarse es sobrepasar los malos pensamientos y mantener los buenos.*
7. *Recto concienzar es ser consciente de cada estado del cuerpo, los sentimientos y la mente.*
8. *Recto concentrarse es practicar la meditación”.*

Mas, en su parte baja, pronto descubrieron que Moa llevaba un morfinómano en franca desintegración y en lo alto vieron un personaje que ya no escuchaba las voces interiores y que había perdido toda capacidad para intencionar su vida.

Por ello lo tenían de ejemplo de un incoherente perdido del último imperio.

Como los indios sagrados eran justos siempre decían que era posible que el Moa real hubiera cambiado después de que lo trajeron, pues los hologramas finalmente eran sólo un ser humano fotografiado en un momento de su existencia.

Al Indio Sabio se le ocurrió que para ser pulcros en sus estudios y conclusiones sería interesante que se fuera a buscar al Moa de cinco años después.

El problema era que si bien muchos querían ir, ninguno quería traerlo y preferían, en todo caso, volver con alguien menos desestructurado.

Y como estos indios vivían mucho más de mil años, pasó mucho tiempo antes de decidirse quién gastaría uno de sus viajes en traer al Moa más viejo.

SEXTA PARTE. CUENTOS DE ALTURA. VIOLETA Y AMARILLO DORADO.

EL ECO DE LOS CANTARES DE CORDILLERA

Eran los primeros días de las flores, los inicios del tiempo sin frío. Era el tiempo de la bajada de los arrieros, cuando iniciábamos los cantares de cordillera.

En las altas montañas azules, donde pasé mis primeros años en el planeta Tierra, teníamos la costumbre de emitir armoniosamente canciones de cara al eco.

Así yo cantaba:

“Aquel querer de tormento, tanta fe, tanta esperanza, tanto amorío y juramento, lo llevó el viento, lo barrió el agua”.

Y el eco respondía:

”y el agua subió a las nubes, nubes, ubes, ubes”.

La canción podía ser ésa o cualquier otra que nos gustara mucho. Por lo demás, nosotros escuchábamos la música que queríamos, es decir, aunque el otro estuviera entonando distinta melodía, uno oía la que uno cantaba.

Entonces, si se mantenía el rostro levantado, mirando el más alto de los montes, hablándole a la montaña y emitiendo musicalmente lo que sigue:

“Como el castillo de arena, levantadito en la playa, fue aquel cariño, moreno, que me juraste en la playa”, y el eco respondía: “Y de las nubes cayó el cariño sobre mí y fue nieve y fue agua, gua, gua”.

Entonces, todos corríamos alegres hacia las vertientes y nos bebíamos el agua cristalina que caía desde las altas cumbres, llena del amor de todos los morenos o morenas, según fuera el caso, que habíamos amado y nos poníamos brillantes, como cristales tornasolados.

Nuestras vaporosas túnicas ondulaban con el viento y nuestros largos cabellos se desplegaban como alas de mariposas inmensas, haciéndonos sentir muy livianos y casi transparentes.

Así, una vez hecho esto, se podía danzar sin problemas, con nubes, con soles, con lunas y con callampas azules nacidas después de la lluvia bajo pinos verdes, verdes.

También uno podía sentir el corazón henchido de esa alegría sin fin que el verdadero amor hace crecer en el centro del pecho.

Como dije, era el tiempo de la bajada de los arrieros que venían de atravesar la gran cordillera, por el lado de la Viuda Blanca, junto al volcán Antuco y la Sierra Velluda, o Madre de la Viuda.

Ellos venían por una vereda muy angosta que bordea la laguna del “animal-humano-monstruoso-que-come-gente” y que se llama Laguna del Laja, trayendo sus animales de comienzo de primavera.

Y los arrieros, que eran sabios y que sabían oír, nos escuchaban gritarle cantares a la montaña y así se orientaban y bajaban por el buen camino y no se les perdía ni un solo animal y llegaban contentos a armar su campamento al lado del primer río y contaban sus historias y sus visiones.

Aunque no debemos hablar mucho de la parte luminosa y cristalina de nuestras existencias, porque El SEÑOR QUE SABE MÁS Y MÁS nos puso tal limitación, creemos que contar algunas de estas alegres canciones de cordillera nos está permitido, para que los relatos tengan algo de sol entre tantas penumbras, para que también aparezcan alturas y no sólo sótanos y tristezas.

Los arrieros, a la orilla del fuego, tomaban mate y una noche contaron la historia de la “Mujer que buscaba a su hijo en la cuesta del Loro”. Se trataba de una jovencita que se aparecía en el último recodo de la cuesta y, amablemente, preguntaba al viajero si había visto a su hijito, “el niño de oro”.

Si el viajero se asustaba y no le respondía nada, la joven le clavaba la vista y le hacía perder el camino. Pero, si por el contrario, le contestaba con buenas maneras, ella lo acompañaba hasta dejarlo en la bajada final, donde ya no se podía extraviar aunque el camino hubiera cambiado, cosa que sucedía muy a menudo en los pasos cordilleranos.

Otra noche, mientras comían charqui, hablaron de la Ciudad de los Césares. Uno de ellos contó que esa ciudad era brillante y que brillaba con luz amarilla, como el oro. Dijo que él la había visto flotar, desde lejos, cuando miraba atentamente hacia el sur, desde la cumbre más alta y al atardecer.

Habían habido algunos codiciosos que creyendo que era de oro de verdad, se habían ido a buscarla, pero nunca regresaron.

Pero cuando no se tenía codicia y uno veía esa ciudad ya nunca más se tenía miedo.

También algunos baqueanos contaban que habían visto a un joven moreno, muy alto, que vivía solo en una ermita.

Decían que era un gran sabio que estaba buscando el camino que lleva a la LUZ. Decían también que este joven era hermoso y que brillaba con luz propia, pero que todavía muy pocos podían verle, y que llegaría un tiempo en que todo el mundo lo podría conocer si es que las gentes aún tenían algo de ojos limpios.

Esa vez dijeron: “Y entonces habrá un eco real y ese eco se multiplicará... y serán tantos los ojos limpios que no se podrán contar en todo el universo”.

Nosotros, aunque conocíamos todas esas historias, siempre los escuchábamos con atención, pues a ellos les hacía bien ser escuchados porque no hablan casi nunca.

Después que los arrieros se dormían, nosotros cuidábamos el fuego echándole a cada momento piñas secas y perfumadas de pino, pues esa era nuestra labor principal, es decir, preocuparnos de que durmieran abrigados, perfumados y sin peligro.

Mientras hacíamos de guardianes de los arrieros y de la fogata, seguíamos bailando sin ruido para no molestarlos, haciendo una ronda alrededor del campamento y diciéndole a los leones que se mantuvieran alejados y que no dañaran nada allí.

Cuando se iban, volvíamos a los cantares y al juego con el eco, hasta que bajaban otros arrieros, los cuales, si eran de los que tenían oídos para oírnos, venían y eran objeto de nuestros cuidados.

Habían algunos arrieros que no nos escuchaban y esos a veces se perdían, o se caían a la laguna, o morían de frío, o eran objeto de los ataques de leones.

A nosotros nos daba pena, pero como no podíamos hacer nada, seguíamos alegremente nuestros cantares.

Después, cuando las noches se iban poniendo más largas y frías aunque seguíamos con los cantos, éstos se iban haciendo más suaves y nosotros nos hacíamos más lentos.

Entonces empezábamos a juntar frutos, semillas y hojas para secar, y esperar con ellas la llegada de la nieve.

¿POR QUÉ NO IR MÁS ARRIBA?

Yo andaba ensayando internamente las últimas canciones de verano. Eran la más apropiadas para las noches de luna llena y servían no sólo para cantarlas al eco en los faldeos cordilleranos, sino también para que los manzanos dieran frutas más dulces y abundantes y de un color rojo semicristalino que alegraba a los picaflores del jardín, a los caracoles, a las luciérnagas y a la Kali, mi perra boxer, dorada y fina, como estatuilla hindú.

Recién había conversado con Luis un poquito por teléfono y como siempre que lo hacía, mi corazón se dilataba tibiamente inundando de luz el patio y el huerto.

Al mismo tiempo, cuando hablaba con él, recuperaba la energía y la fe en algunas tareas semiabandonadas y así volví a la escritura de estos relatos que me hace sentir bien y me ayuda a ordenar mi confusión interna.

Lo había llamado desde el teléfono del dormitorio de mi difunta madre, la que escuchó atentamente la conversación y luego, con un suspiro susurrante me dijo: “Yo creo que sería bueno que buscaras un hombre responsable, tranquilo y sin mayores problemas, para que al fin te cases y me des un poco de tranquilidad aquí en mi última morada”.

Yo experimenté un ligero sobresalto pues esperaba que después de su partida me dejara un algo de autonomía.

Ella entendía, por alguna extraña razón, que si yo conversaba con algún amigo era siempre con fines matrimoniales.

Mi madre había aspirado toda su vida a que yo me casara con un agricultor o con un empresario y nunca había estado conforme con mis pretendientes porque todos tenían en común, según ella, el que eran medio locos.

Sobre todo le desagradaba Alberto, mi último novio, cuyo principal interés era salvar la especie humana, cosa que para mi madre era algo muy poco concreto.

Por otra parte, ella y mi hermano compartían la opinión de que no era necesaria tal dedicación, pues la humanidad estaba sin problemas, o bien, era imposible que alguien la salvara y, en cualquiera de los dos casos, era un trabajo inútil.

Entré silenciosamente en mi dormitorio y como siempre puse la música adecuada y empecé mi viaje hacía la cordillera.

Yo había aprendido este arte de salirme del cuerpo denso desde muy pequeña, cuando apenas iniciaba mi existencia en la Tierra.

Allá, en las primeras alturas cordilleranas, frente al volcán Antuco, me reunía con los otros, quienes me lo habían enseñado junto con el hada Azul, y nos sentíamos plenos de vitalidad pues bebíamos agua del manantial bendito y éramos libres como mariposas azules, o como gaviotas o como negras golondrinas de pecho blanco.

Esa ocasión, por vez primera, se me ocurrió que podríamos ir más arriba, a la más alta cumbre y de paso conocer al joven ermitaño del cual sabíamos por los relatos de los arrieros que venían cordillera abajo, orientados por nuestras canciones.

Entre tanto era preciso que el cuerpo más denso siguiera sentado junto al equipo de música, sentado en la cama y con pantuflas, en mi habitación, porque mi hermano Manuel me vigilaba celosamente desde que la mamá había muerto y decía que su único descanso sería el bendito domingo en que yo dejara la soltería y me casara como dios manda.

Y que en tanto eso no sucediese no le quedaba más remedio que cuidar a esta solterona medio loca para que guardara su virginidad, pues era lo único apetecible que aún podía ofrecer a algún potencial marido.

Y mientras mascullaba todo esto y muchas cosas más, solía asomarse a mi pieza para ver si yo estaba allí.

Lo curioso era que yo, a pesar de estar en las cumbres también lo veía a él cuando entraba al dormitorio y también lo escuchaba.

Me daba pena en cierto modo, porque Manuel se había vuelto regañón, es decir, viejo.

Cuando vivía en la casa grande me sentía orgullosa de poseer una mansión con todas sus partes.

Ella tenía un subterráneo, donde se lavaba la ropa, un primer piso, que era como la fachada, en el cual había por un lado un living inmenso y muy elegante que ocupaba todo el frente de la casa.

Por el lado posterior estaba la cocina, es decir, el reino de la cocinera y de los empleados, todos los reposteros y comedores de diario.

Luego venía un segundo piso, al cual se subía por escalera de mármol para llegar al comedor principal cuyas paredes estaban forradas en terciopelo rojo con incrustaciones doradas de flores de lis. También habían en ese piso otras diversas salitas de estar, de escribir, de pianos y de llamar espíritus, cosa que mi madre y mi abuelo hacían regularmente los días con r, acompañados por una serie de personas muy elegantes y refinadas.

Más arriba venía el tercer piso o piso dormitorio, al cual se llegaba por escalera de caracol y, finalmente, arriba estaba el altillo, al que la mamá llamaba también desván y al cual nos tenían prohibido subir.

Allí se accedía por una empinada escalerita de madera que mirada desde abajo se terminaba en una tapa de color oscuro.

Un día yo le dije a mi hermano que qué pasaría si llegábamos hasta arriba y él, sin contestarme, se puso a subir. Yo lo seguí sin vacilaciones y nos metimos en el prohibido reino de las alturas, llenos de curiosidad.

Encontramos un espacio muy grande y polvoriento, lleno de cajones y objetos en desuso, como una mecedora que había sido de la tatarabuela, un caballito de balancín, un reloj inmenso, de péndulo, muñecos viejos y libros.

Nos disponíamos a abrir un baúl cuando un siniestro aleteo nos puso los pelos de punta y una nube imprecisa se nos vino encima silbando. Era una bandada de murciélagos que se nos pegaban a la espalda. Sin saber cómo nos lanzamos escala abajo sin alcanzar a cerrar la tapa.

Yo pensaba que ahora me quedaba muy claro por qué no había que ir más arriba.

La casa se había llenado de murciélagos y la mamá decretó cacería y exterminio durante tres días, al cabo de los cuales recordó que era necesario darnos, a mi hermano y a mí, unos buenos pellizcones por desobedientes.

Finalmente todo fue para mejor, porque la mamá inició el embellecimiento del altillo, el cual terminó convertido en un mirador bellísimo, luminoso y lleno de plantas tropicales.

Allí estabamos mirando embelesados al joven ermitaño.

Contrariamente a lo que nos habíamos imaginado, el joven vestía con ropa moderna, parka, blue jeans, botas gruesas y gafas antiluz ultravioleta, pese a que entonces, aún no se hablaba del hoyo en la capa de ozono.

Teníamos grandes deseos de acercarnos a él, pero su postura nos impidió hacerlo. No sé exactamente qué percibimos en él pero el hecho fue que sentimos que éramos muy superficiales todavía y que aún no podíamos entenderlo.

Lo saludamos con grandes reverencias y gestos de respeto y reconocimiento y le danzamos unas breves canciones.

Él nos saludó levantando su mano y tres de sus dedos.

Todos sentimos una gran bondad y nos pareció bien ayudar a los arrieros y baqueanos. Nos pareció perfecto.

En ese mismo momento Manuel me preguntaba que a qué hora pensaba acostarme y al tratar de responderle, de mi garganta salió algo parecido al grito del águila, pero más suave y en mis pies cayeron tres copos de nieve.

Manuel no esperó mi respuesta, por lo cual no vio ni escuchó nada y se fue rezongando a su dormitorio.

Seguimos subiendo hacia la cumbre de la Sierra Madre de la Viuda y nos despedimos del hermoso joven moreno, alto, de sonrisa blanca y un poco asimétrica, con señales de mucho cariño y agradecimiento por ser el ERMITAÑO DE LA MONTAÑA QUE TANTO HABÍAN ESPERADO LAS GENTES AÚN SIN SABERLO.

El ascenso produce fatiga a cada paso, sobre todo cuando pesan los recuerdos, y yo no podía abandonar un antiguo rencor.

Sin embargo, al rememorar la expresión del joven de la montaña algo se alivianó mi corazón y pude seguir el paso de los otros. Ya muy arriba, casi al llegar al más alto recodo del sendero, divisamos al ermitaño que parecía volar, saltando de un lado del acantilado a la rivera opuesta, y digo rivera porque al fondo, muy al fondo, serpenteaba el río de mi ciudad, muy brillante, muy plateado y muy azul.

El joven se veía como un cóndor dorado. Fue la visión más hermosa y sobrecogedora de toda mi existencia.

No pudimos ascender más. El frío tornaba nuestros cantares quebradizos y el eco no nos respondía.

Corrimos montaña abajo mientras la nieve empezaba a pegarse a nuestras espaldas, como una bandada de pájaros blancos que nos perseguía en nuestra loca bajada.

En mi dormitorio apagué la luz y la música y me quedé tranquilamente dormida.

OLAS NEGRAS Y TRIUNFOS DORADOS

I.

Mientras miraba el gran monolito de acero, de muchos metros de altura, para que se viera de todos lados y para que no se lo llevara jamás el viento ni nunca quedara tapado por la nieve y además pudiera verse desde la Luna, que se alzaba en lo más alto de la cordillera, en ese glorioso mes de agosto, junto con todos mis amigos, sentí que estaba en paz conmigo misma, que todo tenía un sentido, y que gracias a ello ahora podía yo vivir ese momento.

Había miles de personas arremolinándose alrededor, venidas de todas partes de la Tierra.

Se había producido una verdadera locura en la provincia pues los hoteles no daban abasto. Pero como todo se hacía con gran entusiasmo y además se había planificado bien, las cosas estaban resultando de maravilla.

Calculamos que habían venido a la celebración más de cien mil personas.

Muchos llegamos trayendo casas rodantes muy lujosas y bien equipadas, con lo cual solucionamos bastante el alojamiento de quienes no encontraron en los hoteles. Prácticamente se levantó una ciudad nueva y movible en menos de una semana.

En carpas inflables en las que cabían cuatro mil personas instalamos comedores en los cuales se servían comidas de todas las culturas: árabe, china, japonesa, hindú, chilena, etc.

El día indicado en el gran anfiteatro al aire libre nos reunimos a escuchar a las autoridades, las cuales no saliendo de su asombro frente a tal avalancha de personas alegres, habían optado por sumarse al evento, llegando incluso a la osadía de insinuar que se trataba de algo organizado por ellos.

Finalmente, Luis subió a lo alto y una ovación que duró varios minutos lo recibió.

“Y habrá eco y el eco se multiplicará y seremos tantos que no se nos podrá contar”, fueron sus primeras palabras.

Y además dijo algo que sólo yo escuché: “Alguna vez te dije que era posible que me volvieras a ver, algún día”.

II.

Era una mañana espléndida de un verano en flor completamente abierta. El mar estaba fogosamente azul y el aire tenía sabor a oxígeno y a pinos. La arena blanca y suave acariciaba mi cuerpo casi desnudo, cubierto apenas con un minúsculo traje de baño verde calipso.

Con Alvaro Montes fue una atracción instantánea. Mi primo Enrique lo encontró en el quiosco de bebidas y como todos nos conocíamos, inmediatamente se notaba alguien nuevo.

Enrique era muy amistoso y le preguntó que cuándo había llegado a Olas Negras, que qué hacía, que de dónde venía, que dónde estaba su casa y todas esas preguntas un poco impertinentes que solía hacer mi primo cuando conocía a alguien por primera vez, y luego lo convidó a integrarse a nuestro grupo.

Alvaro me miró con sus ojos profundamente verdes y se sentó a mi lado, en la arena. Con su acento brasileño me dijo que yo era lo más preciosiño “do mundo”, mientras dentro de mí algo como miel se derretía y bajaba por mi garganta inundándome de un

calor dulce. Todo desapareció y solo vi esa cara dorada por el sol, ese cuerpo musculoso y fuerte, esa sonrisa magnética que le formaba un hoyuelo en la mejilla.

Las voces de mis primos y amigos se escuchaban distantes, también las olas y las gaviotas. Sólo Alvaro existía.

Escuché con mucha atención su historia.

Era dueño de un barco de turismo, tenía veintisiete años, y antes se había dedicado al turismo en la cuenca del Amazonas. Ahora venía a realizar un plan piloto de turismo contratado por el gobierno, por la costa central.

Me mostró su embarcación que se veía anclada en la bahía y era bellísima. Se llamaba Pirata.

Todos empezaron a hacernos bromas y a decirnos que bajáramos de las nubes, que estábamos en el planeta Tierra y otra serie de burlas por nuestra mutua atracción, bastante obvia, por lo demás.

Desde ese momento casi no volví a separarme de Alvaro.

Iba con él en cada viaje que el Pirata hacía y navegábamos con las manos unidas frente al timón. Él con su traje de capitán de fantasía, con botones y charreteras dorados, se veía como un príncipe de cuento. De esos príncipes que andan despertando con sus besos celestiales a las princesas dormidas.

La tripulación era muy cariñosa conmigo y yo me sentía princesa despertada y plena de alegría.

Al mes siguiente me fui a vivir con mi capitán y mi padre me dijo que desde ese momento yo era una extraña y que no volviera nunca jamás.

III.

Esa mañana desperté sobre la arena húmeda, sintiendo el fuerte oleaje muy cerca mío. Tenía frío, hambre y un gusto amargo en la boca.

Por un instante me invadió el pánico pues creí que nuevamente estaba herida y tirada en la playa por las olas después del naufragio de El Pirata.

Luego comprendí que estaba en otra situación, quizás aún más desesperada y triste.

A mi lado había un tipo rubio muy hermoso que roncaba suavemente y que en su mano aferraba una botella de pisco semivacía.

La fogata todavía seguía encendida, y tres o cuatro de los del grupo aún estaban despiertos y hablaban estupideces, riendo y fumando un cigarrillo de marihuana que pasaban de boca en boca. El resto dormía formando ovillos de tres o cuatro para darse calor mutuamente.

Poco a poco empecé a recordar mi vida y cómo había llegado allí.

Lo primero que vino a mi memoria, con mucho brillo e intensidad, fue la cara del joven que me habló esa tarde con su mirada profunda, que llegaba hasta lo más olvidado, hasta lo más escondido de mí y que me trasmitió una sensación de cariño casi olvidada. Sentí en todo mi ser el impacto de su presencia acogedora. En él no había nada de compasivo y en los que lo acompañaban tampoco.

Él me dijo que me quedara con ellos y me sonrió con una suerte de complicidad.

Una chica rubia un poco gordita me convidó un jarro de café y otra me dio pan con miel.

Me pareció que los jóvenes que estaban con él lo llamaban Luis y observé que lo trataban con cariño y respeto.

Yo venía caminando sola por las playas del gran océano, no sabía dónde ir. No quería regresar a la casa donde viví con Alvaro. Tampoco quería volver a la de mis padres.

Llevaba un bolso color té con leche, sandalias también de ese color, pantalones azules, blusa larga y un chal negro colgando del brazo. No tenía un centavo.

No recordaba muy bien si eso había sido ayer, pero por el hambre que tenía debió ser un día por lo menos.

Luis estaba parado sobre una roca y bromeaba con los otros. De pronto, como impulsado por un gran elástico saltó elevándose de una manera increíble y pareció suspendido en el aire mientras grandes olas salpicaban su cuerpo.

Hubo, entonces, un gran silencio, las gaviotas dejaron de chillar, el mar apaciguó su sonido, los corazones y la respiración se detuvieron, los cangrejos asomaron sus ojillos asombrados, los peces se detuvieron expectantes y el viento desapareció .

Luis cayó con lentitud sobre otra roca que estaba muy distante de la primera y saludó con la mano imitando a los trapecistas.

Después volvió a la playa y comenzó a hablar.

Todos le escuchaban atentamente mientras la tarde empezaba a caer y el sol brillaba en su espalda, con esos tonos dorados y rojizos que va formando en sus ocasos. Yo tenía frío y me encogí como una nuez junto a la chica gordita, que me arropó con su chal.

Poco o nada entendí entonces lo que Luis decía, pero recordé perfectamente sus palabras: "*Hemos hablado del perfeccionamiento de la acción válida, por la repetición de esos actos. Como para cerrar un sistema de registros de acciones válidas, hemos dicho: 'Si repites tus actos de unidad interna ya nada podrá detenerte'. Esto último habla no sólo del registro de unidad, de la sensación de crecimiento, de la continuidad en el tiempo. Eso habla del mejoramiento de la acción válida. Porque, es claro, no todas las cosas nos salen bien en los intentos. Muchas veces tratamos de hacer cosas interesantes y no salen tan bien. Nos damos cuenta que esas cosas pueden mejorar. También la acción válida puede perfeccionarse. La repetición de aquellos actos que dan unidad y crecimiento y continuidad en el tiempo, constituyen el mejoramiento de la misma acción válida. Esto es posible..."*

Yo pensé que últimamente nada me salía bien y sentí que tal como me encontraba no tenía fuerzas para hacer nada y menos aún para perfeccionar mis acciones.

Con mucha tristeza me alejé en silencio del grupo. No quería hacerlo, pero me sentí poco digna de quedarme con ellos.

Al irme distanciando me vino la clara sensación de que esto ya lo había vivido y de que nuevamente me estaba equivocando, pero continué mi camino compadeciéndome más que nunca. Entonces escuché la voz de Luis que me decía: "Algún día puede que volvamos a vernos". Miré hacia atrás sorprendida, pero él estaba muy lejos y en ese momento levantó una mano en la que tenía un objeto al parecer redondo. No pude distinguir qué era.

IV.

Íbamos todos los veranos, desde que yo recordaba, a Playa Blanca, donde mis padres tenían un campo llamado El Artificio, y una gran casa de veraneo, muy blanca, muy elegante, con forma de castillo con tres torres.

La torre más alta era llamada El Mirador y desde ella se divisaba toda la bahía, los veleros, como mariposas blancas, los grandes barcos que entraban y salían de los dos puertos cercanos, los botes de pescadores artesanales, muy solos, muy frágiles, que en las noches se veían como pequeñas hogueras opacas y flotantes, y que cuando la mar estaba brava, aparecían y desaparecían.

La casa pasaba todo el tiempo llena de amigos, música, desorden y alegría.

Para mí era una época emocionante pues me juntaba con mis hermanos y primos a los cuales no veía durante el año.

La consigna familiar que duró mientras mi abuela estuvo viva, era pasar el Año Nuevo allí y presenciar desde el mirador de la casa el espectáculo de fuegos artificiales que se realizaba en el puerto y que se veía perfectamente desde esa torre.

Era una verdadera fiesta de luces estallando en el cielo, como galaxias en expansión, como estrellas y cohetes espaciales naciendo del mar, como flores del color del arcoiris, abriendo sus pétalos inmensos y brillantes en el cielo negro de la bahía.

Luego, todos nosotros lanzábamos nuestras bengalas y se prendía una catarata de luces blancas en la cual se leía “¡Feliz año nuevo les desea El Artificio!”, escrito en colores violáceos, lilas y verdes emergiendo entre el agua luminosa de la cascada.

Cuando tenía unos doce años era muy compinche de un primo que se llamaba Enrique, y nos entendíamos muy bien para hacer toda clase de pillerías juntos y solíamos exponer nuestras vidas sin tener conciencia alguna del peligro.

Un Año Nuevo compramos a escondidas un montón de petardos, bengalas y bombitas. Pensábamos tirárselos a los otros primos cuando estuvieran desprevenidos.

Dejamos el paquete escondido en el suelo bajo el cerco de macrocarpas que rodeaba uno de los jardines y prendimos el primer petardo para hacer un ensayo, pero con tan mala suerte que cayó sobre el paquete haciendo que estallaran todos. Se empezaron a incendiar los pinos y a mí me estalló un petardo dentro del zapato, lo que me provocó dolores muy fuertes.

Mi hermana, con gran rapidez, me sacó el calzado, que era de terciopelo, y que se me había pegado a la piel, y me introdujo el pie dentro de un lavatorio lleno de alcohol.

Los papás y tíos daban gritos y órdenes contradictorias y mi madre clamaba diciendo que cómo era posible que usara alcohol para la quemadura que estaba en carne viva.

Pero resultó ser un remedio fantástico pues no solo me alivió el dolor de inmediato sino que al día siguiente ya estaba empezando a cicatrizar y a formar piel.

Ella lo había aprendido de un novio médico que veraneaba en carpa por esos días en la playa, y que estaba precisamente probando el efecto del alcohol sobre las quemaduras.

Con el Enrique nos arrancábamos a fumar escondidos a un lugar muy peligroso, pues estaba al borde de un acantilado y hacíamos equilibrio sobre ramas que se prolongaban en el vacío exponiendo, sin darnos cuenta, la vida. Íbamos allí porque a nadie se le hubiera ocurrido buscarnos en esa parte del bosque y porque desde ese lugar veíamos la playa y los patios interiores de muchas casas del pueblo y nos entretenía observar a la gente e inventar sus conversaciones.

Otra gracia que realizábamos con mi primo era nadar mucho más adentro de lo permitido, más allá del rompeolas. Así nos lucíamos como eximios nadadores frente al grupo de amigos y parientes.

El salvavidas era empleado de El Artificio, por lo cual no se atrevía a echarnos de la playa y nosotros abusábamos de nuestra posición.

Verano a verano aumentaban las aventuras que vivíamos con Enrique. Robarnos autos, meternos con el yate a la zona militar prohibida, lanzarnos en elástico en el Viaducto y en alas delta sobrevolar el mar de la bahía, son algunas de las que recuerdo.

Y llegó el verano en que empezaron los noviazgos de temporada. Entonces, disminuyeron los peligrosos deportes y empezaron los peligrosos amores, porque mi padre me habría castigado mucho más al verme de novia con un chico que si me hubiera visto nadando más allá de la boya.

Pero no vio ni lo uno ni lo otro.

Los viejos dormían casi todo el día y por las noches se iban a los casinos a tirar millones a la ruleta y los jóvenes andábamos haciendo lo que se nos ocurría.

V.

Pasaron dos años maravillosos.

Alvaro era buenísimo y nos amábamos tiernamente.

Llevábamos una vida feliz y gastábamos todo lo que ganábamos viviendo cada momento como si fuera el último de nuestras vidas.

Entonces, llegó el día de la catástrofe. Algo falló en El Pirata cuando volvíamos de la isla y naufragamos.

No sé cómo llegué a la playa. Después vinieron días de tinieblas en el hospital y finalmente supe que Alvaro había muerto.

Me lo dijeron las enfermeras con rostro triste y compasivo al salir del hospital .

Y sin saber qué hacer, me dediqué a vagar por el litoral, consumiendo cuanto alcohol y drogas que me daban o podía conseguir.

Esa mañana, desperté en esa playa y comprendí que quería vivir y que quería vivir de otra manera.

Volví a la casa de mis padres y junto con terminar mis estudios empecé una búsqueda desesperada de un sentido para mi vida, un sentido que ni la muerte pudiera destruir.

En estas condiciones me encontró un amigo que me llevó a un grupo que se dedicaba a la reconstrucción del tejido social y paralelamente a restablecer la comunicación de las personas consigo mismas y con los demás.

Gracias a eso hoy me encontraba mirando el monolito brillante y sintiendo una gran alegría y un profundo acuerdo conmigo misma.

VILLA ARMONÍA

(Donde se guarda lo por hacer.)

A Luis.

La casa se levantaba a orillas del lago esmeralda, el lago cuyas aguas eran las más puras y cristalinas del universo.

Estabamos viviendo nuestro más hermoso sueño, ése que aún estaba por suceder.

El gran living tenía ventanales que se abrían hacia la terraza. Desde allí se veía la playa, las embarcaciones y la cordillera de donde veníamos se recortaba al fondo, con sus cumbres blancas, sus laderas azules y nubes gruesas siempre cambiando, siempre viajando.

Luis acostumbraba a sentarse en el sillón de alto respaldo, cómodo, suave, tapizado en terciopelo verde, desde el cual se veía todo el paisaje y allí permanecía en silencio. En torno suyo se creaba una atmósfera de paz y de armonía. Cuando estaba así nadie habría osado molestarlo. Lo observábamos a la distancia y cuando empezaba a regresar nos acercábamos lentamente y entonces él solía sonreír y luego invitarnos a tomar un cafecito.

En ese momento era como que se reanudara la vida en la villa y todos empezaban a parlotear y a reír fuerte.

En verano se almorzaba en la terraza en mesas largas, siempre llenas de amigos, de risas y de desórdenes.

Allí había una barbacoa, y la terraza estaba decorada con dos fuentes que lanzaban chorros azules de agua de manantial, macetas de flores perfumadas y de colores increíblemente brillantes.

En invierno Luis se acomodaba junto a la chimenea y comentaba con los amigos las actividades que estábamos realizando en casi todo el planeta.

Nos gustaba sentarnos en el suelo a su lado, cosa que a él le hacía mucha gracia, pues nos decía que teníamos un armado mental antiguo, del tiempo en que las abuelas contaban historias a los niños, junto al fogón. Todos en cuclillas alrededor de la viejecita.

Y no se equivocaba, pues para nosotros escucharlo era como oír las más entretenidas narraciones, aunque a veces, eran informes numéricos y cosas así. Su voz profunda resonaba en nuestros cuerpos como si nuestras células respondieran armónicas a esa vibración melódica de sus palabras.

Un día comentaba algo que se había puesto en marcha hacía años, y que había dado buenos resultados:

“Cada seis meses presentábamos un proyecto, había quienes lo sentían como propio y nos acompañaban y lo desarrollaban y con ellos establecimos una relación de reciprocidad. Con quienes no lo hicieron, obviamente, no se pudo tener reciprocidad. Afortunadamente cada día van siendo más y más los que se suman y vienen con nosotros”.

Así se habían establecido muchas villas como ésta, donde los niños pequeños no habían visto jamás un guardia ni una llave, donde la propiedad privada no existía y donde las personas vivían libres, como en un gran parque, con mucho verde y mucho sol.

También se habían abierto complejos deportivos gratuitos, hospitales, colegios y habíamos ido reconstruyendo el tejido social adaptándonos en forma creciente a los cambios.

Todos recordábamos que hacía algunos años Luis nos venía diciendo muchas cosas que luego fueron sucediendo.

Así, por ejemplo, recordábamos una tarde de julio, lluviosa, cuando estábamos junto al fogón de leños rojos y perfumados. Tomábamos mate a la usanza campesina, pasándonos el barrilito de plata, con bombilla labrada del mismo metal, de boca en boca, y cantábamos "por el riel de acero va el tren al almendral, va corriendo, va corriendo con su chiqui, chiqui chá, con su chiqui, chiqui chá".

(Aquí es necesario que yo, como encargada de escribir esta crónica, diga que nosotros amábamos a Luis intensamente y que dábamos gracias en nuestro interior por tenerlo en la Tierra).

Al poco rato llegó Luis y se puso a tomar mate con nosotros y al cabo de unos momentos dijo lo que a continuación reproducimos y que se fue cumpliendo en el tiempo, tal como está dicho aquí:

"No es posible la estabilidad, todo se desestabilizará y habrá que dar respuesta de muchas maneras, maneras no conocidas.

"También será importante que estemos muy atentos cuando nos encontremos en determinadas situaciones. En ellas convendrá ver qué 'mecanismos mentales' las originarán. Tales situaciones no se producen porque sí, ni por los demás, sino por determinados mecanismos mentales que ponemos en marcha y que se conectan con otros y entonces se producen enganches con los demás de cierto modo y así aparecen conductas, comportamientos y situaciones inútiles.

"Por ejemplo, los mecanismos del humanitarismo producen conductas que son aparentemente compasivas.

"También tenemos los mecanismos de la culpa que son muy frecuentes. Siempre hay alguien que por esto o aquello, hace sentir culpable al otro y lo encadena.

"Las conciencias culposas, que son un caso más de esos ideologemas que se meten en las cabezas de la gente, justamente en momentos difíciles, no tienen nada que ver con nuestro proyecto.

"Humanitarismo es distinto a humanismo. ¡Esto no se puede confundir para nada!

"Así, por el lado del humanismo tenemos sistemas, estructuras, grandes relaciones, grandes propuestas, y por el otro lado tenemos cosas de corto alcance que provienen de un campo muy ajeno.

"Hubo casos de personajes famosos como la Madre Teresa de Calcuta, o el Dr. Albert Schweitzer, que han hecho unas obras enormes, y parecen humanitaristas, pero que son grandes humanistas aplicados a un campo específico, para nada blandengue ni plano.

"Lo que más nos interesa como consecuencia de los descalabros que sufrirá el planeta será que así se caerán de una vez por todas las mentiras.

"Muchos hablan y lo seguirán haciendo 'como si supieran' y otros 'seguirán escuchando como si entendieran' y nadie sabe nada ni entiende nada y se seguirán instalando porquerías.

“Pero, al mismo tiempo, se irán cayendo muchos esquemas que han limitado enormemente a la gente y eso es muy bueno porque se podrá entonces empezar a plantear las cosas de otro modo”.

Luego Luis permaneció unos momentos en silencio, mientras tomaba unos sorbos de café. El cielo se iba poniendo muy azul y bandadas de blancas palomas cruzaban por el horizonte haciendo hermosas figuras de vuelo.

Luis continuó diciendo: “En otras épocas el tema de la esclavitud era muy claro, se nacía esclavo. Pero, hay que aclarar que el esclavo podía comprar su libertad”.

Hoy es diferente, se nace libre y rápidamente uno queda de esclavo: de bancos, de créditos, de situaciones personales, laborales, etc. De modo que habrá que ver eso de recobrar nuevamente la libertad”.

A veces, mientras hablaba, solía apoyar su mano en la cabeza de uno de nosotros y entonces era como si una corriente de vida penetrara en nuestros cuerpos y se anidara, sol palpitante, en el centro del pecho. Cada vez nos sentíamos más unidos y más queridos, no solo los que estábamos allí sino también con todos los que habitábamos en la Tierra.

Luis viajaba mucho y cada vez que volvía era una fiesta. Veíamos venir su helicóptero desde donde estuviéramos y todos corríamos al helipuerto a su encuentro. Él siempre descendía con el rostro iluminado de sonrisa y ojos chispeantes y nos hacía teatrales gestos de saludo.

En el segundo piso teníamos un escritorio muy amplio. También los ventanales llegaban hasta el suelo y por ellos se veía el lago y las límpidas estrellas en noches de color índigo.

La computadora tenía pantalla gigante, además de otra más pequeña donde se ingresaba información y escritos.

La pantalla grande abarcaba casi todo un muro y nos gustaba poner en ella el mapamundi en el cual están marcados con luces los puntos donde teníamos actividades.

Lo más emocionante era presenciar el momento en que se encendía una nueva luz, pues uno sentía que algo crecía no sólo afuera en el planeta, sino también dentro de uno, en el mundo interno y una gran felicidad se apoderaba de todos nosotros.

Una tarde entramos al estudio y encendimos la gran pantalla. Sentíamos que algo muy grande y muy importante iba a suceder, pero no sabíamos exactamente qué.

El lago brillaba con la luna como si fuera de plata y verde. Las estrellas parpadeaban siguiendo un ritmo universal, la fragancia del aire y el sonido del agua nos hacían sentir la belleza de la vida.

El mapamundi se abrió entero y entonces vimos con gran alborozo que no quedaba ningún punto del planeta donde no estuviera encendida nuestra luz.

PRÓLOGO 2
EXPLICACIÓN 4

PRIMERA PARTE. LOS COMIENZOS. ROSADO Y VERDE. 5
LA PRIMERA BÚSQUEDA 6
LA ESCRITORA QUE QUERÍA SER 8
ENTONCES NO HABÍA NI CIELO, NI ESTRELLAS, NI TIERRA. 12
TRANSFORMISMOS 17
LA PROVINCIA 20
EN EL ANTEJARDIN 23
VOLVER A EMPEZAR 26
CONTACTOS Y ALGUNOS SIGNOS DE INCOHERENCIAS 30
EL TIEMPO DEL SILENCIO 34

SEGUNDA PARTE. DE LA MISMA SANGRE. ROJO. 38
LA SEÑORA MARCELITA 39
EL POLITO 44
EL ASESINATO DE LA TÍA PAULINA 49
EL MEJOR DE LOS HERMANOS, MI HERMANO 54
LOS PADRES DE TUS PADRES SE CONTINÚAN EN TI 60
AGUA DE MIL COLORES 64

TERCERA PARTE. PERSONAJES, RETRATOS Y FOTOGRAFÍAS. AZUL Y AMARILLO. 66
SEGUNDO PÉREZ 67
KALI, DIOSA DE LA MUERTE 71
AMOR DE TANGO 73
EL CANDIDATO 75
MARÍA 77
EL CONEJILLO DE INDIAS 80
LALO MÁGICO 83
JAIME DE GUEVARA 87
LOS REFUGIADOS ECONÓMICOS 89
LAS FOTOGRAFÍAS 92

CUARTA PARTE. EN SUBIDA. COLOR CAFÉ Y AZUL. 96
ANILLO DE PARES 97
SILAR, LA LOCA 102
CUENTO CLIP 104

QUINTA PARTE. FANTASÍA VERDE. 110
EL REY TUCU Y TEGUAL 111
TANIA Y MOA 115

SEXTA PARTE. CUENTOS DE ALTURA. VIOLETA Y AMARILLO DORADO. 117
EL ECO DE LOS CANTARES DE CORDILLERA 118
¿POR QUÉ NO IR MÁS ARRIBA? 120
OLAS NEGRAS Y TRIUNFOS DORADOS 123
VILLA ARMONÍA 128